



El
amor está
en la toalla
de
al lado

Christian
Martins

El amor está
en la toalla
de al lado

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN MAYO 2019

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2019 CHRISTIAN MARTINS

No seré tu primer amor, pero sí la mejor de tus historias.

Otra historia más junto a vosotras.
Como siempre, para mis chicas Martins.
Ellas hacen que este camino sea especial y que cada paso merezca la pena.

Para Ana, tan impaciente y tan minuciosa.
Para Vane, tan crítica y tan única con sus comentarios.

Gracias...

Sin vosotras no tendría ningún sentido.

1

Cerré los ojos, hundí los pies en la arena mojada y dejé que el agua salada me cubriera hasta los tobillos. Respiré hondo; olía a sal. A libertad.

Cuando los abrí descubrí a las preciosas islas Medas frente a mí, imponentes y preciosas. Me sentí extraña. Como si estuviera irrumpiendo en un paraíso que no me pertenecía, que no estaba hecho para mí.

El teléfono móvil comenzó a vibrar en mi mano. Noté el maldito nudo de mi estómago apretando con más fuerza y sentí deseos de echarme a llorar. Ese maldito nudo con el que convivía desde hacía más de un mes. Exactamente desde que Jorge me pidió el divorcio. Miré la pantalla. Era él.

— ¿Hola? — respondí con la voz temblorosa.

Eran las siete y media de la mañana, por lo que la playa de Estartit aún estaba vacía. Me sentía libre de poder hablar sin tener que moderar el volumen de mi voz, pero lo que no comprendía era porque él me estaba llamando a aquellas horas tan tempranas. En realidad, lo importante era que... él me estaba llamando.

Era la primera vez que hablábamos en dos semanas.

Le escuché suspirar al otro lado del auricular.

— Hola, Beca.

Tragué saliva y aguanté el llanto en mi interior.

Su voz... Su maldita voz. ¿Cómo era posible que echase tanto de menos a alguien que me había causado tanto daño? ¿Cómo? Me había dejado... Lo que significaba que ya no me quería.

Guardé silencio y no supe qué responder.

Primero, porque temía que al hablar pudiera desmoronarme, y segundo, porque no sabía qué podía decirle. Había dejado atrás la patética etapa de suplicar, arrastrarme y no quererme a mí misma... Y ahora, simplemente, estaba intentando ser fuerte. Mantenerme firme y no parecer débil y de porcelana.

— ¿Cuándo pensabas contarme que te habías marchado de vacaciones con Leire? — preguntó con el tono de voz serio.

Parecía enfadado.

“Me has dejado, ¿qué más te da?”. Pero en lugar de eso me mordí la lengua.

— No son... unas vacaciones — respondí con la voz entrecortada mientras una lágrima se deslizaba por mi mejilla.

La ruptura aún continuaba demasiado reciente y era imposible no venirme abajo.

— ¿Y qué se supone que son, Beca? ¿A ti te parece normal cómo te estás comportando? — preguntó con un tono de reproche — . Nos hemos divorciado hace tres semanas y has dejado sola a mi hija para marcharte por ahí y salir de copas con tu amiguita. ¿Qué se supone que debo pensar?

Aquello me sentó como una patada en el estómago.

No pasé por alto ni el hecho de que hubiera hablado de un “divorcio” ni que se hubiera referido a “nuestra” hija como “su” hija.

— No nos hemos divorciado... — musité.

No.

Él me había pedido un tiempo y yo se lo estaba concediendo. Pero de ahí al divorcio aún faltaba un paso muy grande.

— Nos hemos separado — señaló con voz firme, sin titubear — . Y en algún momento tendrás que firmar los papeles del divorcio... Pero no me cambies de tema — suspiró — . ¿Te parece normal lo que has hecho? Blanca aún no entiende lo que está pasando entre nosotros y tú vas y te largas por ahí con esa guarra...

Apreté los puños.

Me estaba viniendo abajo, al igual que me había pasado en millones de ocasiones antes durante aquellas tristes semanas.

— Blanca entiende perfectamente que su padre no quiere estar con su madre. Que me has dejado — escupí rabiosa.

Jorge suspiró hondo.

— Espero que no haya sido esa la patraña que le has contado... Que ya no podamos estar juntos no significa que no te quiera, Beca. Claro que te quiero, y te querré siempre...

Hizo una pausa.

Me imaginé su rostro de frustración y aquella manera que tenía de masajearse las sienes cuando algo le estresaba en exceso. Necesitaba sentir su calor, su cuerpo abrazándome. Jorge siempre había sido mi maldito refugio.

— Pero ya no soy feliz a tu lado — concluyó.

Y ahí estaba.

Ahí estaba el maldito puñal hundiéndose en mi pecho.

— Tengo que colgar... — le advertí, aguantando la congoja —, ahora no puedo hablar.

— ¿Cuándo piensas volver a casa?

— El domingo. Solamente me quedaré este fin de semana... Te dejo...

— Beca...

Y sin decir nada más, pulsé la tecla de colgar.

Dejé que el móvil cayera sobre la fina y blanquecina arena antes de que yo también me derrumbase sobre ella, de rodillas. Me eché a llorar. Tenía que sacar aquel maldito dolor que me estaba consumiendo antes de que me matase. Porque, por muy exagerado que os pueda parecer, sí, eso sentía. Que perder a Jorge me estaba matando.

Jorge era todo lo que yo tenía en la vida. Le había conocido con veintitrés años, en un bar de copas, cuando Leire y yo salimos a bailar un sábado por la

noche. Me enamoré de él de inmediato a pesar de que me sacaba diez años. Él tenía treinta y tres y la vida hecha; yo era una niña con la carrera a medias que aún vivía con sus padres. No tardé demasiado en dejar todo lo que conocía — excepto a Leire — y en mudarme a su casa. Dejé la carrera a medias y, con veintiséis años, me quedé embarazada. Dos años y medio después de conocerle. Tuvimos a nuestra preciosa Blanca, la niña de mis ojos, y un año y medio después nos casamos por lo civil. Todo el mundo me decía siempre que me había perdido muchas cosas de mi juventud, pero yo tenía la sensación de que no necesitaba nada más de la vida para ser feliz. Él y Blanca eran mi familia... la que yo había escogido.

No sé en qué momento todo se empezó a torcer, pero cuando aquella maldita tarde Jorge me pidió que me sentase en el sofá y me dijo que teníamos que hablar, yo me esperaba cualquier cosa menos que pudiera dejarme. Aquella opción no entraba en mi cabeza porque lo nuestro era perfecto. Él y yo. Él, Blanca y yo.

Estaba equivocada.

Leire no paraba de repetirme aquello de que tenía que quererme y respetarme a mí misma y dejar de arrastrarme por él, pero yo aún debía intentar hacerle entrar en razón. No podía rendirme. Por Blanca y por mí, tenía que luchar por lo que teníamos antes de que fuera demasiado tarde.

Me desahugué. Lloré todo lo que podía llorar y después paseé lentamente hasta el apartamento de Leire mientras intentaba que mi aspecto mejorase. No quería que ella me viera de esa manera.

2

— Otra vez — dijo Leire, señalándome con el dedo índice de forma acusatoria — , otra vez has estado llorando.

Se acababa de despertar y estaba sentada en el sofá, bebiéndose una taza de café. Estaba despeinada, vestía una camiseta roída y desgastada que usaba a modo de pijama y tenía el maquillaje corrido de la noche anterior. Leire era ese tipo de chicas que se desmaquillaba a la mañana siguiente y no la noche antes. Eran las nueve de la mañana. La hora perfecta para salir de casa si uno quería encontrar el mejor sitio en la arena.

— No he estado llorando.

— Mentirosa — murmuró con el ceño fruncido, repasándome con la mirada — . Eres una mentirosa.

No me apetecía mentir, pero tampoco quería hablar de la llamada de Jorge. Leire me decía que tenía que ponerme firme, sacar las cosas de su casa y dejar claro que no le necesitaba en absoluto. Pero aún no me sentía preparada para ello. Además, “su casa”... Cuando conocí a Jorge ya la tenía, y aunque la terminamos de pagar entre los dos, seguía siendo únicamente su propiedad. En su defensa diré que él tampoco me estaba presionando para que me marchase, aunque tarde o temprano, si nos divorciábamos, es lo que tendría que hacer.

— Venga... — me dijo con voz dulce — , vamos a ponernos morenas y a beber marianos. Creo que necesitas pensar menos y disfrutar más.

“Como si fuera tan fácil”, me dije a mí misma.

Leire pasó por mi lado y me pegó una palmadita en el culo antes de dirigirse a

su habitación. Aquel apartamento pertenecía a su familia, así que la intrusa real era yo. Aquella pequeña escapada había sido cosa suya; según ella, cambiar de aires era necesario para hacer borrón y cuenta nueva. Pero los días pasaban, llegaba el día de volver y yo aún ni siquiera consideraba la opción de “borrón y cuenta nueva” como una opción.

Me senté en el sofá.

Aquella mañana me había puesto un vestido rosa palo largo que me gustaba llevar los días calurosos. El bikini y la toalla ya estaban metidos en el capazo de mimbre, así que lo único que debía de hacer era esperar a que Leire terminase de asearse mientras procuraba no pensar en Jorge. Jorge, con su pelo moreno, su físico envidiable y sus ojos de color miel. Siempre me había dado rabia que pudiera comer todo lo que quisiera sin contar las calorías y que nunca jamás almacenase ni un solo gramo de grasa en su vientre. Además, la genética le había premiado con un cabello frondoso donde aún no asomaba ninguna cana — a pesar de su edad —. Siempre tuve la sensación de que yo parecía más mayor de lo que era y él, en cambio, más joven. ¿Se habría enamorado de otra? Esa preguntaba también me la hacía constantemente. De otra más alegre, más guapa, más joven, más delgada y más dispuesta que yo. Según él, no había nadie más. Simplemente no era feliz. Pero, ¿por qué? ¿Por qué yo había dejado de hacerle feliz? ¿Por qué había dejado de ser suficiente?

— Venga, mueve ese culo y quita esa cara de pena que me vas a contagiar una depresión — escupió Leire, mirándome fijamente desde el umbral de la puerta.

Yo sonreí con tristeza, pero sonreí.

Leire tenía la mágica capacidad de crear en mí una falsa sensación de seguridad, de hacerme ver que las cosas siempre tenían solución — aunque no la tuvieran — y de sacarme una sonrisa. Quizás triste, pero no dejaba de ser tan válida como cualquier otra sonrisa.

La miré de arriba abajo.

Leire era guapísima, o al menos a mí me lo parecía. Tenía un poco de barriguita y las caderas anchas, pero a mi parecer, su cuerpo era una verdadera maravilla. Podía estar cinco kilos por encima y todo le sentaba igual de bien, ya que engordaba de forma proporcionada. No como yo, claro,

que me parecía que tenía unas curvas deformes. El culo fofo, las cartucheras horribles y las tetas pequeñas. Por lo general las mujeres siempre tienen partes que elogiar de sí mismas, pero a mí no me pasaba. Odiaba mis ojos, castaños y demasiado grandes. Desproporcionados. Mi boca pequeña. Mi nariz puntiaguda. Mi cabello oscuro y sin forma, siempre encrespado y entre liso y ondulado. Mis piernas, largas pero también fofas. No estaba gorda, no. Estaba “fofa”. Esa era la descripción ideal para mi físico. Estaba... blandita. Demasiado blandita.

Llevaba tiempo diciéndome a mí misma que debía de ponerme en serio con el asunto del gimnasio, pero después de trabajar siempre tenía que cuidar de Blanca y Jorge nunca llegaba hasta última hora, así que no solía tener fuerzas ni ganas para subirme en una cinta y echar a correr como un hámster en la rueda de su jaula.

— Venga, vamos, alma en pena... — me dijo, tirando de mi brazo para levantarme del sofá.

Había cogido mi capazo y el suyo e iba vestida con unos shorts que ella misma había cortado y una camiseta de tirantes blanca que potenciaba el color rojizo de su piel. Leire solía quemarse con demasiada facilidad aunque se echase tres litros de crema por encima.

No fuimos las primeras en llegar a la playa.

Para cuando cogimos sitio ya había un par de familias que habían marcado territorio con sendas sombrillas para que nadie invadiera aquel espacio que proclamaban suyo. Estartit era un pueblucho pequeño, pero en verano el turismo hacía que la playa estuviera abarrotada. La Costa Brava siempre resultaba un destino muy atractivo para veranear y Estartit tenía como gran atracción a las bellísimas islas Medas, que atraían a submarinistas y turistas del todo el país.

Echamos las toallas en la arena y nos tumbamos al sol. Primero bocarriba, después bocabajo, y así hasta que sentíamos que estábamos en un puñetero infierno: quemándonos vivas. Entonces una de las dos se levantaba sudada y con el pelo pegado a la frente y proponía un baño fresquito.

— ¿Y esas boyas? — preguntó Leire, mirándolas fijamente.

Aquel día nos habíamos tumbado en una zona diferente de la playa y nuestra zona de mar parecía balizada.

— Ni idea... — murmuré, apartándome a la izquierda — , será una zona de mucha corriente — supuse, esquivándola y corriendo hacia la orilla.

El agua estaba congelada.

O al menos, al contraste con mi piel ardiente me daba la sensación de que estaba congelada. Me fui metiendo poco a poco para atemperarme, pero Leire echó a correr a mi lado, salpicándome y mojándome de pies a cabeza. Solté un grito y después, como una niña pequeña, salí tras ella. Había ratos en los que conseguía olvidarme de Jorge y pasármelo bien, pero después recordaba que aquellas vacaciones estaban llegando a su fin y que, al regresar, tendría que enfrentarme a una realidad a la que todavía no estaba preparada. Por otra parte, era la primera vez que pasaba tanto tiempo separada de mi hija y la echaba de menos. Muchísimo.

— ¿Qué voy a hacer? — murmuré en voz alta mientras flotaba bocarriba en el mar con los brazos abiertos.

— Sabes perfectamente lo que tienes que hacer — aseguró Leire. Esa conversación la habíamos mantenido en un sinfín de ocasiones — . Tienes que volver a casa, plantarle cara al cretino de Jorge, hacer las maletas, buscar un piso, coger a tu hija y comenzar de cero. Una nueva vida.

— No puedo.

Y no lo decía auto-compadeciéndome de mí misma, si no porque de verdad me veía incapaz. Dejar mi casa y todo lo que hasta entonces había construido me resultaba... aterrador. Y olvidar a Jorge, claro. ¿Cómo iba a sacármelo de la cabeza? Me pregunté qué estaría haciendo en aquellos instantes y dónde estaría durmiendo. En realidad... ¿Dónde llevaba durmiendo dos semanas? Ni siquiera me lo había dicho. Supuse que estaría en algún hotel cercano al trabajo, ya que él trabajaba en las afueras de Madrid.

— Sí puedes... — me corrigió — . Tú no lo recuerdas, pero antes de Jorge también tenías una vida. Una buena vida. Y tampoco lo recuerdas, pero eras más guay y más feliz.

Solté una risita, me incorporé hasta poner los pies sobre tierra firme y la miré fijamente con cara de pocos amigos.

— ¿Más guay y más feliz? ¡Por Dios! ¡Tengo una hija!

— Y Jorge te ha transformado en una madre aburrida y pesada — aseguró — . Dejarle será como quitarte un peso de encima.

Sé que lo decía por mi bien y que estaba intentando ayudarme, pero aquello no me estaba sentando nada bien.

— No le estoy dejando, me está dejando él a mí.

Los ojos se me empañaron y Leire comprendió al instante que había metido el dedo en la yaga. Llegó hasta a mí en dos brazas y, con el gesto muy serio, aprisionó mi rostro entre sus manos y me obligó a mirarla fijamente.

— Vas a salir de esto... Vamos a salir de esto — se corrigió — . Juntas. Yo estaré a tu lado y algún día te despertarás y comprenderás que todo este dolor es cosa del pasado. Que lo has superado.

Quise creerla.

Necesitaba creerla.

No, en realidad, necesitaba que Jorge comprendiera el error que estaba cometiendo, que yo era el amor de su vida y que no podía vivir sin mí. Tragué saliva mientras, por mi mente, se deslizaba un pensamiento macabro y horrendo. Sacudí la cabeza, desechándolo. No era la primera vez que pensaba que “si tendría un accidente grave y terminase en el hospital, quizás comprendería lo mucho que me quería”. Era una auténtica estupidez pero no podía sacármelo de la cabeza. Igual necesitaba sentir que estaba a punto de perderme de verdad para comprender lo mucho que me necesitaba y lo mucho que yo le importaba...

— Beca, no sé en qué estás pensando... Pero hazme caso, por favor. Todo pasará.

Asentí con poca convicción en el mismo momento en el que un barco de tamaño mediano hacía sonar su bocina y se aproximaba a la orilla entre la zona balizada por las boyas, justo a nuestro lado. Su motor aproximándose a la

orilla y moviendo tantísimos litros de agua provocó una ola que, por la cercanía, terminó arrollándonos a las dos y arrastrándonos hasta la arena. Salí del remolino acuático después de tragar agua salada, comer arena, y perder medio bikini por el camino. Según saqué el cuerpo fui consciente de que mis pechos estaban al aire y que el maldito bikini de triángulos se me había desatado por la zona de la espalda.

— ¡Joder, joder! — maldije en voz alta mientras me tapaba con las manos y buscaba a Leire para que me socorriese.

Ella, riéndose como una loca, se acercó a mí y comenzó a recolocarme el bikini mientras el barco sacaba una plataforma para que los pasajeros pudieran salir hasta la arena. Alcé la mirada hacia él mientras Leire anudaba mi bikini. Del barco descendían unas quince personas y nadie parecía haberse percatado de mi pequeño momento de nudismo, excepto... él. Un par de ojos castaños me miraban fijamente desde la popa y no pude evitar sonrojarme al instante.

— Venga, vamos... Que tú de sirena tienes lo que yo de Santa — bromeó Leire echando a caminar hacia la arena.

Sentí que tenía un cúmulo de arena en mis partes íntimas. Levanté la cabeza, pero él, el chico del barco, seguía mirándome. Decidí no hacer más el ridículo y anduve incómoda hasta mi toalla con la braguita hinchada por la arena.

3

Le vi bajarse del barco.

Por lo general no solía fijarme en otros hombres. No perdía el tiempo en esas tonterías porque, sinceramente, tampoco necesitaba hacerlo teniendo a Jorge a mi lado. Para mí él era el único hombre del mundo y, en ocasiones, mirar a otro llegaba a parecerme incluso una falta de respeto.

Pero ahora Jorge no estaba y, además, yo necesitaba sacarme aquel maldito dolor de mi interior y distraerme... Así que, ¿por qué desperdiciar las vistas?

Era el chico de los ojos castaños.

Caminó lentamente por la arena y colocó la toalla muy cerca de donde estábamos nosotras. Una mujer rubia y muy guapa que no descendió de la embarcación levantó la mano a modo de despedida y él le devolvió el gesto. Tenía una sonrisa radiante..., demasiado blanca para no ser de la tele. No llevaba camiseta. Su vientre estaba musculado, sus brazos firmes y fuertes, su pecho tenía el bello justo y necesario para ser sensual y... ¿Por qué no decirlo? Era guapísimo.

— ¡Dios Santo...! — exclamó Leire, incorporándose levemente en la toalla para lanzarle una miradita — . ¿De dónde se ha escapado ese monumento?

— Del barco — murmuré.

— ¿Qué? — repitió, repasándole de forma descarada.

Le pegué un codazo en el costado en un intento vano de que dejara de ser una insolente y ella chasqueó la lengua en forma de protesta.

— Está para untar...

— Leire, por favor, que pareces una quinceañera — le recriminé, cortándola.

Me coloqué las gafas de sol y me volví a tumbar en la toalla decidida a

continuar tostándome. Y a no pensar en Jorge.

Jorge... Jorge. Maldito Jorge. “¿Habría conocido a otra? ¿Sería eso?”. Sacudí la cabeza y me dije a mí misma que era una auténtica idiota. De nada servía continuar torturarme y, para ser sinceros, con la llamada de aquella mañana ya había tenido más que suficiente. Tenía que dejar de pensar en él.

El chico del barco, el de los ojos castaños, se sentó sobre su toalla. Lo supe no porque le hubiera estado acosando como Leire, si no porque junto a mí yo podía ver su sombra. Levanté la cabeza hacia él y le observé a través de la protección de las gafas de sol. Él no sabía que yo le estaba mirando... Pero yo sí sabía que él me miraba a mí. Tragué saliva y aparté la vista, avergonzada. ¿Por qué me miraba?

— Te está llamando Blanca...

Hacía muchísimo tiempo que ningún hombre se fijaba en mí. O, al menos, yo no había sido consciente de si se habían fijado o no.

— ¿Me estás escuchando, Beca? — repitió Leire, lanzándome el teléfono sobre mi pegajoso y sudoroso vientre — . Te está llamando tu hija.

Sentí la vibración del aparato sobre mi piel y me levanté de un salto para responder la llamada.

— Hola, princesa — respondí mientras caminaba hacia la orilla.

En la playa la cobertura era horrible.

Bueno, en realidad, en casi todo el pueblo de Estarrit.

— Hola, mami... ¿Cuándo vas a venir?

Resoplé.

— Pronto, cariño — dije, procurando ser comprensiva a pesar de su apremio. Jamás habíamos pasado tanto tiempo separadas — . El domingo estaré ahí mismo.

— No quiero estar con los abuelos — refunfuñó — , quiero irme a casa.

Blanca tenía siete años y tan solamente había dormido una noche fuera de su cama — cuando Jorge y yo decidimos hacer una escapada exprés a Cantabria

para dedicarle un poco más de tiempo a la pareja — .

— Solamente serán dos noches más y luego estaré contigo — prometí.

— Yo quiero irme a casa ya, mami...

El tono de su voz me indicó que estaba a punto de echarse a llorar.

Suspiré hondo, consciente de que si ella estallaba en lágrimas yo también terminaría haciéndolo. Aquello no estaba siendo fácil para mí.

— Cariño, ahora disfruta con los abuelos... Pronto estaré allí, te lo prometo.

Ella guardó silencio unos instantes, sopesando lo que le estaba diciendo.

— ¿Puedo hablar con papá?

Me mordí el labio.

— Ya sabes que papá está trabajando fuera — le dije — , por eso hemos estado solitas tú y yo estos días.

— ¿Pero no has ido a verle?

Tragué el nudo de mi garganta y me esforcé en responder de la forma más sensata posible.

— No, cariño. Yo estoy con la tía Leire... — expliqué — . ¿Quieres hablar con ella?

Pensé que quizás así conseguiría desviar la conversación a otra parte.

— No, quiero hablar con papá.

— ¿Pero no has hablado con él esta mañana?

Se quedó en silencio y su respuesta me indicó que sí.

— Mamá...

— Dime, mi vida.

La ansiedad me estaba torturando.

Tenía la sensación de que mi vida se desmoronaba y no sabía cómo proteger a

Blanca de todo aquel daño que yo estaba sintiendo y que tarde o temprano se proyectaría sobre ella.

— ¿Papá va a volver a casa?

Ahí estaba la pregunta.

Ésa que yo había estado intentando evitar.

Supuse que también se la habría hecho a Jorge aquella mañana y que, si me la estaba repitiendo a mí, era porque la respuesta de su padre no le había agradado. Me imaginé a mi niña asustada y sola sin saber qué les estaba ocurriendo a sus padres y me sentí la peor madre del mundo.

— Ya eres una niña mayor así que te diré la verdad, ¿vale?

— Vale.

— No lo sé, cariño. No sé si papá va a volver a casa.

Ella no dijo nada.

Esperé, pero Blanca seguía callada.

— ¿Cariño? ¿Me oyes? ¿Estás ahí? — pregunté con la voz temblorosa.

— Me ha dado el teléfono — respondió mi madre — , no entiende qué está pasando.

— Lo sé — contesté escuetamente.

Les había contado a mis padres la cruda realidad, sin endulzarla de ninguna manera. Sabía que si aquella pesadilla terminaba en un divorcio les iba a necesitar más que nunca.

— ¿Vuelves el domingo?

— Sí.

Mi madre estaba seria y también parecía muy preocupada por la situación.

— ¿Y has hablado con él?

Se refería a Jorge.

— Hemos hablado esta mañana — respondí, pataleando el agua mientras caminaba.

— ¿Y qué?

— ¿Y qué? Pues nada, mamá. Él dice que me sigue queriendo... — murmuré en voz baja, conteniendo el llanto — , pero que ya no puede seguir conmigo.

Mi madre se quedó en silencio.

Me sequé una lágrima rebelde mientras levantaba la mirada hacia la toalla. Leire me observaba muy fijamente, preocupada.

— Estoy segura de que esto no es más que una crisis — me dijo con convicción, dándome esperanza — , ya se le pasará, hija.

Detrás de Leire, el chico del barco también me miraba con curiosidad.

Clavé mis ojos en él y me pregunté por qué razón un hombre como él podría estar fijándose en mí. Él era guapísimo y yo... Yo era yo. Rebeca.

— Claro. Seguro.

Corté la llamada y, tragándome el mal rato, caminé hasta la toalla de vuelta.

4

Aquel día estaba más hundida que nunca.

Quizás porque era sábado y porque aquella sería la última noche que pasaría alejada de la realidad. Regresar a casa implicaba afrontar las cosas, responder las preguntas de mi hija y... hablar con Jorge. No habíamos vuelto a comunicarnos desde aquella breve llamada y yo tenía la sensación de que él estaba esperando a mi regreso para poner las cartas sobre la mesa y darme carpetazo definitivamente.

Escuché que Leire apagaba los grifos de la ducha y me apresuré a terminar el mensaje que estaba escribiendo: *“No sé qué es lo que ha cambiado... Pero dame una última oportunidad. Hazlo por nuestra hija”*. Lo releí para mí misma y, al final, añadí un melancólico *“te quiero”* antes de pulsar la tecla de enviar. Estaba desesperada. Aquella maldita sensación de que todo se iba a pique sin control cada vez era más intensa y... más real. Demasiado real.

Leire salió del baño con la toalla enroscada en el cuerpo y el pelo mojado goteando la madera del suelo. Me lanzó una mirada curiosa y gruñó de nuevo, recriminándome que debía de quitar *“esa cara de amargada”*. Tenía la sensación de que mi amiga estaba intentando enterrar mis problemas con aquellas vacaciones, pero yo sabía que fingir durante tres días que todo iba de maravilla no iba a contribuir a que, una vez regresase, me sintiera mejor.

Se metió en la habitación y, después, salió con un montón de vestidos colgando de su brazo.

— He escogido estos para ti — me dijo con una sonrisa mientras movía las caderas sin música — . Venga, dime cuál te gusta.

Me los lanzó y yo cogí los que pude. El resto se cayeron al suelo.

— No pienso ponerme estos trapos... Además, no me apetece nada salir.

Miré el reloj; eran las diez y media de la noche.

Mi plan ideal habría sido pedir una pizza, cenar en pijama mientras veíamos la tele e irnos a dormir pronto. Al día siguiente tendríamos que hacer las maletas, salir temprano de casa y conducir siete horas hasta Madrid.

— Pues vamos a salir — aseguró — , ya tengo reservada la mesa para cenar y no pienso quedarme aquí contigo, encerrada, escuchando cómo te compadeces de ti misma.

A veces Leire podía ser igual que un jarro de agua fría sobre la cabeza. Decir las cosas con tacto no era su mayor virtud.

Miré los vestidos, espantada, mientras ella se secaba el pelo con la toalla y se ponía la ropa interior.

— Son diminutos...

— Es verano — señaló, encogiéndose de hombros — . ¿Quieres ir con el cuello envuelto con treinta grados? Además, el azul te pega.

Cogí el que me decía y lo levanté en alto para verlo mejor. Era un cinturón ancho que ni de broma llegaba a vestido.

— ¿Seguro que esto es un vestido?

Lo escruté; la tela era una especie de licra y no me veía con algo así. Mi cuerpo deforme necesitaba anchura y sitio, porque sino el resultado era similar a un salchichón embutido. Dejé el azul a un lado y escogí uno blanco con encaje en el escote que parecía más suelto. Seguía siendo muy corto, pero presentí que con él no me vería tan incómoda.

— ¿Te acuerdas cuando teníamos veinte años y salíamos los sábados por Chueca? Llevabas vestidos peores que ese...

Solté una risita.

Sí, claro que me acordaba. Pero aquellos tiempos parecían haber quedado atrás hacía siglos y siglos. Me levanté del sofá y me quité la camiseta de

tirantes. Me deslicé el vestido por encima de la cabeza y, antes de dejarlo caer del todo, me desaté los vaqueros y los empujé junto a la camiseta.

— ¿Qué tal? — pregunté, tirando del vestido para obligarlo a bajar más.

Caminé en dirección al baño porque allí estaba el único espejo en el que uno podía verse el cuerpo entero.

— Te queda genial, Beca — me dijo Leire, sorprendida.

Me miré.

Y sí, tenía razón; el vestido no me sentaba nada mal.

Estaba más morena que nunca y el contraste con el blanco me quedaba de maravilla. Sonreí y pensé que quizás mi físico no estuviera tan mal como me pensaba. Si adelgazaba unos kilitos, me dejaba caer por la peluquería y me maquillaba un poco podía volver a parecerme a aquella chica de la que Jorge se enamoró diez años atrás.

Leire cogió el vestido blanco y se lo deslizó por encima de su cuerpo. Le lancé una mirada cargada de envidia; a ella todo le quedaba bien.

Quince minutos después, ambas estábamos sentadas en una terraza cercana a la playa, cenando con una botella de vino blanco sobre la mesa. Mientras devoraba mi pulpo a la gallega no podía dejar de pensar en las vueltas que habían dado nuestras vidas... Si me hubiera preguntado sobre mi vida y la de Leire poco antes de que Jorge me dejase, mi respuesta habría sido muy diferente a la que en esos instantes tenía en mente. Yo había estado convencida de que tenía la vida perfecta, la familia perfecta y de que Leire, por mucho que fingiera ser feliz, no lo era. Sí, tenía un buen puesto de trabajo y estaba valorada en su empresa, pero aún no se había comprado su propia casa, seguía viviendo en un cuchitril de alquiler y no había encontrado el amor. Siempre pensaba que lo que mi amiga necesitaba era un hombre. Uno bueno, como Jorge.

Pero aquella noche, mientras la veía cenar observando el mar con aire despreocupado, me di cuenta de lo sencillo que era todo para ella y de lo fácil que tendría las cosas siempre. Sí, no se había casado. Pero había terminado su carrera universitaria, ganaba un sueldazo de escándalo, estaba ahorrando para el piso de sus sueños, no dependía de nadie y... no tenía ninguna

responsabilidad. Yo, en cambio, no podía pensar únicamente en mí. Tenía a Blanca, y mi pequeña era mi máxima prioridad. Supongo que si no eres padre es difícil de comprender, pero una vez tienes un hijo su bienestar y su felicidad pasan a ser tu máxima prioridad. Siempre. Sin excepciones. Y eso, en momentos como los que yo estaba viviendo, limita mucho las cosas. Y las complica, claro.

Escuché que mi teléfono móvil liberaba dos pitidos secos y cortos y me apresuré a cogerlo de la mesa. Tenía un mensaje nuevo.

— ¿Quién es? — preguntó Leire con curiosidad, asomando la cabeza para ver si conseguía llegar a atisbar algo.

Era Jorge.

Sentí que la sangre se me congelaba en las venas al leer lo que ponía.

— ¿Es él, verdad? — insistió con nerviosismo.

Me mordí el labio inferior y me preparé para leerlo en voz alta.

— Lo siento, Beca, pero creo que no entiendes la situación. Esto no se arregla con segundas oportunidades porque, en realidad, no hay nada que arreglar. Simplemente ya no soy feliz a tu lado — leí, pero tuve que detenerme en aquel punto para secarme las lágrimas y calmarme antes de continuar. Leire deslizó su mano por encima de la mesa y me agarró el brazo para proporcionarme ánimos — ..., y quiero rehacer mi vida. Caminar en solitario. Tenemos una hija y creo que se merece que hagamos las cosas bien. Ya sabes... sin dramas.

Me desmoroné por completo.

Tenía los ojos tan empañados por las lágrimas que ni siquiera veía bien la pantalla. Leire me arrancó el móvil de las manos y continuó leyéndolo.

— El lunes, cuando estés de vuelta, hablaremos de cómo repartirnos la custodia de Blanca. Deberías buscar un piso, pero entenderé que necesites pasar un tiempo en mi casa hasta que te vuelvas a ubicar — concluyó — . Hijo de puta... ¿Mi casa? Dime, por favor, que no vas a dejar que las cosas se queden así. Lleváis diez años juntos y hace tan solo unos meses que habéis terminado de pagar la hipoteca... Esa casa es tan tuya como suya.

Leire no lo entendía, pero a mí la casa me importaba un pimiento. Sí, me dolía pensar que tenía que dejar el que, durante diez años, había sido mi hogar. Pero había otras partes de aquel mensaje que me resultaban aún más dolorosas. Como, por ejemplo, “quiero rehacer mi vida y caminar en solitario” o “hablaremos de cómo repartirnos la custodia de Blanca”. Como si nuestra hija fuera otra maldita propiedad más.

Necesité diez minutos y cinco copas de vino hasta que por fin conseguí controlarme y dejar de llorar a moco tendido.

— ¿Qué voy a hacer? — lloriqueé aún con los ojos empañados.

Yo no quería perderle.

Jorge era... mi vida.

— Deja de preguntar qué vas a hacer si no quieres escuchar una respuesta real — escupió de malas formas Leire — . Tienes que mantenerte fuerte, Beca. Llevas dos semanas llorando y arrastrándote por las esquinas... ¡Lo has estado haciendo delante de Blanca! — exclamó, levantando la voz un poco más de lo normal — . ¿Por qué crees que tu madre te ha animado para que te fueras de vacaciones? Porque no podías seguir así estando Blanca presente...

Sí, sé que tenía razón, pero...

— Hoy te olvidarás de todo este asunto e intentarás no pensar. Despejar la mente... Lo necesitas o terminarás perdiendo la cabeza por completo — continuó — . Ni siquiera le vas a contestar a ese puto mensaje. Pero mañana... Mañana vas a levantarte de la cama con la mente despejada, vas a secarte las lágrimas y vas a organizar tu vida.

— ¿Organizar... mi vida? — tartamudeé aún sin quitarme del todo la congoja.

— Siete horas de viaje dan para pensar mucho. Tendrás que pensar dónde vas a vivir, buscar una casa y explicarle a tu hija lo que está pasando. Tiene siete años y se entera de todo, Beca — me explicó con la voz seria — , no puedes seguir tratándola como un bebé.

— Lo sé...

Leire deslizó su copa, que estaba llena, y la cambió por la mía, que estaba vacía.

— Bebe — ordenó — , y deja de pensar en ese cabrón o tendré que pisar la cárcel antes de tiempo.

— ¿Antes de tiempo? — respondí con una pequeña risita, intentando animarme con mucho esfuerzo.

— Mi sueño siempre ha sido robar un banco con una pistola de agua — bromeó, guiñándome un ojo — , así que espero poder cumplirlo y no cometer un asesinato antes de tiempo.

— Yo quiero... que lo asesines — escupí entre lágrimas y risas — , y cuando antes mejor — bromeé, secándome las lágrimas.

Por primera vez en mucho tiempo sentí que quería a Jorge tanto como lo odiaba. Sí, me estaba haciendo daño. Me estaba destrozando. Y eso había despertado un sentimiento de odio en mi interior que antes no existía. Pero engañarme tampoco servía de nada: aún le amaba.

5

Eran la una de la madrugada y yo ya estaba como una cuba.

En realidad, ¿para qué voy a mentiros? No veía ni tres en un burro. Estaba tan borracha que, en algunos instantes, ni siquiera recordaba dónde estaba y cómo había llegado hasta allí. A mi favor diré que en mi vida de esposa comprometida y madre ejemplar no solía ser habitual ingerir alcohol y que no estaba acostumbrada a consumir aquellas cantidades desproporcionadas de vino blanco. Además, después de cenar, Leire había dado paso al Moscato y la borrachera iba cuesta abajo y sin frenos. Cada vez era mayor.

Mi noche cambió a la una y cuarto. Exactamente, a la una y dieciocho. Pero seguiré por la una y cuarto para que no perdáis el hilo del asunto. Nos sentamos en una terraza de un bar de ambiente y pedimos dos copas más. Charlábamos de todo y nada, recordando viejos tiempos y riéndonos de nuestras antiguas locuras. La mayoría de ellas pertenecían a un periodo de mi vida en el que Blanca aún no estaba conmigo, así que llegué a la conclusión de que ser madre me había vuelto más responsable y... aburrida. Sí, aburrida también.

A la una y cuarto Leire soltó un gritito y saltó de su silla.

— ¡¿Danel?! — preguntó, sorprendida, mientras dejaba atrás nuestra mesa y se acercaba a un grupo de chicos que estaban cerca de nosotras.

La vi saludar a un viejo amigo justo antes de que comenzaran las típicas preguntas y exclamaciones estilo: ¿qué es de tu vida?, ¿qué tal te va todo?, ¡cuánto tiempo sin verte!, ¿dónde te metes?

Desde su más tierna infancia Leire había veraneado en Girona, así que supuse que aquel chico sería algún ligue de su tierna adolescencia — o esa sensación me daba por su tono de voz y el coqueteo con el que se dirigía a él — .

Aproveché que Leire se había marchado y que estaba entretenida para sacar el

móvil y releer el mensaje de Jorge. Miré la hora y vi que eran la una y cuarto de la madrugada, así que pensé que se me había hecho demasiado tarde para contestar. Aún así, después de releerlo dos veces, no me pude resistir y comencé a escribir una respuesta. “No puedo creer lo que me estás diciendo, Jorge...”, fue lo primero que tecleé, aunque la frase estaría mucho peor escrita — veía doble y las teclas se movían por toda la pantalla — . Después borré todo y pensé que, quizás con alguna estrategia enrevesada, podía lograr recuperarle. Por ejemplo; ¿y si fingía aceptarlo y pasar de él? Dudaba que algo así fuera a funcionar, pero llevaba toda la vida escuchando que con los niños y los hombres la mejor táctica era la psicología inversa. Eran, exactamente, la una y dieciocho minutos mientras borraba lo último que había escrito: “Muy bien. El lunes mismo haré las maletas, yo también creo que será mejor así”.

— Hola...

Levanté la cabeza.

Un chico se había sentado en la silla de enfrente, justo donde Leire había estado unos minutos antes. Abrí los ojos, sorprendida, y busqué a mi amiga con la mirada. Seguía hablando con el tal Danel y la conversación parecía ir animándose cada vez más.

— Tranquila, no te asustes — me dijo el desconocido — , no soy un acosador ni nada parecido...

Pestañeeé, incrédula, sin saber muy bien qué decir.

¿Hacía cuánto que un chico no se acercaba a hablar conmigo? Pues seguramente el último habría sido antes de casarme y el tiempo transcurrido desde entonces ya ni siquiera permitía que lo recordara.

El chico señaló a Leire y a su amigo y sonrió.

— Soy amigo de él — me explicó con una sonrisa de infarto. Una sonrisa que se me hacía demasiado familiar — , me llamo Marcos.

¿De qué le conocía? ¿Por qué me sonaba tanto?

— Yo..., Rebeca — respondí, aún con el teléfono sujeto en mi mano.

Sentía que el tiempo para responder al mensaje había expirado, así que bloqueé la pantalla y lo dejé encima de la mesa, suponiendo que estaba actuando de la mejor manera. Al día siguiente tendría mucho tiempo para meditar en una respuesta decente.

— Verás, no sé qué opinarás tú sobre las casualidades, pero yo no creo en ellas — me explicó mientras yo, desesperada, intentaba hacer señales de humo para que Leire me rescatase. No estaba preparada para hablar con ningún hombre pero tampoco quería ser desagradable con él — . La verdad es que creo que todo sucede por alguna razón.

— Ya... — respondí, sin saber muy bien qué decir.

Le miré muy fijamente.

Tenía el pelo y los ojos castaños, casi del mismo color. Llevaba el pelo un poco más largo de lo que a mí me gustaba en un hombre, pero era tan guapo que en él, incluso, quedaba bien.

— La cosa es que hace unos días te vi en la playa y, bueno, hoy, cuando he visto que estabas con la amiga de mi amigo... Te he reconocido.

Le miré con detenimiento, analizándolo lentamente hasta que al final caí. Sí, ¡era el chico del barco! ¡El chico de la toalla de al lado!

No quería que pensara mal de mí, así que decidí fingir que aquel día yo no me había percatado de su presencia. Ni de cómo me miraba, ni de dónde colocó su toalla, ni de su sonrisa...

— Vaya... — murmuré con poca emoción.

Aún tenía a Jorge y a aquel maldito mensaje en la cabeza, así que no estaba de humor para charlas absurdas. Estaba a punto de levantarme de la mesa y decirle que debía marcharme cuando, de pronto, me di cuenta de que Marcos me estaba mirando de aquella forma tan intensa; exactamente igual que en la playa.

— ¿Por qué te fijaste en mí? — pregunté, seguramente envalentonada por mi borrachera.

Él sacudió la cabeza y negó.

— Si te lo digo igual te asustas.

Abrí los ojos, sorprendida por esa respuesta, e insistí.

— ¿Por qué?

Supuse que lo había hecho queriendo y que el chico guapo de la playa, en realidad, tenía mucha maña en aquel tipo de conversaciones.

— ¿Te soy sincero? — me preguntó, apoyando ambos brazos en la mesa y acercándose a mí.

¿Estaba flirteando conmigo?

Sonreí y asentí mientras calculaba que tendría un par de años más que yo — como mucho — .

— Verás... Te vi salir del agua sin bikini y...

— ¡Oh, no! — exclamé, escondiendo mi rostro detrás de las manos mientras recordaba el accidente — , ¡qué vergüenza!

Él soltó una risita.

— Supongo que lo mejor será decir que me pareciste guapa, ¿no?

Asentí lentamente.

Prefería eso a “te vi salir del agua en tetas, mojada y desorientada, así que ¿cómo no iba a fijarme en ti?”

— ¡Eh, Marcos!

Ambos miramos hacia la procedencia de los gritos.

La mesa en la que él y sus amigos habían estado sentados se había vaciado. Todos se marchaban, excepto Danel, que seguía hablando con Leire mientras regresaban juntos a nuestra mesa, y Marcos, que continuaba sentado frente a mí. Levantó la mano a modo de despedida y después volvió a centrar su atención en mí.

— ¿Estás de vacaciones?

— Sí, algo así — respondí sin saber muy bien qué decir. En realidad yo no

consideraba aquello unas vacaciones, pero no me apetecía explicarle que estaba pasando por una crisis matrimonial y que Estartit se había convertido en mi retiro para pensar — . ¿Tú? ¿Vives aquí?

— Más o menos — me contó — , por cuestiones laborales paso parte del año en Girona y otra parte aquí. Depende de la temporada...

Estaba a punto de preguntarle a qué se dedicaba cuando Leire y su amigo irrumpieron en escena a plena carcajada. Nos levantamos e hicimos las presentaciones pertinentes antes de volver a sentarnos en la mesa.

Yo, que no estaba acostumbrada a aquel tipo de situaciones, me sentía muy incómoda a pesar de llevar unas copitas de más. Tenía la sensación de que la noche se estaba transformando en una cita doble o, al menos, en algo bastante similar. Justo en lo último que necesitaba en aquellos instantes.

Al principio mantuve la esperanza de que, tras terminar nuestra copa, cada uno regresase a su casa sin más dilación. Pero me equivoqué. Al parecer, la única que quería marcharse y no estaba animada era yo, así que terminé cediendo a la presión grupal y me vi arrastrada a un local oscuro que quería asemejarse a una discoteca de pueblo pero que, en realidad, ni siquiera llegaba ser un bar — y cutre, por cierto — . Para cuando entramos Leire y Danel ya actuaban de forma más cercana y cariñosa de la normal, pero por suerte, Marcos no parecía dispuesto a sobrepasarse conmigo. Parecía un buen chico y eso me tranquilizó.

— ¿Qué tomas? — me preguntó levantando la voz por encima del sonido de la música.

“No bebas más”, me dijo el angelito bueno. Pero el malo necesitaba ahogar penas y sus razones parecían de más peso, así que terminé pidiéndome un gin-tonic para hacer honor a aquellos años mozos en los que yo aún trasnochaba hasta altas horas. Marcos pidió lo mismo que yo, pero cuando se giró con intención de preguntarles a los otros dos qué querían, descubrimos que ya estaban entretenidos. Leire se enroscaba en el cuerpo de Danel como un reptil ansioso mientras él la devoraba a besos con ansiedad. Suspiré hondo. Incluso yo, que en aquellos instantes debía de cuadruplicar el límite de alcohol en sangre, me daba cuenta de que la escena que estábamos presenciando rozaba lo pornográfico.

“Ay, Leire...”, pensé. No tenía remedio, aunque en realidad nunca lo había tenido.

— Les van a terminar echando del local — señaló Marcos, sonriéndome con complicidad.

Yo asentí.

— Creo que deberíamos pararles los pies antes de que empiecen a quitarse la ropa — dije con una risita mientras recordaba otros pasajes similares con Leire.

Marcos dejó su copa sobre la barra y al hacerlo rozó mi brazo de forma intencionada. Lo supe porque su mano se posó en mi brazo durante unos cuantos segundos más de lo normal. Solamente fue un roce, una caricia, pero yo sentí cómo el bello de mi piel se erizaba y algo en mi estómago daba un vuelco. ¿Hacía cuántos años que no me tocaba ningún hombre que no fuera Jorge? Más de una década. Quizás por esa razón una simple caricia era capaz de turbarme de esa manera. Aunque tuve la sensación de que aquel breve contacto había sido electrizante para ambos, Marcos se alejó para hablar con su amigo y Leire sin decirme nada y sin darle importancia.

Los separó cómo pudo y ellos, como dos adolescentes con las hormonas revolucionadas, se escabulleron entre la muchedumbre sin mirar atrás.

— ¿A dónde van? — pregunté espantada.

Suponía que irían a buscar algún oscuro escondrijo donde retozar salvajemente, pero mi espanto no venía por eso, si no por el hecho de que tuviera que quedarme a solas con él. Con Marcos.

— Creo que a vuestro piso... — me explicó con una risotada — , me ha dicho que le concedas una hora.

Abrí los ojos como platos y di un paso al frente para intentar localizar a Leire. Pero era tarde. Ya no estaba.

6

Salimos de aquel antro y decidimos dar un paseo para hacer tiempo. Aún no podía creerme que a esas alturas de la vida y con la edad que teníamos Leire pudiera haberme metido en aquella encerrona por echar un polvo. ¿De verdad había sido capaz de dejarme tirada de esa manera? Miré a Marcos, que caminaba junto a mí por el embarcadero mientras su mirada se perdía en el mar.

— ¿Qué observas tan atento? — pregunté, procurando destensar el ambiente para que la incomodidad entre nosotros no fuera en aumento.

Llevábamos más de diez minutos paseando y solo habíamos intercambiado unos pocos monosílabos.

— Las islas Medas... mi paraíso — respondió torciendo una sonrisa.

¡Y Dios, qué sonrisa!

Sí, estaba dolida y destrozada por mi situación con Jorge; pero debo admitir que una no podía ser de piedra con aquel hombre delante.

Miré al frente y distinguí los montículos entre la fina línea que separaba el mar del cielo.

— Son preciosas...

— Son mágicas — insistió sin dejar de sonreír. Me percaté de que tenía los dientes más blancos que jamás había visto — , ¿sabes que en ellas viven más de sesenta especies de aves?

Yo negué.

— ¡Vaya...!

Poco a poco me iba relajando.

Me di cuenta de que Marcos era mucho más que un buen chico. Era legal. Se había dado cuenta de mi inquietud y no me había acorralado con preguntas del estilo “¿estás soltera?” o “¿qué buscas en un hombre?”.

— Pero la magia de verdad... — dijo, mirándome a mí brevemente — ..., la verdadera maravilla está bajo sus aguas — aseguró, sentándose sobre la madera del embarcadero y quitándose los zapatos — , debajo de estas aguas hay un verdadero mundo que muy pocos conocen.

— ¿Eres buceador? — deduje.

Me quité las sandalias y me senté a su lado.

Mis pies no llegaban a tocar el agua, así que guiada por un impulso, me estiré para acariciarla superficialmente con los dedos. Estaba fría, pero resultaba agradable.

— No exactamente... Soy biólogo marino, aunque en verano me dedico a dar cursillos de submarinismo y a mostrar las profundidades de las Medas.

— Un chico muy completo — bromeé de forma coqueta.

¡Oh, no!

¿Estaba coqueteando? ¿De verdad? “Muy bien, Beca”, me reocriminé a mí misma.

— En invierno trabajo junto a varias asociaciones gubernamentales en la conservación y en el estudio de la fauna marina — me explicó, aunque a mí todo eso me sonaba a chino — . Intento averiguar cómo afecta la actividad humana a las especies subacuáticas, y esa es la razón por la que siempre tengo que andar entre Estartit y Girona.

Tragué saliva.

— Yo trabajo como administrativa en un colegio, pero solamente trabajo media jornada de septiembre a junio — suspiré, sin ser consciente de que estaba analizando mi situación — ..., así que creo que tendré que buscar otro empleo.

— ¿Por qué? ¿No te gusta lo que haces?

Miré a Marcos y fui consciente, por primera vez, de que él era un total desconocido para mí y de que podía contarle cualquier cosa porque no me juzgaría. No tenía ni idea de cómo era mi vida, así que, ¿por qué callarme? A fin de cuentas, dudaba mucho que nuestros caminos pudieran volver a cruzarse en un futuro.

— Estoy casada, pero mi marido me ha pedido el divorcio porque ya no es feliz a mi lado.

Él pestañeó, incrédulo.

— ¿No eres demasiado joven para estar casada?

¡Un punto para Marcos!

En la misma pregunta me alababa y, además, preguntaba mi edad. Era una buena forma de sonsacarme información.

— Tengo treinta y tres años, pero me casé joven.

Marcos se deslizó levemente hacia mí, de manera que nuestros brazos volvieron a rozarse. ¿Era mi sensación o realmente me electrocutaba su contacto?

— Te volverás a casar — aseguró — , y saldrás de esto.

“Saldrás de esto”, repetí. Hablaba exactamente igual que Leire.

— Supongo — susurré, pensativa, mientras observaba las oscuras aguas que teníamos bajo nosotros.

— Yo no estoy casado — me explicó con una sonrisa — . Creo que casarse es una estupidez. Una forma absurda de demostrar posesión.

Solté una carcajada y le miré.

Sus ojos castaños relampaguearon bajo la luz de una luna plena, redonda y plateada.

— Eso sí que es una estupidez...

— No lo es — respondió, agachándose para tocar el agua con sus dedos — . Fíjate en el hipocampo... Son monógamos y una vez que encuentran a su pareja nunca más vuelven a separarse de ella.

— ¿Los hipocampos?

— Coloquialmente conocidos como caballitos de mar — me explicó, guiñándome un ojo — . Seres maravillosos, sin duda.

— ¿Son monógamos? — pregunté, sorprendida. Aquella información era nueva para mí — . ¿Cómo los pingüinos?

— Más o menos — se rió Marcos — , pero los caballitos de mar molan más que los pingüinos.

— ¿Por qué?

— Porque son mitad peces mitad caballos... ¿de qué otro animal se puede decir algo así?

Yo solté una carcajada.

— Vaya biólogo estás hecho... Se supone que no deberías tener esa clase de favoritismos.

— Pues los tengo — continuó, mirándome de reojo con una sonrisa traviesa muy sensual — . Eligen a una hembra porque ven en ella algo especial, y nunca más vuelven a separarse.

— ¿Y si ella o él muere?

— Entonces el otro también muere de pena.

Pestañeeé, incrédula.

— Mentiroso.

— Verdadero — se rió, imitando mi tono de voz — , los hipocampos deciden compartir su existencia sin más miramientos. Nosotros parece que necesitamos casarnos, firmar la unión, jurarnos fidelidad... El ser humano es tan malvado que ni siquiera confiamos en el amor.

Sonreí como una tonta sin ser consciente de que le estaba mirando muy fijamente.

— Así que eres un romántico empedernido...

Marcos se giró hacia mí y se mordió el labio.

— Sí, lo soy — me respondió — , algo que parece que también está mal visto en la sociedad. El hombre debe de ser rudo, poco sensible y no escribir poemas de amor.

— No como el hipocampo, que puede cantar sonetos a su hembra sin ser mal mirado — me reí, dándole un pequeño codazo.

— Deberíamos aprender más de ellos. ¿Sabes que los machos son responsables de la gestación de los bebés? Ellos son los que dan a luz a las crías.

Yo sacudí la cabeza.

No tenía ni idea.

— Y sí, soy un romántico — continuó con el tono de voz un poco más serio — , así que puedes reírte de mí todo lo que quieras porque eso no cambiará. Estoy convencido de que, al igual que los hipocampos, yo también me tropezaré con una mujer, sentiré que es especial con un simple vistazo y sabré que ella se convertirá en mi compañera eterna.

“Compañera eterna”...

Guardé silencio unos instantes mientras meditaba para mí misma en todo lo que ese chico acababa de decir. Jorge nunca había sido un romántico, la verdad. Me costaba sacar de él palabras tiernas, y cuando las decía solía ser con cuenta gotas. Yo siempre había tenido la sensación de que no necesitaba un “te quiero”, pero después de los últimos sucesos me daba cuenta de que había estado muy equivocada. ¿Quién no necesita saber que es amado?

— Así que también eres de esos... — murmuré, pensativa.

— ¿De cuáles? — se rió él.

Parecía tener un buen sentido del humor.

— De los que creen en el amor a primera vista.

Marcos se encogió de hombros y se agachó sobre el mar para observar las aguas oscuras del mediterráneo. Yo también lo hice, pero no vi nada.

— Supongo que sí.

— ¿Jurarás amor eterno a una mujer después de mirarla una sola vez?

Levantó la cabeza hacía mí, clavando sus ojos en mis pupilas. Me sentí abrumada y el corazón se me aceleró. Me imaginé que me lo decía; que aquellos carnosos y sensuales labios me decían algo romántico y sensual. Algo que solamente me dirían a mí y a nadie más.

— Mira el agua... Quiero enseñarte una cosa.

Solté el aire de mis pulmones, relajándome y sintiéndome estúpida, y obedecí. Necesité varios segundos para divisar una pequeña lucecita que se movía junto al casco de un barco cercano.

— ¿Qué es?

— Una medusa luminiscente.

— Guau...

— Peligrosa y muy venenosa — se rió él — , pero preciosa — puntualizó con voz sedosa — , cómo tú.

Quizás fuera por el alcohol o por lo surrealista de la situación, pero me sentía mareada y ni siquiera me atreví a mirarle antes de hablar.

— ¿Yo soy peligrosa?

— También te he llamado preciosa.

Sonreí de manera estúpida.

— Cierto. Pero, ¿por qué soy peligrosa? — pregunté, armándome de valentía y levantando la vista hacia él.

Me tropecé con su rostro, que estaba tan solamente a unos centímetros del mío.

Mi corazón volvió a acelerarse de tal manera que sentí que se me saldría por las orejas.

— Es un palpito...

Sus ojos chispeaban.

Marcos era... hipnótico. Dios, conseguía dejarme embobada. Intenté recordar si con Jorge había vivido algo similar, pero el tiempo había hecho mella y no fui capaz de recordar aquellas primeras sensaciones de nuestras citas. “Quizás sea por el alcohol”, me dije a mí misma, excusándome. El problema era que aunque no quisiera admitirlo en el fondo yo estaba deseando que me...

— ¿Puedo besarte, Rebeca?

Me mordí el labio con los ojos empañados.

Quería decirle que sí. Anhelaba sentir aquellos labios carnosos sobre los míos y comprobar su sabor, pero no tenía ni la fuerza ni la valentía. Además, estaba Jorge...

— Beca, llámame Beca.

Él cada vez estaba más cerca de mí.

Y Jorge no estaba.

Jorge no me quería.

Jorge no era feliz conmigo.

Jorge... me había dejado.

Me dije a mí misma que un beso inocente no cambiaría las cosas, pero cuando sentí su aliento sobre mi piel me asusté. Hacía tantos años que otros labios no se posaban en mí... Marcos me rozó con suavidad y delicadeza, como si aún continuase esperando una respuesta por mi parte. Levantó la mano y la ahuecó sobre mi mejilla.

— ¿Puedo besarte, Beca? — repitió.

Quería escuchar un “sí”.

Marcos era... sexy, pero romántico. Era sensible y decidido pero no era de esos que tomaban lo que querían y creían oportuno sin considerar a los demás. En este caso, a mí. Me sorprendí con aquel pensamiento sobre él porque era

consciente de que en realidad le conocía de un par de horas y unos minutos. De nada más.

— Ssí... — bisbiseé, dubitativa, mientras el angelito bueno de mi oreja derecha me decía “Jorge... Jorge...” y el malvado de la izquierda me recordaba “te ha echado de casa. No te quiere”.

Sentí sus labios sobre los míos. Suaves, tiernos, sensuales. Poco a poco su lengua se abrió paso a mi interior y su otra mano también se ahuecó en mi otra mejilla, aprisionando mi rostro. Cerré los ojos y me rendí a él, consciente de que después me arrepentiría de aquello. Pero no me importó, porque me sentí bien. Aquellos minutos, mientras los dedos de aquel desconocido acariciaban mi rostro y su lengua se deslizaba en un baile húmedo con la mía, no sentí dolor. No sentí el maldito nudo de la garganta que me asfixiaba, ni el que retorció mi estómago provocándome ganas de vomitar. Marcos era, simplemente... una cura al dolor.

7

Nos despertamos tarde.

Ambas teníamos resaca y estábamos somnolientas — aunque no por las mismas razones —. Estábamos tan cansadas que ni siquiera nos dirigimos la palabra mientras nos duchábamos, nos vestíamos con ropa cómoda y nos preparábamos para el viaje. Teníamos muchas horas por delante y salíamos bastante más tarde de lo que habíamos planeado en un principio.

— ¿No vas a darme las gracias, golfa? — bromeé mientras bajábamos las maletas por las escaleras del portal.

Ella sonrió con picardía.

— Me equivocaba. La tiene mucho más grande que en mis recuerdos.

Yo solté una risotada descomunal que dio pie a un repentino ataque de tos. Necesité parar en el segundo piso para tomar aliento y recuperarme; corría peligro de asfixiarme.

— Ya... Así que te gustó.

— ¿Te acuerdas del verano en el que perdí la virginidad?

— Sí — respondí, retomando la tarea. La maldita maleta pesaba una auténtica tonelada —. En la playa, ¿no?

Leire sonrió con picardía y yo pestañeé, incrédula.

— ¿Con él? ¿Ese fue el que...? — comencé, pero fui incapaz de terminar la frase.

— ¡Sí! — exclamó, y ambas nos echamos a reír.

La primera vez que Leire mantuvo relaciones con un chico sangró. Al principio pensó que era normal por la rotura del himen, pero resultó que le había bajado la regla. Para cuando se dieron cuenta ya estaban ensangrentados y calientes, de manera que tenían pocas opciones para solucionar el problema. Terminaron fornicando en el agua del mar en plena noche. ¡Fue su primer polvo... y acuático! ¡Dos por uno!

La verdad es que cuando me lo contó, con dieciséis años, yo me morí de risa. Me explicó que ella estaba encima, moviéndose suavemente para que no le doliera mientras él le tocaba los pechos con poca maestría y torpeza absoluta, y que de pronto sintió las piernas pegajosas y húmedas. Volvió a pensar que era normal, que sería por el calentón, porque estaba húmeda o por Dios sabe qué razón... Hasta que después de rozarse se vio las manos manchadas de sangre. Según ella, no le dolió en absoluto. Y lo peor de la experiencia resultó ser el tener que regresar a su casa con el vestido de esa manera; como si se hubiera fugado después de cometer una masacre. Han pasado años y ya no consigo recordar qué le contó a su madre para salir de aquel apuro, pero conociendo a Leire, seguro que encontró una respuesta ingeniosa a la altura de las circunstancias.

— Así que Danel, ¿eh? Parece que dejó huella...

— Eso parece — dijo, guiñándome un ojo — . Y con él siempre es un placer aprender algo nuevo. Por cierto, ¿tú tienes que darme las gracias?

— ¿Yo? ¡No!

No tenía pensado contarle lo del beso porque, a fin de cuentas, no había sido más que eso: un beso. Además, si nadie se enteraba era como si no hubiera ocurrido jamás. Pensé en Marcos mientras tiraba la maleta al interior del maletero. Solamente había pasado unas horas con él y desde entonces había dormido, me había cambiado de ropa y duchado, pero aún así continuaba oliendo a su perfume. No sabía si se trataba de mi desbordante imaginación, pero aquel aroma me hacía recordar sus labios, su sensibilidad... Su electricidad.

Leire tiró su maleta de malas formas al interior del maletero, dejándola caer junto a la mía, y cerró el portón. Me miró fijamente y sentí que había llegado el momento de la reprimenda.

— Tienes que ser fuerte, ¿vale? Volvemos a casa — anunció.

Yo asentí con ganas.

— Tengo ganas de volver — confesé — , echo de menos a mi niña.

La extrañaba mucho, sí.

— Pero no puedes volver a decaer, Beca — me dijo, regañándome como si fuera su hermanita pequeña — . Tienes que mantenerte fuerte por ella, ¿vale? No puedes permitirte el lujo de pensar en ti.

Sé que Leire tenía razón; el problema era que yo no sabía cómo debía enfrentarme a la ruptura y que, a pesar de la claridad con la que Jorge se reafirmaba en su decisión, yo continuaba albergando la esperanza de que todo quedase en una crisis.

Condujimos a turnos para que las siete horas de viaje no se nos tornasen pesadas. Mi madre me llamó para ver cómo íbamos y yo la engañé y le dije que habíamos salido mucho antes de la hora real. No quería tener que explicarle que la noche anterior había estado bebiendo y morreándome con un desconocido, claro.

Pusimos la música a tope y cantamos a pleno pulmón, recordando las aventuras de nuestros locos dieciocho años cuando nos acabábamos de sacar el carné de conducir. Leire, en aquellos años, era un auténtico peligro en la carretera. Gracias a Dios con el tiempo se iba tranquilizando, cogiendo tablas y mejorando.

Después, mientras ella conducía y yo fingía mirar las redes sociales, releí el mensaje de Jorge. Contuve el llanto porque no quería que mi amiga volviera a recordarme que “debía de ser fuerte por Blanca” — eso lo sabía de sobra — , pero sentí ganas de vomitar. Jorge me hablaba con tanta frialdad que me costaba reconocer en aquellas palabras a mi marido. Ése con el que había pasado la última década de mi vida.

“¿Eso es lo que realmente deseas, Jorge? ¿Qué me marche de nuestra casa?”, escribí y pulsé la tecla de enviar. Dios Santo... ¡Es que me estaba echando descaradamente! ¿No podía dejar, al menos, que la situación fuera menos violenta antes de ponerme de patitas en la calle?

Fueron demasiadas horas de camino y dieron para muchísimo. Recuerdo que intenté analizar los últimos meses de nuestro matrimonio para dar con la pieza que había fallado, la que se había roto. ¿Cuándo? ¿Cuándo había dejado de hacerle feliz? ¿Dónde estaba el momento clave? ¿La línea que traspasamos? ¿Y por qué yo no había sido consciente de sus sentimientos? ¿Por qué me había permitido descuidar nuestro amor tanto? ¿Hasta romperlo? No sé muy bien por qué, pero en mitad de aquella vorágine de sentimientos, pensé en el chico de la toalla de al lado y en sus palabras: “una compañera eterna”. ¿Había buscado eso Jorge en mí? ¿O se había casado conmigo pensando que el matrimonio era, simplemente, un papel del que uno podía eliminar su firma?

Leire me dejó frente al portal del piso de mis padres y yo me despedí de ella con un profundo abrazo y con la promesa de llamarla al día siguiente. Estaba feliz por reencontrarme con mi hija pero, a su vez, tenía miedo. Mucho miedo. Estaba de vuelta en Madrid y debía enfrentarme a una realidad para la que todavía no me había preparado psíquicamente. Entré con mis llaves, dejé la maleta en el descansillo del portal y subí las escaleras con lentitud, como si la suela de mis zapatos estuviera rellena de plomo y cada escalón supusiera un reto. Cuando llegué al tercer piso toqué la puerta. Escuché un grito de Blanca y sus pasos nerviosos correteando por el pasillo mientras mi madre decía “ya va, ya va...” y quitaba el cerrojo de la puerta.

— ¡Mamá! — gritó mi princesa, saltando a mis brazos.

Yo la cogí, la achuché con fuerza y aspiré su aroma profundamente. Olía a fresas, como siempre.

— Cómo te he echado de menos, princesa... — ronroneé en su oído mientras mis ojos se empañaban.

Ella era mi vida.

Me pregunté por qué demonios Blanca no significaba lo suficiente para Jorge. Por qué diablos no luchaba por nuestro matrimonio, por ella.

Porque nuestra pequeña continuase teniendo a sus dos padres unidos y a su lado.

— Venga, venga, deja a tu madre respirar que la vas a desgastar — dijo mi madre, quitándome a la pequeña de encima y empujándome para que pasase al

interior.

— ¿Nos vamos a casa, mamá? — preguntó mi hija.

Yo le sonreí con sinceridad, esforzándome por no derrumbarme.

— Claro, pero antes déjame saludar a los abuelos, ¿vale?

— Vale, sí — me dijo, dando palmaditas.

¿Qué esperaba Blanca? ¿Encontrar a su padre en casa? Cogí aire y lo solté lentamente, recordándome las palabras de Leire. Tenía que ser fuerte y soportar el chaparrón hasta que la tormenta amainara.

— Hola, papá — saludé, asomando la cabeza por el umbral del salón.

Mi padre levantó la mano y me sonrió antes de volver a centrar su atención en la película que estaba viendo en la televisión. Tenía el volumen altísimo, pero él no parecía darse cuenta.

Mi madre me miró fijamente y se cruzó de brazos, esperando algún tipo de nueva información.

— ¿Por qué no vas a buscar tus cosas, cielito mío? — le preguntó a Blanca.

La pequeña asintió y se fue corriendo a su habitación, ésa que muchos años atrás me había pertenecido a mí. Por unos instantes me imaginé regresando a esa casa con mi hija y viviendo de nuevo con mis padres... Y sentí un escalofrío.

— ¿Qué pasa, mamá? — atajé, agotada, deseosa de que Blanca regresase para escapar de allí con rapidez.

— ¿Qué sabes de Jorge?

Tragué saliva.

— Nada nuevo — confesé —, mañana hablaremos. Ya te contaré pero..., ahora no puedo más — la advertí con gesto de abatimiento —. Necesito descansar.

Ella, comprensiva, asintió.

— Vale... — me dijo, justo antes de estrecharme entre sus brazos de forma imprevista. No tenía ni idea de qué se le había pasado por la cabeza a mi madre para abrazarme así, pero me conmovió. Me sentí amada y querida — . Siempre serás mi niña pequeña... No lo olvides — susurró en voz muy bajita mientras Blanca se acercaba a nosotras dando gritos.

8

Como bien temí, el domingo nada más llegar a casa Blanca salió corriendo en busca de su padre. Se llevó un disgusto muy grande cuando descubrió que no estaba allí y pilló una llorera enorme cuando le expliqué que papá tardaría unos días más en regresar. Tenía la sensación de que estaba estirando demasiado el momento de ser sincera con mi hija, pero yo aún no me veía preparada para contárselo todo. Ni a mí, ni a ella.

Aquella noche dormimos juntas. No dormía con ella desde que era un bebé y la pasé a su habitación, así que se me hizo extraño. Creo que la única razón por la que no me derrumbé y me pasé la noche ahogándome en mis propias lágrimas fue porque ella estaba presente.

A la mañana siguiente madrugamos y retomamos nuestra rutina habitual. En verano, durante todas las mañanas, Blanca iba a las colonias con el resto de los niños de su clase. Solamente eran unas horas, pero a mí me eran más que suficientes para adecentar la casa y preparar la comida antes de que Jorge regresase del trabajo. Aquel día la dejé en la parada del autobús, la besé en la frente y regresé a casa muerta de miedo y con los nervios a flor de piel. Hacía más de quince días que no limpiaba, así que la casa estaba hecha un asco. Me pregunté si debía de adecentarla superficialmente para que Jorge no se asustase al verla, pero después decidí dejarla tal y como estaba. Me había dejado, estaba hundida y él debía de ver la realidad y las consecuencias de sus actos. Me estaba haciendo daño... A mí y a nuestra hija.

Me senté en el sofá, esperándole, mientras me esforzaba en preparar algo. Tenía que tener alguna frase en mente o alguna respuesta... Algo para comenzar aquella charla sin venirme abajo. Por ejemplo; “lo siento, Jorge.

Llevo pensando mucho en nuestro matrimonio y no tengo ni idea de qué es lo que ha fallado, pero estoy dispuesta a esforzarme por solucionar las cosas. Creo que podríamos... ¿Ir a terapia?”. Tenía que matizar algunos puntos de mi discurso, pero más o menos sabía qué era lo que yo pretendía transmitirle; que estaba dispuesta a luchar por aquella relación y por mi hija.

Jorge golpeó con los nudillos la puerta. Se me hizo extraño que llamase antes de entrar porque, a fin de cuentas, aquella era su casa y nunca antes lo había hecho. Supuse que estaba siendo considerado y grité un “pasa” desde el sofá, evitando levantarme a abrir por varias razones: primero, porque me parecía frío. No éramos dos desconocidos ni él era mi invitado. Segundo, porque no quería enfrentarme cara a cara con él desde el segundo uno de aquel maldito lunes.

Escuché que mi teléfono móvil liberaba un pitido para indicarme que había recibido un mensaje, pero lo ignoré. Jorge estaba ahí, así que supuse que era Leire quien me habría escrito y que mi respuesta podría esperar un poco más.

Jorge pasó al salón y, con el gesto serio, me observó desde el umbral de la puerta. Dios... Sentí que me moría al ver sus ojos miel reflejando aquella tensión. Fui consciente de que la situación no pintaba bien, pero no me eché a llorar. Sonreí levemente y le pedí que se sentase a mi lado.

Jorge estaba guapísimo. Vestía unos vaqueros oscuros y una camisa blanca; un punto intermedio entre lo formal e informal. No tenía mal aspecto y no parecía estar pasando por el mismo calvario que yo. Procuré ser fuerte. Estaba decidida a serlo.

— ¿Qué tal estás, Beca? — preguntó, sentándose en la otra punta del sofá para guardar las distancias.

Sentí que me hablaba con el tono de voz frío, como si no se estuviera dirigiendo a su mujer. Como si yo no fuera... nada. Me dije a mí misma que Jorge no pretendía hacerme daño y que no estaba siendo consciente del dolor que me causaba, pero ni siquiera esa mentira logró paliar mi ansiedad.

— Mal — respondí con los ojos empañados — , muy mal.

Él agachó la cabeza y comenzó a frotarse las manos.

— Ya... Bueno, pasará.

— ¿Pasará? — repetí, levantando el tono de voz. Sentí que algo en mi interior estaba a punto de estallar — . ¡Por Dios, Jorge! ¡No entiendo nada!

Mi marido levantó la cabeza para mirarme y tuve la sensación de que estaba ante un desconocido. Un auténtico desconocido.

— Las rupturas siempre son dolorosas, pero al...

— No, Jorge, no. Yo no quiero separarme de ti — lloriqueé mientras las lágrimas comenzaban a resbalar por mi mejilla — , yo quiero solucionar esto.

Por primera vez tuve la sensación de que reaccionaba a mi dolor. Se tensó y frunció el ceño, observándome con pesar.

— Yo no soy feliz, Beca... No puedes obligarme a...

— ¿Alguna vez has sido feliz conmigo? ¿Te he hecho feliz?

Él dudó, pero finalmente respondió.

— Sí, claro que sí.

— Entonces volveré a hacerte feliz — aseguré, deshaciéndome en el llanto — . Solamente te estoy pidiendo una oportunidad.

Él sacudió la cabeza y se levantó del sofá.

Parecía consternado y supuse que había acudido a casa sin esperar aquella reacción por mi parte, pero no me importó. Tenía que ver y sentir mi dolor... Tenía que ser consciente de lo mucho que le quería.

— Yo no puedo seguir con este matrimonio, Beca. No puedo... lo siento — tartamudeó antes de dar un paso atrás.

Me llevé las manos a la cabeza y me masajé el cuero cabelludo mientras intentaba encontrar las palabras correctas. ¡Joder! ¡Era mi marido! Se me tenía que ocurrir algo... Tenía que encontrar la maldita llave de su corazón.

— No te vayas, por favor, Jorge... — supliqué muerta de miedo — , no me dejes...

— Yo... Yo no puedo, Beca, de verdad... Quédate en mi casa un tiempo y, bueno... Ya encontrarás otro lugar... — dijo, aunque en realidad yo no escuché ninguna palabra.

No podía ser verdad.

No podía ser cierto.

— Esto solamente es una crisis — escupí desesperada, recordando las palabras que mi madre me había dicho — , solamente tenemos que aguantar un poco.

Él, abrumado, sacudió la cabeza en señal de negación antes de mirarse el reloj de la muñeca.

— Tengo que irme, Beca... No compliques más las cosas, por favor.

Me quedé inmóvil en el sofá, gritando, llorando, escupiendo la rabia y la impotencia que tenía en mi interior mientras le maldecía en voz alta. Maldito bastardo. ¿Por qué? ¿Por qué me estaba haciendo aquello? Tardé más de media hora en tranquilizarme y, aunque dejé de llorar, sentí cómo la ansiedad seguía oprimiendo mi pecho. La sensación era horrible, constante y perturbadora. Tenía la impresión de que si él me dejaba jamás conseguiría volver a sonreír. Era como si... Como si poco a poco me fuera consumiendo en un mar salado. Como si estuviera ahogándome en las entrañas del océano y no consiguiera alcanzar la superficie.

Aún faltaban dos horas para que Blanca regresase de las colonias, así que me arrastré a la ducha. Abrí la llave del agua caliente, me metí en el interior y me senté en el plato de la ducha mientras dejaba que el chorro golpease mi espalda. Quería que me limpiase, que alejase de mí aquella sensación de malestar. Volví a llorar... lloré mucho. Pero poco a poco me fui vaciando hasta quedarme sin nada que expulsar.

Mientras me encontraba en la ducha, pensativa, volví a tener la sensación de que necesitaba encontrar la llave. La llave de su corazón, algo que le hiciera recordar lo mucho que me quería y lo feliz que habíamos sido en el pasado. No sabía muy bien dónde se habían torcido las cosas, así que no podía arreglarlas. Pero sí sabía que en un pasado también habíamos conseguido superar un mal pasaje de nuestra relación...

De pronto, recordé nuestra escapada a Cantabria. La llegada de Blanca a nuestras vidas nos había cambiado por completo, y aunque nuestra hija nos proporcionaba una felicidad absoluta, nuestro matrimonio se había visto resentido. Prácticamente no pasábamos tiempo juntos y yo había dejado de tener vida para dedicarme exclusivamente a las tareas del hogar y a Blanca. Entonces fui yo la que me sentí infeliz, triste y vacía; y fue Jorge quien me recordó lo bonitas que podían ser las cosas con aquel fin de semana en una cabaña de madera donde sólo existíamos nosotros dos y un jacuzzi.

Salí de la ducha, me envolví en el albornoz y encendí el portátil para buscar la web. Cuando me propuse reservar la cabaña fui consciente de que no tenía ni la menor idea del horario de mi marido y me sentí escandalizada. ¿En qué momento nos habíamos distanciado tanto? ¿Y si Jorge tenía razón y todo aquello era culpa mía? ¿Y si le había dejado de lado? Decidí arriesgarme y cogí un fin de semana próximo... Tenía que ser una sorpresa y no quería que pudiera sospechar nada al respecto. Imprimí los papeles y me senté en la cama para contemplarlos mientras recordaba aquella mágica noche donde nos deshicimos en caricias y disfrutamos de la naturaleza. Fue perfecta. Fue lo suficientemente intensa como para recordarnos a ambos que nuestro amor merecía la pena.

Más calmada, recordé que Leire me había enviado un mensaje y cogí el teléfono móvil para responderle. Aunque para mi sorpresa, el texto lo enviaba un número desconocido: “*¿Sabes qué animal no tiene ni corazón ni cerebro? Soy Marcos... Seguro que no recordabas que me diste tu número*”. Intenté hacer memoria y me reí estúpidamente cuando me acordé de ese momento. El chico de la toalla de al lado podía ser muy insistente si se lo proponía, sí. “*Sé que mi marido no tiene corazón y que yo no tengo cerebro. ¿Sirve?*”, respondí con una sonrisa y dejé el móvil a un lado para poder ir vistiéndome. Blanca estaba a punto de llegar y yo seguía con el pelo mojado y en albornoz. Me estaba poniendo unos vaqueros cuando Marcos respondió: “*No sirve. Si me llamas, te digo la respuesta...*”. Me mordí el labio inferior mientras recordaba su sonrisa, su cabello largo y alborotado y... el beso. El primer beso que le daba a alguien que no fuera mi marido en los últimos diez años. “*Me lo pensaré*” escribí. No había soltado el teléfono cuando recibí su respuesta: “*¿El qué? ¿Lo de la llamada o la respuesta?*”

9

— ¿Mamá? ¿Puedo meter el champú en la maleta?

— No cariño, no tienes que llevar el champú... Y tampoco llevarás maleta.

Blanca se sentó en la cama y examinó con atención cómo iba sacando la ropa interior de los cajones y la amontonaba en pequeñas torres. Después me dirigí a las camisetas.

— ¿Por qué no voy a llevar maleta?

— Porque te vas a un campamento, y a esos sitios uno tiene que llevar una mochila y un saco de dormir.

Ella abrió los ojos como platos, emocionada.

Era algo totalmente nuevo para Blanca y, además, era la primera vez que la dejaba asistir. Las colonias de verano siempre preparaban una salida a un campamento cercano donde los niños pasaban dos días en la naturaleza, rodeados de animales, pero hasta entonces nunca la había considerado preparada para dormir fuera de casa. Quizás, pensé, la que no había estado preparada había sido yo.

Aquel año iría.

Pensaba que le vendría bien estar con los niños de su edad y desconectar de los problemas por los que su padre y yo estábamos pasando. Ella parecía fuerte y llevarlo bien, pero cada noche preguntaba por su padre y yo ya no sabía qué decirle. Llevaba dos días sin saber nada de Jorge. Estábamos a miércoles y, desde el lunes en el que se marchó de esas formas, no habíamos vuelto a hablar. Tampoco me había enviado un simple mensaje ni se había molestado en llamar. Ni siquiera para hablar con Blanca, y eso me dolía

todavía más. Él, que había decidido romper nuestra relación, no se estaba preocupando por saber cómo le afectaba aquella situación a nuestra hija. Él... Suspiré, cogí el teléfono y le envié el mensaje: “*¿no piensas volver a casa nunca? ¿Cuándo te voy a ver? ¿Y cuándo te verá Blanca? El viernes se marcha de campamento*”. Intenté que mis palabras no sonasen desesperadas, dolidas o suplicantes. Después de enviarlo decidí sacarme a Jorge de la cabeza y bajé a desayunar con mi hija, pero ni siquiera eso pude hacer tranquila.

Estaba calentando las tazas de leche en el microondas cuando recibí un mensaje de él. Miré su nombre en la pantalla y fui incapaz de sacar fuerzas suficientes para abrir el texto y leerlo. No podía. La última vez que había sabido de él mi corazón había terminado hecho añicos y no quería que aquel dolor volviera a reproducirse en mi interior. Me sentía... Me sentía mejor. Como si poco a poco fuera alejándome de la realidad. Como si esperara absurdamente que aquella crisis se resolviera sola. Pero eso no iba a pasar. Armándome de valor y con el corazón en un puño, abrí el mensaje con las manos temblorosas: “*Sé que el viernes se marcha. El lunes iré a recogerla a la estación y me la quedará hasta el viernes siguiente. Deberíamos considerar la opción de que te marches de casa durante la semana para que yo pueda quedarme ahí con ella. No conviene que sufra más alteraciones en su rutina. Por cierto, he hablado con mi abogado... Tendremos que pensar en firmar los papeles y pasar página cuanto antes. Alargar esto será doloroso para ti, para mí y para nuestra hija*”.

— ¿Mamá?

No podía respirar.

No podía ser cierto.

Necesité leer aquello varias veces, y aún así, seguía pensando que mi macabramente me estaba jugando una mala pasada. Jorge... Me pedía definitivamente el divorcio.

— ¿Mamá? — insistió Blanca, que no había pasado por alto mi reacción.

Me había quedado helada y el color de mi rostro había desaparecido. Me temblaban las manos y me costaba respirar. Yo no era consciente de ello, pero

estaba hiperventilando y asustando a mi hija.

— Estoy bien... — mentí, fingiendo la mejor de mis sonrisas.

Por dentro estaba hecha añicos, pero cuando me di la vuelta y la miré a la cara, supe que no podía echarme a llorar. ¡Por Dios, tenía siete años! Blanca no era más que una niña dulce e inocente... No se merecía aquello. Me tragué todo el dolor y me senté junto a ella, dejando ambas tazas en la mesa.

— ¿Tienes ganas de ir al campamento? — pregunté, esforzándome por mantener la compostura.

Ella no parecía convencida, pero al final asintió.

— ¡Muchas! ¡Vamos a ver caballos! — exclamó, divertida.

— ¿Y qué vais a ver? — pregunté, distrayéndola.

Distrayéndola a ella y distrayéndome a mí.

Necesitaba escucharla hablar, reír y emocionarse para olvidar la bofetada que acababa de recibir. Había sido como una paliza, porque incluso una patada en el estómago se quedaba corta para describir semejante angustia y dolor.

Es un dolor tan agudo y diferente que solamente quien ha pasado por él puede saber de qué estoy hablando. Terminamos de desayunar. Yo roí dos galletas y le di un trago a la leche edulcorada, pero mi estómago no admitió nada más. Después nos calzamos y acompañé a Blanca hasta la parada de autobús.

Me sentí muy triste al verla marchar; la necesitaba a mi lado. Ella era como un arcoíris en un día de tormenta. Un rayo de luz mientras yo seguía sumida en la penumbra. Pero sabía que era lo mejor. Aquellas cuatro horas diarias servían para distraerla y para que yo pudiera sopesar en soledad a lo que debía enfrentarme. Tenía la impresión de que Jorge había tomado su decisión y yo no podía obligarle a volver conmigo por mucho que lo quisiera.

Mientras paseaba de camino a casa — o más bien, regresaba arrastrando un pie detrás del otro sin ánimo ni ganas —, decidí que había llegado el momento de considerar seriamente buscar un piso. Tenía unos pocos ahorros y podía permitirme un alquiler no muy alto; y de poco servía continuar negándome a dar el paso y manteniendo la esperanza de que Jorge regresase.

Me había dejado.

El simple hecho de asimilarlo ya me parecía una tortura.

Al final, terminé haciendo de tripas corazón y llamé a una inmobiliaria; le conté a la agente que necesitaba un alquiler bajo que pudiera estar disponible para el próximo lunes. Era repentino, sí, pero suficiente duro era que Jorge me echase de mi casa como para encimar tener que regresar a casa de mis padres. Esa opción no era posible... Necesitaba encontrar otra cosa o terminaría desquiciándome. Quedé con ella en que la vería al día siguiente y colgué la llamada. Aún tenía el teléfono en la mano cuando recibí un mensaje de Marcos; “*¿Todavía estás pensando en la respuesta? Tic, tac...*”

Marcos. Recordé el rato que pasamos en el embarcadero y nuestra charla sobre los caballitos de mar. Sobre los hipocampos. Me mordí el labio y, con la sensación de estar cometiendo un horrible crimen, pulsé la tecla de llamar.

Escuché el primer tono, el segundo tono...

— Acabo de hacer algo alucinante — respondió de sopetón.

No pude evitar soltar una risotada.

¿Quién en su sano juicio respondía el teléfono con aquella frase? Más aún teniendo en cuenta que su interlocutora, yo, era una desconocida.

— De ti me espero cualquier cosa — le dije con voz dulce.

Tenía una sensación extraña. Una charla, un beso, dos mensajes — literalmente — y ya sentía que Marcos y yo ya éramos amigos de toda la vida. Que nos conocíamos bien. Si un psicólogo estuviera leyendo esto me diría que aquel comportamiento por mi parte se debía a la necesidad de aferrarme a algo externo a Jorge. Y puede que esté en lo cierto, porque funcionaba.

— Acabo de estar nadando con cinco tiburones grises — me dijo, emocionado.

Pude sentir cómo sonreía incluso sin verle.

— Vaya... ¡Qué valiente!

— ¿Valiente yo? — repitió — , ¡valientes ellos!

Me reí como una tonta y me senté en un banco, a pocas manzanas del que siempre había sido mi hogar. Dejé que la luz del sol me calentase el rostro mientras hablaba con Marcos.

— ¿Ellos?

— El tiburón gris está en peligro de extinción, Beca — me explicó... Y mi nombre en sus labios sonó demasiado sensual — , te aseguro que el animal más peligroso es el ser humano.

— Estoy segura, aunque a ti no te veo mucho peligro.

Marcos se rió tontamente.

— Eso es cierto. El peligro lo tienes tú...

Y así continuó la conversación.

No fui muy consciente de cuánto tiempo llevábamos al teléfono hasta que miré el reloj y comprobé que había pasado una hora y que seguía allí sentada, en el mismo banco, con la cara más morena y la oreja muy roja.

— Creo que deberíamos colgar...

Lo dije con la boca pequeña, porque en realidad no era lo que quería. Hablar con él, por alguna razón que yo no comprendía, me estaba resultando terapéutico.

— ¿Quieres colgar el teléfono?

Escuchaba ruidos y supe que él estaba haciendo cosas sin dejar de hablar conmigo.

Me levanté del banco y eché a caminar hacia mi casa mientras me preguntaba a mí misma si sería capaz de cocinar con una sola mano para no tener que despedirme tan pronto de Marcos.

— No quiero, pero creo que deberíamos.

— ¿Por tu marido? — preguntó.

Esa pregunta me resultó como una jarra de agua fría.

Sentí que, de pronto, la ansiedad volvía a oprimirme el pecho. Guardé silencio, cerré los ojos e intenté recordarme a mí misma que tan solamente era una llamada de teléfono y que no estaba haciendo nada malo.

— ¿Beca?

— Sí, estoy aquí — respondí, dolida.

— ¿Qué ocurre?

Tragué saliva antes de responder.

— Me ha pedido que me marche de casa...

Ni siquiera sé por qué le conté algo así. Algo tan... personal. Supongo que necesitaba desahogarme y con Leire no era tan sencillo. Ella, de forma involuntaria, me criticaba y juzgaba. Para Leire todo era muy sencillo; o blanco, o negro. Olvidar a Jorge no debía de suponer un drama porque, si él no quería estar conmigo, ¿por qué iba yo a querer estar con él? Pero para mí las cosas estaban muy lejos de ser así.

— ¿Y qué vas a hacer?

Su voz sonó ronca e, incluso, me pareció cargada de cierta preocupación. Deseché esa idea tonta de la cabeza. No me conocía. Uno no se preocupaba por la gente que no conocía.

— No lo sé — confesé, pensativa, aunque en realidad sí lo sabía.

¿Qué iba a hacer? Tampoco tenía muchas opciones. O me marchaba o... me marchaba. Y entonces recordé la cabaña y la escapada a Cantabria y sonreí al pensar que, quizás, pudiera ablandar a Jorge con aquello.

— Oye, Beca... No te mereces estar sufriendo esto — comenzó Marcos, dirigiéndose a mí muy seriamente —, eres... eres preciosa. No permitas que él...

— Perdona, Marcos, pero tengo que cortar — le corté con apremio —. Hablamos en otro momento, ¿vale?

Le escuché suspirar al otro lado de la línea.

— Todavía no te he dicho la respuesta al mensaje... — señaló.

Yo sonreí.

— Dímela.

— Creo que prefiero guardármela para mí... Y que tengas que volver a llamarme.

Solté una risotada.

— Eso no es justo, pero supongo que de nada me servirá insistir, ¿verdad?

— Supones bien, nena — corroboró.

Nena...

Recordé su piel morena, sus ojos castaños, su pelo alborotado, sus brazos musculosos, su sonrisa perfecta y blanca y su electricidad. Me sentí triste teniendo que cortar la llamada, pero debía hacerlo.

— Cuídate, Marcos.

— Sí, cuídate.

Y colgué mientras corría escaleras arriba en busca de los papeles de la reserva. Les saqué una fotografía y, cargada de esperanza, pulsé la tecla de enviar junto con un breve texto:

“¿Me permites recordarte lo que es amar?”.

10

Leire se acercó a la pantalla del ordenador y comenzó a revisar las fotografías que la mujer nos mostraba. Cualquiera de aquellos pisos me habría servido, porque en realidad yo únicamente pedía que cumplieran dos condiciones: que estuvieran lejos de mi marido y que tuvieran lavavajillas. No sabía cuál de aquellos dos puntos era más importante.

— ¿Cuál vamos a ver? — preguntó la agente con una sonrisa, deseosa de abandonar su despacho y pasar a la acción.

— ¿Están avisados los propietarios?

Ella asintió con una sonrisa.

— Los que os estoy mostrando están disponibles para visitar esta misma mañana.

Asentí y miré a Leire, esperando su opinión.

Ella, dubitativa, frunció el ceño y me observó fijamente.

— Mira, cielo... — murmuró —, sé que ahora mismo estás rabiosa con él, y yo lo entiendo perfectamente... Es más, soy la primera que critica su comportamiento...

— ¿Pero...?

Ella carraspeó.

— Pero te guste o no es su padre y tendrás que adaptar tu vida para que Blanca pueda verle. Alquilar un piso en la otra punta de la ciudad solamente hará que las cosas se compliquen más.

Y otra bofetada de la mano de la sabiduría de Leire.

Tenía razón, lo sé. Pero solamente imaginar que yo estaría encerrada en un piso de cuarenta metros cuadrados, consumiendo el ochenta por ciento de mi sueldo en el alquiler mientras él estaba en nuestra casa, disfrutando de la piscina de la urbanización... Dios, me hervía la sangre. Lo peor de todo era lo ignorada que me sentía. Las horas pasaban y Jorge seguía sin contestarme a la propuesta de la cabaña. Lo peor de todo es que a esas alturas de la película la respuesta me era indiferente — ¡mentira! — pero necesitaba tenerla y asimilarla cuantos antes. Aunque algo en mi interior me decía que lo mejor era prepararme para sufrir un negativa, yo no podía evitar albergar cierta esperanza de que su corazón pudiera ablandarse.

Al final suspiré, admití que Leire tenía razón y le pedí a la agente que buscase un piso más cercano a la zona. Ella sonrió de malagana; no parecía muy contenta con el cambio de planes, pero no tardó demasiado en ponerse manos a la obra.

— Tenemos un problemita... — nos explicó cinco minutos después de hojear los archivos — , hay muy poquitos pisos en esa zona de Madrid y... bueno, los alquileres son bastante más caros.

— ¿Cómo de caros? — preguntó Leire.

— Pues, a ver... Este apartamento de una habitación, un baño, salón-cocina... Que no está mal, pero algo anticuado, rondaría unos setecientos euros — explicó antes de girar la pantalla para que nosotras también pudiéramos verlo.

Lo de algo anticuado se quedaba corto.

— Joder — escupió mi amiga.

— ¿Sete...cientos? — repetí.

La mujer asintió.

— ¿Y una sola habitación? — volví a repetir.

La agente volvió a asentir con pesar.

— Dime que al menos tiene lavavajillas — resoplé, llevándome las manos a

la cabeza mientras sopesaba si estaría dispuesta a pagar semejante cifra por vivir en una caja de zapatos.

¿Merecía la pena?

Miré a Leire con una expresión cargada de pánico. Mi maldita vida se estaba viniendo abajo y yo solamente encontraba trabas y más trabas para no poder continuar.

— ¿No hay nada más? ¿Aunque esté un poco más lejos?

La agente torció una mueca, giró la pantalla del ordenador y comenzó a teclear nuevamente.

Nosotras aguardamos con paciencia mientras yo intentaba contener mi ataque de histeria a raya.

— Pues... Vaya, esto no está nada mal — sonrió, girando la pantalla de su ordenador. Un rayo de esperanza cruzó mi mente mientras decía aquello — . Está a un par de paradas en metro, pero os aseguro que no suele haber pisos así a estos precios.

Ambas nos pegamos a la pantalla.

La primera foto pertenecía al salón: parecía amplio, limpio, minimalista y moderno. No estaba nada mal y podía decirse que era afín a mi estilo.

— ¿Cuántas habitaciones tiene? — inquirí.

— Dos habitaciones y un baño — dijo, pasando a la siguiente fotografía.

Pertenecía al baño.

Blanco, sencillo, con ducha... No estaba mal. Sentí un cosquilleo extraño recorriéndome de arriba abajo, algo así como un escalofrío que no supe identificar. Supuse que serían nervios — o quizás que había cogido una gastroenteritis — .

— Está muy bien, ¿no? — me preguntó Leire con una sonrisa.

Asentí, analizando la habitación que la pantalla mostraba.

Era concorde al resto del piso; sencillo, muy blanco, luminoso, con armarios grandes... Parecía perfecto para una mujer soltera y una niña. Una mujer soltera. Soltera o mejor dicho, divorciada.

— Supongo — admití, esforzándome por no sacarle pegas y pensar con claridad — . ¿Cuánto cuesta el alquiler?

— Seiscientos cincuenta euros. El primer mes se deben aportar tres mensualidades; la de la fianza, la primera por adelantado y una para la inmobiliaria.

Tragué saliva.

Eso era mucho dinero.

— ¿Y dónde está, exactamente?

La mujer volvió a girar la pantalla, tecleó un poco y después nos la mostró. Había abierto el *google maps* para enseñarnos la ubicación exacta del piso en el mapa callejero de Madrid. Reconocí la calle de inmediato.

— ¡Es perfecto! — exclamó Leire, emocionada — . ¿No crees?

No me quedó más remedio que decir que sí con la cabeza.

— ¿No trabaja Jorge por esa zona? ¡Es ideal, nena! — exclamó.

Yo repetí el gesto.

— Sí, trabaja justo enfrente...

Y aunque sabía que aquella comodidad era la que andaba buscando, no me sentí aliviada ni feliz.

— ¿Podemos verlo?

— Dadme un segundo para que llame al propietario — dijo, rebuscando en su bolso hasta dar con el teléfono móvil — , tenemos las llaves, pero es mejor avisar. Por si acaso.

Yo también saqué mi teléfono móvil, esperando encontrar en él un mensaje de Jorge. Pero nada. Seguía sin haber ningún rastro de él. ¿Estaría pensándose lo de la escapada?

— Por más que mires el teléfono no va a... — comenzó Leire, pero no concluyó la frase porque justo en ese instante recibí un nuevo mensaje

entrante.

Sonreí como una tonta mientras cruzaba los dedos. No literalmente, claro.

Abrí el mensaje, nerviosa, y me sorprendí cuando, una vez más, encontré el nombre de Marcos como remitente. Leire frunció el ceño y alargó el cuello para leer bien lo que ponía.

— ¿Marcos? — preguntó, sorprendida — . ¿El mismo Marcos de Girona? ¿Y por qué te llama... nena?

“Sigo esperando tu respuesta... Por cierto, buenos días, nena”.

Leire, con los ojos abiertos como platos, me arrancó el teléfono de la mano para releer el mensaje.

— Me he saltado algún capítulo de esta historia — me riñó — , así que ponme al día ahora mismo.

— Hay poco que contar... Me mandó un mensaje y me llamó para hablar un rato — confesé, encogiéndome de hombros y restándole importancia.

— ¿Te llamó? ¿Para qué?

La agente inmobiliaria, que se llamaba Elena, colgó el teléfono con una sonrisa e interrumpió la conversación para decirnos que podíamos ir a ver el piso sin problemas, así que pospuse la breve explicación que respectaba a la llamada de Marcos y abandonamos la inmobiliaria.

Nos subimos en el coche de Elena y recorrimos el breve trayecto hasta aquella zona. Nos explicó que tenía garaje y que éste no iba incluido en el precio. La parcela, aparte, costaba ciento veinte euros más. Un auténtico despropósito, sin lugar a dudas.

— Creo que podré apañármelas sin parcela — aseguré con una sonrisa irónica.

El piso en cuestión estaba en un quinto.

Nos dirigimos al ascensor, que estaba nuevo y era lo bastante amplio como para meter dos carritos de bebé, y compartimos el espacio con una pareja de vecinos. Eran jóvenes y parecían buena gente.

Sopesé si aquel lugar me gustaba para comenzar una nueva vida. No estaba mal, no, aunque tampoco tenía ninguna zona verde ni parques cercanos donde llevar a Blanca a jugar con otros niños. Era cómodo, céntrico...

Elena abrió la puerta y nos invitó a pasar en primer lugar. Después se hizo a un lado y nos preguntó si queríamos que ella nos lo mostrara.

— No hace falta — respondió Leire.

— Si tenéis alguna duda, preguntadme.

Asentimos y comenzamos a inspeccionar el lugar.

Tal y como habíamos visto en las fotografías del ordenador, el piso era amplio, luminoso, estaba recientemente reformado y la decoración era moderna y minimalista, de manera que permitía que uno pudiera aportarle su toque personal sin sobrecargar el ambiente. Me gustaba.

— No sé si estoy preparada para marcharme de casa — solté, a bocajarro, mientras nos encontrábamos en la cocina.

Leire me miró.

Esperé a que soltase algún comentario sarcástico o alguna de sus reprimendas, pero en lugar de hacerlo se acercó a mí y me envolvió en un profundo y cálido abrazo. Sentí deseos de echarme a llorar, pero me contuve. Tenía que ser fuerte.

— Creo que no tienes muchas opciones, Beca — me dijo con pesar — . Sé que lo estás pasando mal, pero yo te conozco... Te conozco muy bien y sé que saldrás de esto.

Nos dirigimos al dormitorio más pequeño, el que sería para Blanca. Tuve que admitir que tampoco estaba nada mal.

— ¿Vas a contarme lo de Marcos? — preguntó Leire, retomando el tema mientras yo me asomaba por la ventana para inspeccionar la zona.

Joder.

La empresa de Jorge estaba tan solamente a unos metros de distancia. Podía distinguir el logotipo del cartel exterior desde allí.

— No hay nada que contar, de verdad — respondí, aún sabiendo que mi insistente amiga no se rendiría tan fácilmente.

Pasamos al dormitorio principal. Leire abrió el armario, la cómoda y después sacó los cajones de las mesillas. El piso estaba completamente vacío, así que resultaba más que evidente que allí no vivía nadie.

— Me gusta mucho — aseguró — , estás cerca de mí casa y de Jorge.

— A mis padres los tengo lejos — señalé, dubitativa.

“No lo hagas, Beca”, me reocriminé a mí misma, “no le busques excusas”. Tenía que empezar a organizar mi vida, a esforzarme por hacer las cosas bien.

— Ven, siéntate... — me dijo Leire con una sonrisa, señalando la cama con un par de palmaditas.

Yo obedecí pero, en vez de sentarme, me tumbé en ella. Miré al techo fijamente mientras me repetía a mí misma que todo aquello era un verdadero infierno. Un desastre.

— ¿Te puedo aconsejar? — yo, en vez de responder, le dejé continuar. Sabía que independientemente de mi respuesta ella continuaría con su charla — . Verás, Beca... Sigues anclada en una sociedad victoriana que, de verdad, ya no existe. Está pasada de moda — me explicó, tirándose a mi lado sobre el colchón — . Hoy en día divorciarse no está mal visto, mucho menos rehacer la vida.

— El problema es que yo no quiero divorciarme — insistí, esperando que de una vez por todas fuera capaz de comprender mi postura.

— El problema es que tu marido SÍ quiere divorciarse — me atacó, aún sabiendo que haciéndolo me sentiría dolida. Y dolió, sí — . Y que tú tienes que asumir la situación y seguir adelante.

Suspiré hondo.

— Uf... Esto es una mierda.

— ¿Puedo aconsejarte?

Yo me giré y la miré fijamente.

— ¿No lo has hecho ya?

Ella negó y yo puse los ojos en blanco.

— Hazme caso y saca ese clavo de tu vida para poder continuar — dijo, cogiéndome de la mano y dejando sobre mi palma unas llaves — , haz un esfuerzo. Intenta ver que esto no es el fin del mundo.

— ¿Y eso? — respondí, levantándolas en el aire — . ¿Son de tu casa?

Leire sonrió.

— Son del apartamento de Estartit — confesó.

Yo solté una carcajada descomunal que, segundos después, derivó en un importante ataque de risa. Dios Santo, mi amiga se había vuelto loca de remate... Me revolví en el colchón para girarme y le volví a meter las llaves en el bolsillo de su cazadora antes de incorporarme con gran esfuerzo.

— No las necesito, pero gracias por el ofrecimiento.

— Beca, cariño... — insistió ella — , ¿hace cuánto que no echas un polvo con alguien que no sea Jorge? Y digo alguien porque, en estas circunstancias, hasta una mujer serviría para hacerte el apaño.

— Por Dios, Leire... — resoplé, sacudiendo la cabeza en señal de negación y abandonando la habitación.

Faltaba poco más de una hora para que el autobús de Blanca estuviera de regreso.

— ¡Marcos está muy bueno! ¡Y parece muy dispuesto! — gritó a mis espaldas mientras yo estallaba en carcajadas.

Estaba loca de remate, ¿pero qué le iba a hacer? La quería tal y como era.

Elena, la chica de la inmobiliaria, nos esperaba en la entrada con una sonrisa, rezando internamente porque el veredicto fuera positivo.

— ¿Qué os ha parecido?

Ni siquiera necesité pensármelo mucho. ¿Acaso tenía más opciones? ¿Iba a encontrar algo mejor que aquello? Supuse que, si finalmente Jorge y yo conseguíamos pasar aquella crisis, perdería el dinero de la inmobiliaria y de un mes. Tampoco era demasiado, ¿no?

— Me lo quedo — confirmé sin ilusión.

Leire soltó un par de aplausos y Elena, feliz, asintió.

— Pues muy bien. Prepararé los papeles para que el lunes firmemos la documentación y se pueda hacer entrega de las llaves — explicó, mientras un malestar general se instalaba en mí.

Pues nada; ya tenía nuevo hogar.

Decidí regresar caminando porque dudaba ser capaz de subirme en un coche y no vomitar al segundo minuto. Estaba, incluso, mareada. El paso que iba a dar era muy, muy grande. Y aunque no estaba preparada para hacerlo, la vida me empujaba hacia delante sin dejarme opción a decidir. Yo, por mi parte, lo único que podía hacer era aguantar la compostura y no permitir que aquella maldita corriente me tirase al suelo. Seguir en pie, caminando un paso tras otro, hasta que el huracán terminase por pasar de largo.

Leire, como no, decidió acompañarme.

A pesar de la dureza con la que me estaba tratando aquellas últimas semanas, yo sabía perfectamente que su única intención era ayudarme a superarlo todo. De camino a la boca del metro me propuso tomar un café y acepté. Conocía una cafetería cercana a la empresa de Jorge que tenía los mejores donuts de Madrid, así que nos encaminamos hacia allí mientras Leire parloteaba sobre la mudanza. No hacía falta que me dijera que iba a contar con su ayuda porque yo ya lo sabía de sobra. Por unos instantes, incluso, me sentí una pésima amiga. Durante años la había apartado ligeramente de mi vida. La verdad es que Leire no era del agrado de Jorge, y aunque ni siquiera eso había logrado separarnos, en algunos pasajes de aquellos últimos años sí que nos habíamos visto más distanciadas. Recordé a Javier, el ex de Leire, y me sentí una auténtica mala persona al pensar que cuando lo dejaron yo ni siquiera le pregunté si estaba bien.

— Leire... creo que te debo una disculpa — susurré con la voz cargada de arrepentimiento justo antes de entrar en la cafetería.

Ella abrió los ojos, sorprendida, y sentí que palidecía al escucharme.

— Ya...

— Creo que... No sé, cuidar de Blanca, Jorge..., me sentí un poco sobrepasada.

— ¿Por qué no tomamos el café en casa? — me cortó, sin darle importancia a mi disculpa. Yo, extrañada, la escruté — , Blanca estará a punto de llegar.

Miré el reloj.

— Nos da tiempo a tomarnos un café, tranquila.

— Pero prefiero ir a la cafetería que hay cerca de tu casa — insistió — . Ése que tiene unas cookies buenísimas.

— Leire... — murmuré, incapaz de controlar la histeria de mi tono de voz — . ¿Qué...?

Pero no hizo falta preguntar más.

Le vi. Jorge. Jorge, tan guapísimo como siempre; vestido con una americana gris y una camisa de cuadros blanca. Jorge, tan impoluto como de costumbre. Tan elegante, tan fresco y con tanta vitalidad. Jorge, mi Jorge... con otra mujer. Me quedé paralizada frente a la cristalera, mirándole fijamente. Ella era guapísima; una chica rubia de facciones perfectas que tenía los ojos claros y una sonrisa bonita de niña estúpida. “Las niñas estúpidas siempre gustan a los hombres”, pensé con amargura, calculándole que tendría unos pocos años menos que yo. Como mucho, veintiocho. Joder.

— Seguro que sólo es una compañera de trabajo, pero vámonos, Beca. No creo que te convenga estar en la misma cafetería que él — me dijo Leire, tirando de mi brazo para apremiarme a caminar.

Pero yo no me moví ni un solo centímetro. Me quedé anclada mientras sopesaba mis opciones y me repetía a mí misma aquello que Leire acababa de decir: “seguro que sólo es una compañera de trabajo. Seguro”.

Ambos charlaban animadamente, con complicidad. Y ambos coqueteaban; eso estaba más que claro. Ella y él. “Zorra”, pensé. La odié al instante. Sabía que, en realidad, a quien debía de odiar era a Jorge, pero no pude. Me repetí a mí misma que el que era padre de familia y estaba casado era él, pero también me dio igual. La odié tanto que me imaginé llegando a casa y haciéndole vudú. Me tapé la boca con la mano, conteniendo el llanto, cuando vi cómo él le acariciaba el rostro con ternura y le colocaba un mechón rubio detrás de la oreja.

— Joder... — murmuró Leire — . Vámonos, Beca, por favor. No tienes que ver esto.

Sentí que me ahogaba. Que no podía respirar.

La rubia, con una sonrisa tímida, acarició el reverso del brazo de mi marido y acercó su rostro a él. Mi marido. Mi maldito marido. Y entonces, como si el tiempo transcurriera a cámara lenta, vi cómo le besaba. Un beso fugaz, rápido, furtivo. El beso de una amante que no podía contenerse a llegar a la cama, a esconderse detrás de una pared para no ser vistos.

— Hijo de puta... — murmuró, soltando mi brazo y caminando un paso al frente.

— ¿A dónde vas? — respondí.

Sin darme cuenta había comenzado a llorar desconsoladamente.

— ¿Qué a dónde voy? — repitió — . ¡A soltarle una ostia a ese maldito cabrón!

La sujeté un instante, sopesando si debía dejarla ir o no.

Joder... Jorge estaba con otra. Me sequé las lágrimas con el reverso de la camiseta, pero estaba llorando tan desconsoladamente que unos instantes después mi rostro volvía a estar igual de húmedo. Negué rotundamente con la cabeza y le pedí a Leire que no entrase. Que se quedase conmigo.

— Quiero irme a casa — murmuré con la voz cargada de angustia — , necesito que me saques de aquí.

Ella se mordió el labio y, tras unos instantes de indecisión, me sujetó la mano

y se encaminó hacia el metro. Volví a darme la vuelta antes de alejarnos y tuve la sensación de que mi mirada y la de Jorge se chocaban, pero no estuve segura. Fue tan breve que, cuando volví a mirar, él estaba tenso, sentado en la silla de su mesa con la espalda frígida. ¿Me había visto? ¿Sabía que yo le había visto?

“Ya no me haces feliz, Beca”.

Sus palabras se clavaron en mi corazón como un puñal. Yo no le hacía feliz porque, indudablemente, otra le sacaba la sonrisa.

Me había comportado como una auténtica gilipollas.

11

Era evidente que aquella angustia que yo sentía terminaba reflejándose en Blanca. Aquel último mes su vida se había visto tan afectada como la mía y su sonrisa parecía rehacía a dejarse ver. Eso me rompía el corazón.

Aquella tarde, la misma en la que decidí que realizar la mudanza con rapidez me facilitaría la existencia, fue la peor de mi vida. El golpe que recibí fue tan fuerte que me sentí enferma. Y es que, para ser sinceros, mi cuerpo reaccionó como si tuviera un virus en el organismo que debía expulsar. Cuando Leire se despidió de mí en la puerta de mi casa, entré en el interior, subí directa al lavabo y vomité. Tres veces. Tenía la tripa revuelta, la angustia clavada en el pecho, me sentía mareada, me costaba respirar y creía que, de un momento a otro, sufriría una crisis y precisaría una ambulancia. Pero miré el reloj, vi que faltaban diez minutos para que Blanca llegase a la parada de autobús, y haciendo uso del super-poder que las madres reciben el día del nacimiento de su hijo, me recompuse milagrosamente recordándome que “debía ser fuerte por ella”.

Según fueron transcurriendo las horas me fui sintiendo más y más aletargada. Como al día siguiente Blanca debía madrugar mucho para irse de campamento, la acosté pronto. Estaba tan nerviosa que pensaba que no se dormiría hasta tarde, pero no tardó mucho y cayó rendida con rapidez. Después me arrastré al sofá y me tumbé para ver la televisión. En realidad, ni siquiera recuerdo que vi. Tenía la mente funcionando a dos mil revoluciones y aunque mi principal objetivo era distraerme, tardé muchísimo en conseguirlo. Había reproducido tantas veces en mi cabeza el beso que Jorge y su amante se habían dado que era capaz de verlo en alta resolución, con todo detalle. Había analizado sus gestos y su complicidad, preguntándome cuánto tiempo llevaban conociéndose. ¿Hacía cuánto que me engañaba? ¿Había esperado a dejarme para acostarse con ella?

A la una de la madrugada tenía un dolor de cabeza de mil demonios. Era de llorar, por su puesto. De llorar y de auto-torturarme. Apagué la televisión, me tapé con una manta y cogí el móvil para distraerme. Yo no era plenamente consciente, pero estaba alargando el momento de ir a la cama. Esa cama que durante años había compartido con Jorge. Esa cama en la que habíamos hecho el amor. En la que habíamos concebido a nuestra hija. Así que, sin siquiera planteármelo, estaba decidida a dormir en el sofá y a destrozarme la espalda. Vi que tenía un email, aunque no había rastro de mensajes ni llamadas. Me sorprendí al comprobar que me lo enviaba la página web en la que había reservado la cabaña de Cantabria y, mientras lo abría, me pregunté porque Jorge no me había escrito rechazando la escapada. ¿Por qué estaba alargando mi sufrimiento? ¿Por qué no me había respondido un simple “lo siento” para que pudiera pasar página? Hacerme aquellas preguntas a mí misma no solucionaba nada, pero era imposible reprimirlas en mi interior. Sonreí de forma estúpida releendo el email. Resumiendo un poco, se me comunicaba que mi tarjeta de crédito había sido rechazada y que si quería mantener la reserva tenía un plazo de veinticuatro horas para realizar el pago. Comprobé que esas malditas veinticuatro horas estaban a punto de concluir. ¿Qué ironía, verdad? Y entonces me acordé de Marcos, diciéndome con aquella preciosa y sexy sonrisa que las casualidades no existen. No me pude resistir le escribí un mensaje:

“¿Despierto? ¿Dormido?”

Pulsé la tecla de enviar, dejé el teléfono sobre mi pecho y cerré los ojos. Iba a dejar esa casa, a marcharme a un piso de alquiler, buscaría un nuevo trabajo, me adaptaría a una nueva rutina y me pasaría el resto de mi vida siendo una solterona. Si mi matrimonio terminaba en un divorcio — que muy a mi pesar tenía toda la pinta —, tenía clara una cosa: jamás de los jamases volvería a casarme. Nunca.

“Ahora despierto. ¿Me escribes porque ya sabes la respuesta?”

Tamborileé los dedos sobre el teclado del teléfono, diciéndome a mí misma que aquella amistad que había surgido entre Marcos y yo era muy extraña.

“Te escribo porque no puedo dormir... ¿Algún remedio?”

¿Qué estaría haciendo Marcos en aquellos instantes?, me pregunté. De forma inconsciente, me lo imaginé en calzoncillos, tumbado en su cama y tapado únicamente con una fina sábana blanca. La imagen resultaba ciertamente provocativa.

“Cierra los ojos e imagina que estás en un lugar tranquilo. A mí me funciona... Aunque si te duermes me quedaré con la conversación a medias, nena”.

Sonreí al ver que, de nuevo, se dirigía a mí llamándome “nena”.

No sé porqué, me hacía sentirme joven. Sí, ya sé que con treinta y tres años una sigue siendo joven... Pero os contaré un secreto; una vez eres madre, la gente te ve más vieja. Es una realidad que nadie te cuenta, pero que es totalmente cierta. Supongo que será porque pasan a verte más responsable, más madura y más... vieja. Te ven vieja.

Cerré los ojos e intenté imaginarme en una playa desierta con el calor golpeando y calentando mi piel desnuda, pero de forma inconsciente la imagen se transformó en Jorge besándose con aquella chiquilla. Joder. Eso, desde luego, no iba a ayudarme a conciliar el sueño. Volví a pensar en Marcos, distrayéndome, y recordé aquella noche en el embarcadero de Estarrit. Los dos sentados bajo la luz de la luna, con los pies desnudos sobre el mar y las islas Medas de fondo. Sonreí. Aquella noche nos besamos y me sentí fatal, como si al hacerlo hubiera cometido un delito horrible e inconfesable. Supongo que, si yo lo hubiera deseado, nos habríamos acostado. Quizás habríamos hecho el amor allí mismo, en el embarcadero, protegidos por los barcos que habían echado sus anclas esperando a los marineros. Pero si hubiera pasado, yo jamás me lo habría perdonado, ¿no? Sonreí con ironía. Estúpida. Idiota. Gilipollas. Eso era yo mientras me esforzaba por borrar un beso de mi mente mientras mi marido se metía en la cama con una rubia quince años más joven que él.

“¿Te has dormido?”

Sonreí y sacudí mis pensamientos.

“No. No funciona... ¿Otro truco?”

“Sí... pero necesitaría tenerte aquí, nena.”

Solté una risita y, ruborizada, me tapé la cara con ambas manos. ¿Por qué me sentía tan avergonzada? “Él está con otra...”, me repetí con dolor.

“Cuéntame... ¿Para qué me necesitarías allí?”

Me sentí un poco sucia al enviar ese mensaje, pero no me arrepentí lo más mínimo.

“No puedo tocarte si estás a setecientos kilómetros, nena”

Me mordí el labio.

Ay, Marcos...

“¿Tocarme?”

“Sí, tocarte. Y besarte...”

Sentí un cosquilleo recorriendo mi vientre al leer aquello. Me ruboricé aún más, excitada. Joder, estaba excitada. Con un mísero mensajito. Y claro, con la imagen de Marcos tumbado en una cama, sin calzoncillos, mirándome fijamente con la misma intensidad con la que lo hizo la noche en el embarcadero o la tarde en la que estuvo en la toalla de al lado.

¿Y qué... más?”

Quien juega con fuego, se quema.

Pero creo que yo pretendía quemarme... Arder en llamas.

Me imaginé a Marcos deslizado una mano al interior de su bóxer mientras que, con la otra, respondía a mis mensajes. ¿Estaría masturbándose? ¿Estaría pensando en mí? ¿Recordándome?

“Te haría todo lo que esa noche no te pude hacer”.

Palidecí al leer aquello.

Joder... Solté el móvil y decidí que aquellos mensajitos subidos de tono se estaban empezando a descontrolar un poco, pero no tardé en arrepentirme y abrir un mensaje de respuesta. ¿A quién le hacía daño? Primero; no estaba con Marcos. Al menos no físicamente. Segundo; ¡mi marido estaba con otra!

“¿Y qué no me pudiste hacer?”

“Uf, nena... Ven”

Su respuesta me sacó una risita nerviosa y me mordí el labio. De pronto hacía muchísimo calor en el salón.

“No puedo. Estás muy lejos...”

Y mi hija duerme en la habitación de al lado, añadí mentalmente.

“Todavía recuerdo tu electricidad... Tu sensualidad, tus curvas... tus pechos”.

Necesité un par de segundos de más para recordar que sí, en efecto, Marcos me había visto en tetas después de que una ola inoportuna me arrancase el bikini. Me sentí húmeda y... sintiéndome sucia, metí la mano dentro de mi pantalón. Leire me habría dicho que una mujer del siglo veintiuno debía de ser libre para hacer lo que viniera en gana, pero yo seguía teniendo la sensación de que estaba... siendo infiel. Engañando a Jorge. Marcos me envió otro mensaje antes de que yo hubiera podido responderle.

“Volvería a besarte como lo hice en el embarcadero. Tocaría tu piel... tan suave, tan delicada. Aquella noche quería quitarte el vestido y lamerte. No quería follarte, Beca. Quería hacerte el amor.”

Oh, Dios...

Comencé a masajear mi clítoris lentamente y con la otra mano, respondí un escueto *“¿Por qué?”*. Estaba tan excitada y caliente que ni siquiera podía pensar qué ponerle.

“Porque eres preciosa. Porque me dejaste hipnotizado la primera vez que te vi. Porque nunca una mujer me había obnubilado así...”

Seguí moviendo mi mano, masajeándome hasta terminar introduciendo un dedo en mi interior. Imaginé el beso del embarcadero e imaginé que Marcos no se detenía ahí... Que me tocaba. Que tocaba mis pechos, me arrancaba el vestido y después me quitaba el sujetador. Me mordía un pezón mientras me pellizcaba el otro con la mano, comiéndome con la mirada. Devorándome como hacía años que Jorge no lo hacía. Yo introducía mi mano en su pantalón; él también

estaba húmedo, erecto y muy preparado. Joder, estaba muy duro... tiraba de mis braguitas, haciéndolas a un lado para abrirse paso y tocarme. Y Dios, yo estaba tan húmeda... tan dispuesta... Él me sonreía con aquella maldita sonrisa de anuncio y, pegando su cuerpo al mío, me besaba. Me comía la boca. Su lengua se abría paso con violencia en mi interior, intentando abarcar todo. Su mano bajaba a mi sexo y me tocaba... Así, fuerte, igual que yo me estaba tocando. Entrando y saliendo, masajeándome... Joder... Sentí cómo mi cuerpo vibraba, recibiendo el orgasmo. Cerré los ojos. Seguí imaginándomelo. Pude escuchar cómo me decía lo mucho que le gustaba, lo preciosa que era... Lo excitado que se sentía al mirarme. Y estallé. Estallé en pequeñas convulsiones en el sofá de mi casa.

Perdona, no. En el maldito sofá de la casa de mi marido.

No, tampoco. En el maldito sofá de la casa de mi casi ex-marido.

Otro mensaje de Marcos me devolvió a la realidad.

“¿Te he asustado?”

Sonreí.

Si tú supieras..., pensé, sintiéndome extraña.

“Un poco. Empiezo a pensar que el peligroso eres tú.”, bromeé.

Dudé unos instantes, pero al final, sin dejarle tiempo a añadir nada más, escribí un *“Buenas noches”* y pulsé la tecla de enviar.

Y dormí, sí. Al final, después de tanto sufrimiento y placer, dormí del tirón.

12

Me desperté temprano. A las cinco y media de la mañana, para ser más exactos. No había dormido más que unas horas, pero durante ese tiempo la calidad del sueño había sido buena y me sentía plena. Me notaba llena de vitalidad y con ganas de enfrentarme al día.

Como todavía faltaba una hora para despertar a Blanca, me entretuve vaciando el armario y metiendo mi ropa en bolsas de plástico. Tenía que explicarle a mi hija que su papá y su mamá no iban a vivir más juntos, que ella tendría dos casas y todo aquel rollo. Pero la verdad es que aún no me sentía preparada para hacerlo y, además, quería permitirle disfrutar de aquel fin de semana. Mi niña se hacía mayor, pensé. Pero por muy mayor que se hiciese sabía de sobra que no estaba preparada para recibir aquella noticia que yo iba a darle.

Terminé con las camisetas y pasé a los pantalones. Descubrí que tenía más ropa de la que usaba y que de la mayoría de ella ni siquiera me acordaba.

Después desperté a Blanca. La duché, preparé el desayuno, le hice un sándwich para el viaje en autobús y me vestí. La sorpresa me la llevé cuando, al coger la misma chaqueta vaquera que había llevado puesta el día anterior, me di cuenta de que tenía unas llaves en el bolsillo. Unas llaves que no se me hacían del todo desconocidas, claro.

— Leire... — suspiré con los ojos en blanco.

Mi amiga podía ser una verdadera caja de sorpresas. Y auténtica cabrona, claro.

De camino a la parada de autobús, Blanca no paró de parlotear ni un solo

segundo sobre los caballos que iban a ver, las gallinas, las vacas, las cabras... Estaba tan emocionada que no era capaz de callar ni debajo del agua.

Cuando me despedí de ella sentí deseos de abrazarla muy fuerte y no soltarla nunca, pero al final la dejé ir. Mi niña pequeña tenía que crecer; igual que yo.

Regresé a casa con una sensación entremezclada de alivio e incertidumbre, de malestar y calma. No sabía, siquiera, ni cómo debía estar en aquella situación. Pensé que debía de aprovechar aquel fin de semana sin Blanca para hacer las maletas y acelerar el proceso de mudanza, o quizás... Me llevé la mano al bolsillo de la chaqueta y toqué las llaves del apartamento de Estartit. Era una locura. Setecientos kilómetros de distancia, muchas horas metidas en el coche... ¿Para ver a un desconocido? Sí, una auténtica y tremenda locura.

Pero, ¿y por qué no?

Saqué el teléfono móvil y anduve por las cercanías de la casa. Por alguna razón, no quería mantener aquella conversación dentro de aquellas paredes.

— Dime — respondió Leire con la boca llena.

Solté una pequeña risita.

— ¿Qué comes?

— Un bollicao — respondió sin dejar de masticar — . ¿Y a ti qué te pasa? ¿Por qué estás de tan buen humor?

— Estoy pensando en hacer una locura...

Leire se quedó callada al otro lado de la línea pero, al ver que yo no respondía, se aventuró.

— Si piensas matar a Jorge, olvídate. Te necesito como compinche en el atraco al banco con la pistola de agua.

Solté una risita nerviosa.

— Estoy pensando en irme a Girona este fin de semana...

De nuevo silencio. Pensaba que ella iba a ser quien me incentivase, pero no

parecía muy de acuerdo con mi plan.

— ¿Qué pasa? ¿Es porque Marcos es un desconocido?

— No. Es amigo de Danel, así que doy por hecho que será de fiar — me explica sin dejar de masticar el bollicao — . Si se le ocurre secuestrarte, violarte y tirarte por ahí en un descampado Dios se ampare de su alma porque yo le encontraré y le haré pedazos con...

— Ya, ya... — la interrumpí para que no se fuera por las nubes — . ¿Entonces?

— No sé, Beca...

— Tú dijiste eso de que “un clavo saca otro clavo”.

— Lo dije antes de saber que Jorge estaba liada con esa niñata y que tú lo harías únicamente por despecho. Creo que el lunes, cuando vuelvas y tengas que hacerle frente, te sentirás mucho peor.

Anduve hasta la sombra de un árbol y me senté bajo él, pensativa.

— Necesito olvidarme de él, Leire... — resoplé, angustiada — . Tengo la sensación de que ha rehecho su vida sin contar conmigo y que, cuando ya tenía todos los cabos atados, me ha dejado. Me ha tirado a la basura.

Sentí la ansiedad en la garganta y contuve el llanto.

— ¿Sabes qué? Tienes razón — sentenció finalmente — . Vete a Girona y fóllate a Marcos... Un polvo no hace daño a nadie.

Me reí tontamente mientras jugueteaba con las llaves del apartamento de Estartit. ¿Qué pensaría Marcos de mí cuando me viera aparecer allí? Que estaba loca de remate, seguro.

— Pues me marchó — sentenció — . Volveré el lunes por la mañana para poder organizar la ropa y la mudanza. Supongo que tampoco tengo que hacerla en un día, ¿no?

— Vale... Oye, Beca... Si el objetivo de hacer tantos viajes es disfrutar, pues... Disfruta, ¿vale? No dejes que nada ni nadie te amargue cuando estés

allí.

Supuse que con nada se refería al divorcio y que con nadie había querido decir Jorge.

— Así será. Te quiero, te mando un mensaje al llegar.

— Yo también te quiero, cielo...

Y colgué.

Nerviosa, ilusionada, pero a su vez, sintiéndome muy extraña.

¿Hacía cuántos años que no abandonaba la pragmática rutina de mi vida? Demasiados. ¿Hacía cuánto que no cometía ninguna locura de tal índole? Ni siquiera era capaz de recordar la última.

Me levanté del césped y, dejando la protección de la sombra del árbol atrás, eché a caminar hacia mi antigua casa para cargar en una bolsa algo de ropa y los utensilios más básicos; como el maquillaje, las planchas del pelo y un par de bikinis. Cuando me subí al coche me sentía muy nerviosa. Tuve que recordarme a mí misma quién era y qué estaba haciendo. Arranqué, puse el GPS, la música a un volumen considerablemente alto y me incorporé a la carretera con un sentimiento extraño. Por una parte, tenía la sensación de que si Jorge me llamaba dejaría aquel coche en el mismo lugar y saldría disparado a sus brazos. Quería seguir siendo yo, Beca, con mi vida ordenada y mi rutina diaria. Quería seguir siendo su esposa y quería seguir teniendo esa vida ejemplar que tanto me había costado construir. Pero por otro lado no podía evitar preguntarme si todos aquellos pensamientos no eran más que banalidades. Sí, yo quería a Jorge... Pero él me había engañado y estaba con otra; ¿iba a perdonarle sin contemplaciones por el simple hecho de que mi subconsciente me decía que rehacer mi vida estaba mal visto? ¿Iba a hacer de tripas corazón, fingir que no había pasado nada, y recuperar una normalidad que sin duda no volvería a existir? Suena mejor “soy madre, vivo con mi marido en una buena casa de una de las zonas más caras de Madrid y este sábado celebramos nuestro aniversario de bodas” que “soy madre, estoy divorciada, vivo en un apartamento que a duras penas puedo pagar y este sábado mi marido tiene la custodia de mi hija, así que lo pasaré sola comiendo helado”. Sin duda, prefería la primera opción, sí. Sacudí mi cabeza, pisé a

fondo el acelerador mientras bajaba la ventanilla del conductor y me recordé a mí misma que pensar en aquello no servía absolutamente para nada. Si algún día Jorge regresaba con el rabo entre las piernas, arrepentido y confuso, entonces le daría las vueltas necesarias. Pero eso no iba a suceder porque...

Porque yo ya no le hacía feliz.

13

Llegué a Estarrit a las seis de la tarde. Estaba agotada, no había hecho más que un par de pequeñas paradas en aéreas de descanso de la autopista y me sentía agarrotada por la postura de la conducción. No estaba acostumbrada a pasar tantas horas en el asiento del conductor.

Cuando saqué el móvil tenía dos mensajes de Leire; en el primero me preguntaba si ya había llegado. En el segundo me animaba a pasármelo bien con Marcos, aunque no precisamente con esas palabras. Sonreí como una tonta y le respondí que acababa de aparcar, que ya podía relajarse. Cogí la maleta y subí al apartamento, que estaba tal y como nosotras lo habíamos dejado la semana anterior. Abrí las persianas y las ventanas para airearlo y después me dirigí a la ducha. Estaba asquerosa, para qué mentir. Tantas horas sudando en un coche me habían dejado pegajosa, cansada y agotada. Por un instante me pregunté si aquel viaje había sido una buena idea y dudé. Pero un segundo después, la pantalla de mi teléfono se iluminó con un mensaje de Marcos y me olvidé de aquella absurda pregunta.

“¿Sigues queriendo saber la respuesta a la pregunta?”

Sonreí.

“Claro... Sin cerebro y sin corazón, sea el animal que sea, quiero ser uno de ellos”.

No pensar y no sufrir... ¡Qué maravilla!

Abrí los grifos de la ducha y dejé que la bañera se llenase hasta la mitad. Después me desnudé, me introduje en el interior y dejé el móvil en la repisa, esperando con impaciencia la respuesta de Marcos. No sé por qué, pero me

daba un poco de vergüenza confesar que había ido hasta Estartit solamente para verle. Me sentía casi como una acosadora desesperada.

“Tendrás que llamarme para conocer la respuesta, nena”

A ese punto quería llegar yo...

“¿Y por qué no me la dices en persona?”

En vez de dejar el móvil, me quedé con él en la mano, nerviosa y ansiosa por partes iguales. ¿Qué pensaría de mí? Tic, tac, tic, tac... La respuesta de Marcos se estaba haciendo de rogar. ¿Y si todo había sido palabrería? ¿Y si en realidad tenía novia o estaba comprometido con otra mujer? ¿Y si todo aquel rollo del amor a primera vista y de los “hipocampos” no era más que una técnica para ligar? Suspiré. Demasiadas preguntas absurdas. En realidad, ¿qué más me daba a mí si estaba comprometido o no? Aquel fin de semana era una forma de distracción; seguramente la última vez que le vería en mi vida.

Mi móvil comenzó a vibrar y yo pegué un pequeño respingo dentro de la bañera, provocando que el agua se desbordase levemente. Marcos me estaba llamando. Nerviosa, respondí la llamada.

— ¿Estás aquí? ¿En Estartit? — preguntó sin dejarme siquiera saludar.

Solté una pequeña risita.

— Sí... En el apartamento de Leire — le expliqué con un hormigueo en el estómago — . ¿Te apetece que no veamos?

Me mordí el labio.

La cosa cada vez se ponía más interesante y yo no podía parar de preguntarme qué diablos estaba haciendo. ¿Me había vuelto loca de remate? ¿Estaba preparada para ver a otro hombre?

— Claro... ¿En media hora? ¿Te parece bien?

Media hora no me iba a dar para demasiado. Los nervios aumentaron y estuve tentada de responderle que lo mejor era que no nos viéramos, que olvidásemos aquello.

— ¿Beca, nena, estás ahí?

Joder.

¿Por qué narices sonaba tan sexy cuando me llamaba “nena” o cuando pronunciaba mi nombre?

— Sí. Te veo en media hora... — respondí con un hilillo de voz, nerviosa.

— ¿El timbre?

— Cuarto F. De Francia.

— Hasta ahora, nena.

Y sin añadir más, cortó.

No sé muy bien por qué, pero empecé a gritar como una loca. Supongo que en aquellos instantes necesitaba desahogarme. Después comprendí que el tiempo no jugaba a mi favor y salí del agua, cogí una cuchilla, me repasé de arriba abajo y me volví a meter para enjabonarme. Como el pelo no me lo había mojado el único problema que tenía era vestirme. Me decidí por un vestido corto de dolor azul que llevaba un cinturón blanco a la cintura, dotándolo de un aspecto marinerito. Me repasé el maquillaje, me cepillé mi rebelde melena castaña y me senté en el sofá. Estaba tan nerviosa que mis piernas temblaban ligeramente, moviéndose solas. Joder. Era la primera vez que un hombre — que no fuera Jorge — me tocaría en diez años... Y lo anhelaba. Quería sacarme su olor y su maldita forma de hacerme el amor. Necesitaba tener otra referencia en la que pensar para que el muy cabrón no continuase metido en mi mente. ¿Tendría razón Leire? ¿Me sentiría sucia el lunes, al regresar a casa y ver a mi hija? Entonces recordé que no, que el lunes no vería a mi hija. Jorge la recogería del campamento y yo no tendría derecho a estar con ella hasta la siguiente semana. Custodia compartida, claro. Una puta mierda, en realidad.

Escuché el timbre y pegué un respingo, nerviosa. Me levanté, descolgué el auricular y sin preguntar quién era, pulsé el botón que abría la puerta del portal. ¿Quién iba a ser sino? No había demasiadas opciones. Abrí ligeramente la puerta y me froté las manos mientras le esperaba. Le escuché subir las escaleras a paso ligero, rapidito. Y entonces apareció en el rellano y nada más verle sentí que mi ropa interior se calcinaba al instante. Jo... der. Era mucho más guapo de lo que yo recordaba. Su sonrisa de anuncio era

hipnótica, sus ojos profundos, castaños, chispeantes, su pelo revoltoso. Sí, no me gustaba el pelo tan largo en un chico... Pero es que a Marcos le quedaba realmente bien. Demasiado bien. Llevaba unos vaqueros rotos y una camiseta blanca que contrastaba con su piel morena. Muy informal, pero demasiado sexy, la verdad.

— ¿Puedo pasar? — preguntó con aquella sonrisa.

Estuve convencida de que aquel chico era capaz de conseguir a la mujer que quisiera con el simple hecho de sonreír. Tenía ventaja sobre el resto de la humanidad, seguro.

— Sí, claro — respondí educadamente, haciéndome a un lado para que pasase al interior — . ¿Quieres algo? ¿Un refresco?

— ¿Qué tienes? — preguntó a mi espalda.

Me giré hacia la cocina, evitando mirarle para que mi descaro no fuera demasiado visible. Mientras me dirigía a la cocina fui consciente de que Leire y yo habíamos dejado el apartamento sin prácticamente ninguna provisión. Quedaba un botellón de agua destilada, pero ni siquiera estaba fría. Me giré hacia Marcos, encogiéndome de hombros.

— En realidad, nada. Aún no he ido a hacer la compra — respondí, avergonzada.

Él caminó un paso hacia mí, mirándome. Analizándome.

— No pasa nada, en realidad no tengo sed — confesó — . Solamente pretendía hacer tiempo.

— ¿Hacer tiempo para qué?

Me sentí muy nerviosa.

Él soltó una risita que, por alguna razón incomprensible, me relajó.

— ¿Para qué crees?

Sujetó mi mano y tiró de mi cuerpo, haciendo que me acercase a él. Podía sentir una electricidad extraña entre nosotros, como si el contacto de nuestra piel provocara una leve descarga eléctrica. Me mordí el labio y tragué saliva.

Estábamos tan cerca el uno del otro que podía oler su perfume, sentir la calidez de su cuerpo.

— ¿Has venido por mí, nena? — quiso saber — . ¿Has venido a verme?

Yo me quedé muda. No esperaba una pregunta tan directa a la primera de cambio.

— Sí — confesé.

Él sonrió, satisfecho, y deslizó sus manos por detrás de mi cuello para posarlas en mi cabeza. Enredó sus dedos en mi cabello mientras me comía con la mirada. Literalmente hablando, era capaz de devorarme de un solo vistazo. De pronto, me sentí pequeña. Como si Marcos fuera un Dios y yo una simple mortal. Sí, Jorge era muy guapo y seguía teniendo un innegable sexapil pero... Marcos era joven, guapo y sensual. No se podían comparar. Marcos parecía sacado de una maldita revista. Entonces su boca se acercó a la mía y sus labios se posaron sobre los míos mientras yo sufría un colapso mental. ¡Así, de golpe! ¿No íbamos a charlar un poquito? ¿No íbamos a aparentar un rato antes de pasar a la acción? Su beso fue sedoso, húmedo, suave y fue capaz de activar hasta la última célula de mi cuerpo. Una de sus manos abandonó mi cabello y se deslizó hasta mi cadera para empujarme contra él. Joder. ¿Eso qué notaba era... una erección? ¿Estaba... preparado? Tragué saliva, intimidada.

— Llevaba queriendo volver a besarte desde que te apartaste de mí, en el embarcadero — confesó.

— ¿Solamente besarme? — respondí, mordiéndome el labio.

Quería probarle.

Quería saber lo que significaba estar con otro hombre que no fuera Jorge.

Marcos sonrió con complicidad y volvió a besarme. Esta vez más salvajemente y con mucho más apremio. Yo me dejé hacer. Dejé que me empujase contra la pared y que sus manos se deslizaran por mi cuerpo lentamente mientras seguía devorándome. Su lengua inspeccionaba mi paladar y su mano derecha se posaba en mi pecho sin mucha delicadeza. Jadeé sin poder evitar la excitación. Dejó de besarme unos instantes y se separó unos

centímetros para poder mirarme. Me sonrió con ternura.

— ¿Estás segura de que...?

— Sí — le corté.

— No tenemos por qué...

— Cállate ya, por favor — volví a cortarle.

Él sonrió, sacudió la cabeza de forma divertida y se abalanzó sobre mi cuerpo. Me cogió por la cintura, me aupó ligeramente y mientras yo me deshacía en carcajadas él me dejó caer sobre el sofá. Posó la mano sobre mi muslo desnudo y fue ascendiendo lentamente hasta llegar a mis braguitas. Me sonrojé al pensar que iba a encontrarme muy, muy húmeda. Es que Marcos era... explosivo. Sí, solamente habíamos tenido un encuentro en el embarcadero, pero había sido tierno, romántico, sensible y muy, muy delicado. En cambio, aquel día estaba descubriendo una faceta mucho más salvaje de él.

Alcanzó mi ropa interior y deslizó un dedo superficialmente por encima de la tela. Levantó mi vestido, dejando mi vientre al descubierto, y me miró a los ojos.

— Llevo queriendo hacerte esto desde el primer día que te vi...

— No me dio esa sensación — respondí.

Marcos se incorporó y se puso de pie. Antes de responderme se quitó la camiseta y la dejó caer en el suelo.

— Tampoco me dio la sensación de que me deseases — confesó —, y no quise forzarte a nada. Además, la primera vez que nos vimos ni siquiera nos dirigimos la palabra — me recordó, quitándose los pantalones y dejando al descubierto sus bóxers.

Un cosquilleo muy intenso recorrió mi vientre cuando vi su erección, grande, muy grande, marcada por debajo de la tela. Terminó de desnudarse y yo sentí que aquello me quedaba grande. No su erección, no penséis mal — aunque también, sí —, sino aquella situación. Me desbordaba. Yo, que unos meses atrás tan solamente me preocupaba por planear de qué le prepararía el

bocadillo del colegio a mi hija, ahí estaba... Delante de un hombre espectacular, a punto de acostarme con él. Marcos se abalanzó sobre mí, tiró de mi vestido hasta sacármelo por la cabeza y con una pequeña risita, desató mi sujetador. Mis pechos se liberaron al instante y yo me deshice de la tela sobrante. No pude evitar avergonzarme ligeramente al pensar que él era demasiado perfecto para una chica como yo. A mí no me gustaba mi cuerpo en absoluto y, además, el embarazo de Blanca me había dejado de regalo innumerables defectos; estrías, los pechos caídos, la piel del vientre flácida... Aunque a Marcos no pareció importarle lo más mínimo cuando se agachó sobre mí y se llevó un pezón a la boca. Gemí y él gimió. Sentí su erección justo encima de mi sexo y eso me excitó todavía más. Sin dejar de pellizcarme, succionarme, lamirme y soplar mi pezón, elevó una de sus manos a mi otro pecho y con la otra descendió hasta mi monte de Venus. Recorrió mis bragas, tocándome, esta vez con más intensidad. Las notaba tan húmedas y pegadas a mí... Marcos tiró de la tela, la hizo a un lado y deslizó un dedo por mis labios vaginales, separándolos. Gemí. Joder... Aquel chico era... No tenía palabras. Joder

Después dejó de prestarle atención a mi pezón y ascendió hasta mi boca. Volvió a besarme con ahínco y desesperación mientras su mano jugueteaba en mi sexo, recorriéndolo, tocándome. Se entretuvo en mi clítoris durante un rato. Movía el dedo en pequeñas circunferencias, después lo atrapaba, tiraba de él y lo soltaba para volver a comenzar. Sentí que una ola de calor me invadía y supe que, si no paraba en cualquier instante, me correría. No aguantaba más. Jorge había sido el único en los últimos diez años y nuestras relaciones sexuales se habían vuelto tan rutinarias que... Aquello me parecía demasiado.

— Joder... — gemí, ahogando un grito de placer.

Él tiró con más fuerza de la tela de mis bragas hasta desgarrarla. Literalmente, me arrancó las braguitas. Metió un dedo en mi húmedo interior mientras su boca bajaba a mi cuello y yo me retorcí de placer bajo él. Me temblaba el cuerpo y el placer era demasiado. Dios Santo... De pronto, no pude controlarlo. Sentí que el orgasmo se apoderaba de mí e intenté controlarme, mantenerlo lejos... Pero me sacudió por completo, obligándome a arquear la espalda mientras él seguía entrando y saliendo de mi cuerpo con sus dedos.

— ¿Te acabas de correr? — me preguntó, deteniéndose fijamente.

Avergonzada, asentí, sin siquiera atreverme a decir nada en voz alta.

Marcos soltó un jadeo ronco y se mordió el labio. Supe de inmediato que se había excitado aún más. Cogió su miembro y lo guió a mi entrada para hundirse en mí. Grité de dolor. Marcos era... Es que... Era demasiado grande y yo no estaba acostumbrada. Él comprendió lo que ocurría y comenzó a moverse con delicadeza, sin forzarme. Pero poco a poco me fui emocionando y, finalmente, terminé moviendo las caderas para recibir cada embestida. Ambos jadeábamos de placer y el ritmo se iba acelerando. Sentí cómo mi cuerpo reaccionaba, preparándose para un segundo orgasmo. Él también lo notó porque aceleró aún más el ritmo mientras aprisionaba mis pechos bajo sus manos. Grité y, unos segundos después, un orgasmo me partió por la mitad provocándome fuertes sacudidas. Él también gimió y, después, sentí cómo me inundaba por completo. Se había corrido.

Me quedé blanca al sentirlo... Sí, había sido maravilloso pero... ¡Lo habíamos hecho sin condón! ¿Qué diablos pasaba conmigo? ¿Qué se me acababa de pasar por la cabeza? ¿Es qué había perdido el juicio por completo?

Marcos me miró, extrañado, sin comprender qué era lo que me pasaba. Salió de mi interior, se hizo a un lado y yo, abrumada por la situación, me levanté corriendo y me dirigí al cuarto de baño. Cerré la puerta detrás de mí y empecé a hiperventilar.

— ¿Beca? ¿Estás bien? — preguntó, golpeando ligeramente la puerta con los nudillos.

Joder. ¿Qué estaba pasando conmigo?

El maldito divorcio estaba nublando mi juicio, ¿o qué?

— No — respondí con la voz afectada — . ¿Te das cuenta de que nos hemos acostado sin usar un preservativo?

Él enmudeció.

— Yo, creí que... Pensé... — se quedó en silencio unos instantes antes de continuar — . Bajaré a la farmacia a por la pastilla del día después. Sal, por favor... No tiene que pasar nada.

Envolví mi cuerpo en una toalla y abrí la puerta.

Me había echado a llorar y me sentía avergonzada, pero es que la situación me sobrepasaba. Me sentía ridícula. Leire tenía razón; acostarme con Marcos solamente me había servido para verificar que mi vida se estaba yendo cuesta abajo y sin frenos.

— No hace falta — murmuré, confusa — , tomo la píldora desde hace años. Pero es que... No te conozco, ¿sabes?

Él suspiró, aliviado, y después dibujó una sonrisa amplia antes de acercarse a mí y abrazarme con fuerza. El contacto con Marcos hizo que me sintiera un poco más reconfortada.

— No tienes de qué preocuparte — aseguró — , todos los años me hacen las pruebas para poder federarme en buceo y estoy limpio. Hace al menos dos años que no lo hacía así con una chica.

Fruncí el ceño, extrañada, y levanté la cabeza para mirarle fijamente.

— ¿Y por qué conmigo...?

— No lo sé. Supongo que me has nublado el juicio — explicó, soltando una risita y besándome en la frente.

Se separó de mí y, sin pedirme permiso, abrió los grifos de la ducha. Me desató la toalla y me invitó a entrar al interior de la bañera con una sonrisa cómplice y tierna en los labios. Una maldita sonrisa blanca, sexy y... Dios.

— ¿Quieres que te cuente algo curioso? — me dijo, rodeando mi cuerpo por la espalda para abrazarme.

Me di cuenta de que la angustia había desaparecido con rapidez y me sorprendí porque Marcos se estuviera comportando de aquella manera tan... tierna. Sí, estaba siendo muy tierno conmigo. Había pensado que aquello sería un polvo rápido, que se vestiría y se marcharía sin casi decir adiós. ¿No era eso lo que hacían los tíos? ¿Follar y salir corriendo antes de que la situación se complicase o de que la chica pidiera una segunda cita?

— Sí, claro — respondí con timidez.

— Es sobre los tiburones... ¿Sabes que tienen siete sentidos? Su séptimo sentido hace que puedas presentir la electricidad de otros animales — Marcos levantó su mano, recorriendo mi vientre, deslizándola por mi seno y posándola en mi pecho, justo encima de mi corazón — , y poder sentir sus corazones. Se le llama electrorrecepción.

— ¿Presentir su electricidad?

El agua caliente caía sobre nosotros provocando en mí un efecto tranquilizante. Me relajé y dejé que sus brazos sostuvieran mi cuerpo.

— Sí, son los animales más sensibles a la electricidad que hay en este mundo — explicó — . Hace poco participé en un estudio que demostró que esos mismos genes, los que hacen que los tiburones tengan ese poder de electrorrecepción, podrían ser los responsables de, al menos, una parte del desarrollo facial de los humanos...

Todo lo que me estaba contando me sonaba a chino, así que me quedé en silencio y, escuchándole, hipnotizada.

— Yo la siento contigo. Puedo sentir la corriente eléctrica entre nosotros...

Abrí los ojos sorprendida por aquella confesión.

— Yo también — murmuré.

La sentía desde el primer instante en el que se había acercado a mí.

— ¿No te parece extraño? — preguntó Marcos en voz alta mientras depositaba un beso sobre mi nuca desnuda — . ¿No te parece raro que solamente me haya ocurrido con una persona y que haya sido contigo? Lo sentí desde un primer momento y no pude evitar preguntarme por qué los hipocampos sabían qué hembra era la que definitivamente sería su pareja eterna.

Fui incapaz de reprimir una pequeña risita.

— Suenas tan científico que cuesta creer que estés hablando del amor a primera vista... Hipocampos, electrorrecepción...

— Los animales y la naturaleza son más sabios de lo que imaginas, nena — respondió, apretándome contra su cuerpo — . ¿Te asusta que hable del

amor?

Lo medité durante unos segundos.

— No, para nada.

Prefería escuchar que yo era especial, a que saliera corriendo por la puerta. Prefería escuchar que una corriente eléctrica nos unía, a que me dejase a solas con mis miedos y mis preocupaciones. Prefería el calor de su cuerpo, a quedarme con mi soledad.

— Creo que ahora puedes entender por qué te dije que eras peligrosa...

Yo me giré, le miré a los ojos y fruncí el ceño sin comprender.

— ¿Por qué soy peligrosa?

Marcos sacudió la cabeza en señal de negación con una tierna sonrisa en los labios.

— ¿Es qué todavía no te has dado cuenta?

— ¿De qué?

Él repitió el gesto nuevamente, negando, y depositó un beso sobre mi frente.

14

El sábado amaneció nublado.

Lo supe nada más abrir los ojos, ya que la noche anterior nos habíamos quedado dormidos con la ventana de la habitación abierta y la persiana subida. Sentí el cuerpo caliente de Marcos junto a mí y escuché su respiración profunda. Sonreí rememorando el día anterior; después de hacer el amor, nos habíamos acercado a un supermercado cercano a por una botella de vino y nos la habíamos bebido charlando sobre de todo un poco y sobre mucho de nada. Marcos era diferente a cualquier persona que yo había conocido. Era soñador. Se veía que su pasión era la biología, los animales en general y, en especial, los acuáticos. Le encantaba el mar y le encantaba comprenderlo todo.

Escucharle me hacía sentir bien. Yo... Yo no era nadie. Yo no sabía de nada y mis temas de interés no iban más allá del colegio bilingüe al que llevaba a mi hija, así que evité decir demasiado y me pasé buena parte del viernes escuchándole y absorbiendo cada dato que decía. Era culto, guapo y extraño. Sobre todo eso, extraño. Tal y como había intuido, no salió corriendo. Y después de varias copas, antes de irnos a dormir, volvimos a hacer el amor. Aquella segunda vez no me preocupó lo más mínimo el hecho de no contar con un preservativo.

Suspiré, mirándole, y comparándolo de forma inconsciente con Jorge. Jorge era... No era un soñador. Jorge tenía los pies en la tierra, era serio, distante y aunque a veces podía ser algo romántico, siempre se mantenía por encima de todo. Él estaba por encima de cualquier cosa y esa era una de las razones que me hicieron, años atrás, caer rendida a sus pies. Jorge era misterioso y parecía tener la mejor respuesta para cualquier tema de conversación. Él no era tan interesante como Marcos; trabajaba en el departamento comercial de una

empresa multinacional y su buena fachada y su labia lo habían llevado a ser el jefe de personal de la sección. Tenía éxito; algo que siempre había valorada y buscado. Suspiré, pensando en aquellas primeras citas con Jorge. También me había sentido tímida y pequeña, pero por razones muy diferentes. Yo me veía como una pobre cría estudiante y él parecía tener el mundo en sus pies. Y lo tenía, vaya que si lo tenía... En cambio, Marcos, me había hecho sentirme abrumada, pero al estar a su lado no me miraba con ninguna superioridad, sino como una igual.

Me revolví en la cama, inquieta, y salí sigilosamente al ver que Marcos no se despertaba. Me dirigí al cuarto de baño, me cepillé el cabello, me puse una bata por encima de la camiseta con la que me había dormido y me lavé los dientes. No había compra hecha así que no tenía nada para desayunar en los armarios. Me senté en el sofá con el teléfono móvil en la mano. No tenía ningún mensaje nuevo ni llamadas perdidas, así que nadie se había interesado por mí. Sabía que mis padres me estaban dejando espacio y que pretendían no agobiarme, que Leire era consciente de que necesitaba desconectar y que Blanca estaba en el campamento, pasándose en grande con sus compañeros. Pensé en mi niña durante unos minutos y me la imaginé emocionadísima al ver los caballos y las vacas. Me reí tontamente y me dije a mí misma que Blanca había crecido demasiado rápido. Ya no era mi pequeño bebé, aunque siempre seguiría siendo mi niña. Después regresé a Jorge y también me pregunté qué estaría haciendo en aquellos instantes. ¿Estaría en casa de aquella chiquilla? ¿En un hotel? Intenté sacudir aquellos pensamientos para no prestarles atención; eran demasiado dolorosos y no había recorrido tantos kilómetros hasta Girona para auto-torturarme con aquella forma.

Marcos no tardó demasiado en despertarse.

Se arrastró hasta el salón y después de darme los buenos días me besó pasionalmente, como si fuéramos una pareja que convivía en su pisito. Pensé que Marcos era la persona más intensa que había conocido hasta la fecha y no pude evitar preguntarme sí, en la situación en la que me encontraba, aquello me hacía mal o bien. Daba igual, la verdad. Lo mejor era disfrutar del fin de semana y dejar de preocuparme por cada segundo que transcurriera en mi vida.

Salimos a desayunar fuera, pero tras su insistencia, me llevé conmigo una

mochila con cosas de playa; bikini, toalla y crema de sol. El resto, según me dijo, no era importante. Había dado por hecho de que Marcos y yo no nos íbamos a ver demasiado durante aquel fin de semana. Quizás algún encuentro furtivo o dos, pero poco más. A fin de cuentas, yo había acudido a Estartit sin avisar y no le había dicho nada, por lo que supuse que a esas alturas tendría sus compromisos y obligaciones. Además, no quería obligarle a compartir conmigo su tiempo si no era eso lo que quería. Me había dicho a mí misma que mientras estuviera sola aquel lugar me vendría bien para cambiar de aires y sopesar qué iba a ser de mí y de mi vida. Pero no. Marcos, sin decir nada, me había incluido en su rutina; ni siquiera me había preguntado si quería pasar el día con él o no. Simplemente me decía “coge el bikini, que después de desayunar tengo una sorpresa para ti”. Y así con todo. ¿Y para qué engañarnos? Esa actitud me gustaba. Me encantaba haber pasado de mendigar amor a ser el centro de atención de alguien.

Después de desayunar fuimos al puerto.

Ahí Marcos tenía un almacén por el que pasamos a coger algunas provisiones; más precisamente, equipos de buceo. Entonces me explicó que tenía una clase de submarinismo y que había decidido incorporarme al alumnado. Yo, que nunca antes había hecho buceo, me sentí nerviosa y preocupada por partes iguales, pero la idea me encantó. Y, a modo de avance, confesaré antes de tiempo que me lo pasé genial.

Tras esa pequeña parada nos dirigimos a una pequeña embarcación donde esperaban dos parejas y un hombre de mediana edad. Iba a ser el capitán de la lancha que nos llevaría a las islas Medas. Para mi sorpresa, Marcos no solamente enseñaba buceo, sino que además daba una pequeña charla en la que explicaba curiosidades sobre las islas Medas, su clima y su fauna. Se notaba que el tema le fascinaba, de manera que escucharle hablar sobre ello te hipnotizaba. Bueno, su forma de hablar y su sonrisa de anuncio, claro.

Nos explicó que las islas Medas eran, en total, siete islas; el Medallot, la Meda Pequeña, la Meda Grande, las Ferrenellas, el Tascó Grande, el Tascó Pequeño y el Caballo Bernard, con una superficie aproximada de 21.5 hectáreas y que formaba parte del Parque Natural del Montgrí. Naturaleza en estado puro, contrastando mi vida habitual en la capital.

Después nos ayudó a prepararnos y a ponernos el equipo de buceo. Como no

era la primera clase de las dos parejas que venían con nosotros, Marcos se volcó en mí. Me ayudó con el traje, con la bombona, el cinturón y me enseñó cómo debía respirar. Eso supuso un problema, porque de forma inconsciente yo cogía aire por la nariz. Un par de intentonas después, conseguí hacerlo bien y todos nos preparamos para la inmersión. A poca profundidad encontramos un millar de preciosas algas que aún se mantenían iluminadas por los rayos de sol. Marcos buceaba a mi lado, llevándome sujeta por el cinturón o agarrándome la mano. Cada pocos minutos nos preguntaba a todos si íbamos bien con gestos y nosotros levantábamos el pulgar para asentir. Cuando fuimos a descender un poquito más, a menos de diez metros, encontramos otra flora y fauna fascinante. Las algas, allí abajo, eran diferentes porque crecían en la oscuridad. También vimos muchas estrellas de mar, corales, un pulpo y un mero gigante que me dejó sin respiración y que por muy poco no me provocó un paro cardíaco. Debía de medir más de un metro, y tras recordar algunas cosas que Marcos nos había contado antes, rememoré que había dicho que aquel enorme y gigantesco animal vivía más de cincuenta años. Recorrimos una preciosa pared vertical que estaba repleta de algas y, cuando estábamos a punto de subir a la superficie, vimos una morena preciosa. Después Marcos nos explicó que las burbujas que rodeaban a la morena eran porque aquel animal abría la boca para bombear agua. Todo fue precioso. Espectacular. Regresamos a tierra tres horas después; y no sé el resto, pero yo me sentía cansada, agotada y maravillada.

Os puedo asegurar que escuchar hablar a Marcos era capaz de hipnotizar a cualquiera. No existía un animal acuático sobre el que él no tuviera información; nos explicó por qué los hipocampos vivían en las praderas de Pasidonia, cómo los tiburones grises habían llegado a estar en peligro de extinción y nos contó la lentitud con la que crecían los fondos coralígenos y por qué uno debía de ser muy respetuoso al bucear en aquel santuario natural. Fue maravilloso, de verdad. Si algún día pasáis cerca de las islas Medas, tenéis que vivir esa experiencia al igual que la viví yo.

Después paseamos por el pueblo mientras nos comíamos un helado de chocolate y fresa. Me explicó que algunos días participaba en los paseos del ferri cómo guía turístico, pero que los inviernos los solía pasar en el centro de investigación de Girona o en los laboratorios del mismo. Y yo le conté que ya había encontrado un piso al que mudarme, que el lunes comenzaría a trasladar

mis cosas y que el divorcio con Jorge me estaba haciendo sentir abrumada. Él no preguntó nada al respecto ni insistió, simplemente permitió que le contase aquello que quería y que me callase lo que no me apetecía decir. Yo se lo agradecí. Disfruté del día como una niña pequeña, pero lo mejor de todo fue que cuando cayó la noche, aún faltaba lo mejor por disfrutar.

15

— ¿Este barco también es tuyo?

Él se rió mientras me ayudaba a subir a bordo.

— En realidad, éste es el único barco que es mío — me explicó — , el ferri y la lancha pertenecen al centro y a la escuela de buceo de las Islas Medas.

Nada más poner un pie en el barquito vi la cesta que esperaba pacientemente en la cubierta. Sonreí y le lancé una mirada cómplice; ¿había organizado un picnic en mitad de la nada? ¿En el mar? Pensé que era muy romántico y me sentí feliz. Pero unos instantes después me pregunté a mí misma a qué estaba jugando con Marcos y mi felicidad se esfumó. Sí, estaba siendo un fin de semana maravilloso; pero tarde o temprano terminaría. Y yo debía de ser plenamente consciente de que me iba a tocar regresar a la realidad si no quería darme un buen tortazo y espabilar de malas formas. ¿Me arrepentía de haber realizado aquellos setecientos kilómetros? No. ¿Olvidaría aquel fin de semana algún día? Lo dudaba muchísimo. Pero no regresar no era una opción y yo debía centrarme en mi vida.

— ¿Te apetece pilotar un barco?

— ¡No! — exclamé, riéndome a carcajadas.

Él tiró de mí y, sin hacer caso de mi negativa, me colocó al timón. Lo hizo girar y me abrazó por la espalda mientras yo lo sujetaba sin saber muy bien qué era lo que estaba haciendo, pero con la seguridad de que mientras Marcos estuviera tras de mí no hundiría el barco. Aspiré su aroma y sentí su pecho pegado a mi espalda. Por unos instantes, cerré los ojos y dejé que el viento

salado golpease mi rostro. Me sentía libre y feliz, para qué negarlo. Era como un pequeño respiro después de tanto dolor y tanto sufrimiento. De pronto vi un movimiento en la proa y solté el timón para dar un par de pasos al frente. Señalé con la mano y miré a Marcos, estupefacta.

— ¿Acabo de ver una ballena? — pregunté, incrédula, justo cuando el animal volvía a aparecer.

Corrí a la proa, alucinada, sin poder creerlo, y entonces los vi.

— ¡Son delfines, nena! — gritó Marcos soltando una carcajada descomunal — . Delfines que han venido a saludarte.

Y sí, eran delfines que nadaban felices junto a nuestro barco, como si aquello fuera un juego para ellos.

— ¿Qué están haciendo? — pregunté.

Marcos bloqueó los mandos y se colocó a mi lado, deslizando su brazo por mi cintura para atraerme hacia él.

— La verdad es que hay varias teorías... Algunos científicos dicen que sienten curiosidad y que por eso suben a la superficie. Nadar junto a los barcos es como un juego para ellos...

— ¿Y la otra teoría qué dice?

— Que son tan inteligentes que aprovechan la inercia y la potencia del barco para nadar sin esfuerzo y sin cansarse.

— ¿Y tú qué opinas?

— Ambas — respondió, sonriendo de aquella forma tan seductora — . Supongo que sienten curiosidad, que es un juego, y que además aprovechan la inercia para desplazarse sin realizar esfuerzos.

Asentí.

Me gustaba su forma de pensar.

Marcos me giró, dejándome cara a cara frente a él. Presionó sus labios sobre los míos, comiéndome la boca y abriéndose paso a mi interior. Cuando me

soltó, respiré profundamente, descontrolada. Marcos tenía la capacidad de alterarme en exceso. Además, me sentía tan a gusto a su lado que Jorge había dejado de rondar en mis pensamientos y el malestar había desaparecido por completo. Apoyé mi espalda sobre su pecho y, mientras él me acariciaba la cabeza de forma suave y delicada, miré a la proa y observé a los delfines jugando y saltando a los costados del barco.

— A mi hija le encantaría ver esto...

Lo dije con naturalidad porque, de forma inconsciente, sentía que Marcos y yo nos conocíamos muy bien y desde hacía mucho tiempo. Pero en realidad no era así y aquella era la primera vez que yo nombraba a Blanca. Sentí los brazos de Marcos tensándose a mi alrededor.

— ¿Tienes una hija?

Levanté la cabeza.

Su cara de desconcierto indicaba que aquella información le había perturbado más de lo imaginado. Me soltó, caminó hacia atrás y sin mirarme se colocó tras el timón. No sé por qué, sentí que el momento romántico y tierno que estábamos viviendo se acababa de ir a la mierda.

— Sí, tengo una hija — respondí con el tono de voz firme — . Se llama Blanca y tiene siete años.

Marcos parecía tan sorprendido que ni pestañeaba. Y de pronto, me sentí muy estúpida. Primero, porque estaba haciéndome ilusiones absurdas sin conocer de nada a aquel chico y segundo porque no me entendía ni a mí misma. ¿Por qué había evitado contarle nada de Blanca? Era mi hija. Lo más importante que tenía en mi vida y la persona a la que amaba por encima de cualquier cosa.

Bueno, en realidad, sabía muy bien la razón. Había esperado que Marcos fuera un polvo rápido — como dice Leire — , y poco más. No quería implicar a mi niña en un asunto como aquel porque no le veía sentido. Pero de pronto había descubierto que Marcos era hipnótico, sensible, maravilloso y que me estaba haciendo sentir realmente bien.

— Vaya...

— ¿Hay algún problema?

Él suspiró, se pasó la mano por su larga melena y se la revolvió con un gesto que no supe identificar; pero después sonrió. Y volví a darme cuenta de que aquella jodida sonrisa era capaz, incluso, de iluminar los cielos en una noche de tormenta.

— Ninguno — aseguró — , me ha pillado por sorpresa, nada más. ¿Por qué no me habías hablado de ella antes?

Me encogí de hombros. No sabía qué responder.

— No lo sé.

— ¿Y dónde está ahora? ¿Con su padre?

Negué.

— Está en un campamento de verano, pasando el fin de semana en una granja.

Él soltó una risita.

— Así que... ¿le gustan los animales, eh? — preguntó — . Nos llevaríamos bien.

Su reacción me dejó tan obnubilada que no pude hacer otra cosa que parpadear, incrédula, sin saber qué decir ni qué responder. Hablamos sobre ella un buen rato; Marcos me preguntó acerca de sus aficiones, de sus inquietudes, de cómo era y de qué le gustaba comer. Sé que eran tonterías, pero me sentí... extraña y feliz, una mezcla demasiado extraña para ser descrita con corrección. Él se interesaba por mi vida y quería saber cosas acerca de Blanca porque yo le gustaba... Pero, ¿por qué? Casi no me conocía. Era una desconocía y en Estarrit habían mil chicas dispuestas a bajarse las bragas con la única condición de que Marcos les regalase una de sus seductoras sonrisas. Entonces, ¿por qué se había empeñado en conocerme a mí si sabía de sobra que solo pasaría un día más a mi lado?

Marcos me hacía sentir tan bien y tan segura que, finalmente, decidí no preguntarme nada y disfrutar. Vivir el momento.

Estábamos cenando a la luz de las velas y la luna, en mitad del mar y rodeados

de las islas Medas. La escena parecía sacada de una película y yo no podía creerme que yo estuviera siendo la protagonista de aquel cuento de hadas. Parecía irreal.

— ¿Vendrás en abril a ver las ballenas?

— ¿Las ballenas?

Marcos sonrió con la copa de vino en la mano.

— En abril y mayo se dejan ver recorriendo el cabo de Bergur al sur y el cabo de Creus al norte. Te aseguro que es una pasada y que merece la pena — me dijo, señalándome el recorrido que realizaban —, el Rorcual común mide como una pista de tenis y puede llegar a pesar como un rinoceronte... Así que ya te puedes imaginar el espectáculo.

— ¿El rorcual?

— La ballena común — se rió —, imagínate... veinticuatro metros de largo y más de veinticinco toneladas desplazándose por las aguas saladas de las islas Medas...

Sonreí y pensé que Marcos tenía una capacidad especial para hacer soñar despierta a la gente de la misma forma que lo hacía él.

Dejó la copa y apartó el plato con queso para acercarse a mí. Después me quitó mi copa de la mano y, sujetando mi cara entre sus manos, me besó. ¡Y joder, qué sensual eran sus malditos besos!

Tiró de mi vestido y me lo sacó por la cabeza mientras gemía roncamente. Me di cuenta que ya no me sentía mal. Es más, Marcos me apetecía... Me apetecía muchísimo. Y en tan poco tiempo había cogido la confianza suficiente para sentirme muy bien a su lado y disfrutar del sexo, del tiempo, de la vida, de las islas, de Estartit... Yo también aproveché para quitarle la camiseta mientras él me desabrochaba el bikini, que aún seguía un poco húmedo. Pude ver su erección debajo del bañador y, traviesa, sonreí. Metí la mano y acaricié su sexo con movimientos de arriba abajo mientras me excitaba al observar su vientre plano y su pecho marcado. Joder... Marcos era... ¡Dios! El gimió y me pidió que parase, pero yo sonreí y le dije que no. Se levantó para quitarse el pantalón y, mirándole muy fijamente, aproveché para desatarme las dos partes

del bikini. Cuando volvió a sentarse yo me desplazé hasta quedar sobre él. Sentí su miembro rozando mi sexo cuando me coloqué a horcajadas sobre sus piernas para rodear su cuerpo con los brazos y besarle. Él hizo lo mismo conmigo y, caliente, sin poder contenerme, comencé a mover la cadera. Su miembro rozaba mi clítoris cada vez que yo me movía contra él, restregándose. Y eso me enloquecía, me hacía perder la cabeza. Cómo me tocaba, cómo me besaba, cómo jugaba con mis senos y deslizaba la yema de su dedo índice alrededor de mi ombligo. Cómo me abrazaba, como si necesitase mi cuerpo y mi calor. Y cada vez que me tocaba yo sentía esa corriente de electricidad circulando entre nuestros cuerpos, uniéndolos. Electrorrecepción, pensé. Como si estuviéramos hechos para sentirnos, buscarnos y disfrutarnos. Para estar juntos de un modo u otro. Me sentí muy húmeda y moví las caderas para ayudar a Marcos a penetrarme sin las manos. Se clavó en mi interior y yo gemí de placer mientras él me observaba de forma desesperada. Entonces comencé a mecerme suavemente en movimientos circulares. Él rodeaba mi cintura con sus brazos o sujetaba mi cadera con sus manos, guiando mis movimientos mientras un sonido ronco abandonaba su garganta. Hicimos el amor. No fue sexo, fue algo... más. Nos miramos a los ojos fijamente mientras nos dábamos placer el uno al otro y disfrutábamos de la noche, del vaivén de las olas, de las estrellas del cielo y del momento que estábamos compartiendo. Marcos me obligó a levantarme. Su cara de placer me indicó que le faltaba poco para alcanzar el orgasmo, así que frenó el ritmo, me tumbó sobre la cubierta y recorrió mi cuerpo con un reguero de besos hasta llegar a mi sexo. Le golpeé con el pie y solté una risita tonta; estaba a punto de... Bueno, de practicar sexo oral. Era algo que no solía hacer con Jorge y que, para ser sinceros, me incomodaba bastante. Lo había hecho muchas veces en los años locos de mi juventud y, para ser sincera, no solía ser de mi agrado. La mayoría de las veces una lengua en mis partes bajas solía provocarme cosquillas, así que terminaba riéndome y todo el calentón se esfumaba de golpe y porrazo.

— Déjame hacerte disfrutar, nena... — ronroneó Marcos, mirándome con intensidad.

Dios... Era capaz de volverme loca.

Al final, quité el pie y le dejé acercarse. Cerré los ojos; prefería no mirar. Sentí su mano separando mis labios vaginales y, un poco después, su lengua

desplazándose en movimientos circulares hasta llegar a mi clítoris. Lo succionó con la boca, los chupó y lo soltó. El placer que sentí recorrió mi columna de una manera tan intensa que me vi obligada a arquear la espalda. Él continuó lamiéndome con destreza. Era más que evidente que sabía muy bien lo que estaba haciendo... Y, ¿por qué mentir? Lo hacía a las mil maravillas. Nada comparable a mis experiencias anteriores.

Le miré. Su boca estaba ocupada en mi sexo, pero sus ojos se clavaban fijamente en mí. Metió un dedo en mi interior y acompañó a su lengua en la tarea mientras yo me deshacía de placer. Me iba... Sentía el orgasmo llegando a mí, sacudiendo mis músculos. Temblé de placer al explotar y sentí cómo Marcos, con una sonrisa, soltaba mi clítoris y se abalanzaba sobre mi boca. Sabía a sexo... a mí. Me penetró de una embestida; supuse que había llegado la hora de que él disfrutara, pero... Pero Marcos tenía otros planes. Todavía no había terminado conmigo. Deslizó su mano entre nosotros y empezó a tocarme mientras entraba y salía con fiereza de mi interior. Cada vez más fuerte, más rápido... Más intenso. Yo jadeaba y él, ronco, gemía mientras me comía el cuello a besos y lametones. Y explotamos. Sentí que mis músculos se contraían y que el orgasmo me sacudía mientras él estallaba y me llenaba entera.

Se dejó caer a un lado, con la intención de no aplastarme, y deslizó sobre nosotros la manta sobre la que habíamos estado sentados. Me abrazó y yo, feliz, cerré los ojos y me permití disfrutar del momento sin preocuparme por nada más.

— Eres maravillosa, Beca — susurró — , y me vuelves loco.

Tragué saliva.

¿Por qué tenía la sensación de que la despedida iba a ser más dolorosa de lo imaginado?

16

Fue un fin de semana intenso. Muy intenso.

Hicimos el amor cada vez que pudimos, disfrutamos del mar como nunca antes lo había hecho yo, paseamos por Estartit, anduvimos por el embarcadero como aquella noche en la que nos conocimos y dormimos juntos, aprovechando cada segundo y sin separarnos un solo instante.

Marcos era... especial. Era diferente. Tenía sueños; casi todos relacionados con el mundo marino, pero a fin de cuentas, sueños eran. No necesité más que aquellos escasos días para descubrir lo sensible que era. Todo lo contrario a Jorge, a decir verdad. Y mientras le miraba o le escuchaba hablar yo no podía evitar preguntarme qué era lo que me había enamorado de mi marido. ¿Qué tenía Jorge? ¿Por qué, diez años atrás, había enloquecido por él? Jorge era cuadrulado, valoraba los grandes lujos y no prestaba atención al mundo que le rodeaba. Tenía mucha labia y sabía desenvolverse entre las personas de éxito, y por esa razón la vida le había llevado a ser el jefe del departamento de aquella multinacional. Sabía ganarse la confianza de las personas y podía mantener una conversación sobre un Roll Royce antes de pasar a un Rolex. Jorge quería lo mejor y le gustaba presumir de ello, así que en aquellos instantes, no podía evitar preguntarme si yo no habría sido un simple complemento en su vida. Un complemento del que se había terminado por cansar. Me dije a mí misma que si Blanca no hubiera estado de por medio aquella ruptura habría sido muchísimo más sencilla.

Marcos metió mi maleta y cerró el portón. Rodeó el coche hasta la ventanilla del conductor y me sonrió. ¡Dios, esa sonrisa...! Os juro que podía mirarla una y mil veces y siempre me cegaba.

— No quiero que te marches — me dijo, y sabía que estaba siendo sincero — , ¿no puedes quedarte unos días más?

— Tengo que organizar la mudanza — respondí con la voz entrecortada.

Odiaba las despedidas y no quería alargar aquel instante más de lo necesario. Además, encapricharme de él solamente iba a empeorar las cosas.

Sonreí y arranqué el motor. Estaba a punto de meter la primera marcha cuando Marcos se inclinó sobre la ventanilla.

— Beca... Podríamos intentarlo — me dijo muy seriamente.

— ¿Intentar... qué?

— Lo nuestro... Podríamos intentar que funcionara — explicó antes de hacer una pausa para valorar mi reacción. Yo no pude evitar soltar una risita nerviosa, preguntándome si realmente estaría hablando en serio o no — . Tú no trabajas hasta septiembre y la niña está una semana sí y otra no con su padre... Podríamos probar este verano y, si la cosa funciona entre nosotros, en septiembre buscaríamos una solución.

Tragué saliva.

Sonaba bien... El problema era que yo ni siquiera me había divorciado, que aún no sabía si quería intentar recuperar y mantener a flote mi matrimonio y que no estaba preparada para meter a alguien nuevo en mi vida.

— ¿Por qué crees que podría funcionar?

Lo que Marcos planteaba era una auténtica locura.

Se mordió el labio, pensativo, sin dejar de mirarme. Su mirada era tan intensa como su sonrisa y ambas conseguían perturbarme con rapidez.

— ¿Te acuerdas lo que te expliqué de los hipocampos? Ven a una hembra y por alguna razón incomprensible saben que ella será su pareja idónea. ¿Te acuerdas?

— Sí.

— ¿Recuerdas lo que te expliqué de la electrorrecepción? Me dijiste que tú también lo sentías... Y yo..., joder, Beca, no lo sé. Te miro y siento muchas cosas que antes no había sentido.

— Marcos... — murmuré, recordando aquellas primeras palabras de amor

que Jorge me dedicó y lo falsas que resultaron ser todas — , ¿cuánto vive un caballito de mar?

Él titubeó.

— Sobre cinco años, ¿por qué?

— Cinco años no son setenta. Estoy segura de que podría convertirme en tu pareja eterna si nuestra esperanza de vida fuera de cinco años.

Mi respuesta le pilló por sorpresa, sin duda.
Pestañeó, incrédulo, y después se rió tontamente.

— ¿Lo pensarás?

Negué.

— Tengo que marcharme, lo siento...

Él sujetó la mano que tenía sobre el volante, metió la cabeza por la ventanilla y me besó. Fue un beso profundo y desesperado y duró mucho más de lo que un beso cualquiera solía durar.

Aquel beso fue, en resumidas cuentas, como Marcos. Largo, intenso, placentero y especial. Muy especial.

Durante el camino de vuelta a casa tuve demasiados kilómetros en carretera para meditar sobre mi vida. Sobre Jorge, sobre Blanca, sobre los consejos de Leire e, incluso, volví a pensar en Marcos. ¿Por qué mentir? No me lo sacaba de la cabeza.

Me sentía como una adolescente con las hormonas revolucionadas, pero para mi sorpresa, no sentía ningún tipo de culpabilidad. La imagen de Jorge con aquella chiquilla en la cafetería había marcado un antes y un después en mi forma de sobrellevar la ruptura.

Pensé que, quizás, incluso, aquel golpetazo en el estómago era todo lo que había precisado para abrir los ojos de verdad. Bueno, eso y a Marcos. Marcos...

No quería marcharme de Girona, pero sabía de sobra que había llegado el momento de organizar mi vida y de poner las cosas en orden, así que cuando

llegué a Madrid y aparqué frente a mi antiguo hogar supe muy bien que ya no iba a llorar más. O, al menos, no iba a hacerlo por la desesperación que me causaba no recuperar a Jorge. Jorge no me quería, punto y final. Pero yo sí que me quería a mí misma... Y Marcos, de alguna forma, me había mostrado que en un futuro quizás pudiera volver a recuperar mi felicidad.

Cogí mi bolso. Era domingo y era tarde, las nueve de la noche, así que me sorprendió encontrar el coche de Jorge aparcado en el garaje. ¿Por qué estaba allí? ¿Había ido a casa para hablar conmigo? Abrí la puerta principal y grité un “¿hola?” que avisaba mi llegada al hogar. Dejé mi bolso en la entrada, me quité las deportivas y esperé unos segundos hasta que él apareció frente a mí.

— Hola... — murmuró con la voz temblorosa.

Me sorprendió su actitud.

No parecía tan seguro ni tan decidido como los días pasados, así que no supe a qué atenerme. ¿Estaba allí con los papeles del divorcio? ¿Los había preparado y venía a obligarme a firmarlos?

Suspiré hondo y decidí tomar las riendas de mi vida. Había llegado el momento para enfrentarme a los problemas.

— Supongo que habrás venido a buscar algo... — dije, porque no sabía muy bien cómo proceder — . Estaré arriba... Por si me necesitas.

Cuando pasé cerca de él pude oler su perfume.

Aquel olor familiar revolvió en mi interior un millar de sentimientos que me provocaron un breve aturdimiento, pero los resistí y subí a la primera planta sin mirar atrás. Si durante el viaje me había estado preguntando qué era lo que me hizo enamorarme de Jorge, pues bien, con un simple vistazo ya había encontrado la respuesta. Su seguridad. Su altura, su aire protector, su confianza en sí mismo, su planta. Jorge era... Imperturbable y parecía tener a todo el mundo a sus pies. A su lado me sentía pequeña; diminuta, más bien. Cuando le veía moría en deseos de envolverme en sus brazos para sentirme querida y protegida, para alejar de mí esa sensación. Y cuando cerré la puerta de la habitación y me quedé a solas de nuevo, fui consciente de que aquella atracción había sido muy insana desde un primer momento. Leire siempre había estado en lo cierto cuando me decía que Jorge me anulaba.

Cogí las bolsas de plástico y retomé la tarea de meter la ropa en ellas. Aquella sería la última noche que iba a pasar en el que, durante tantos años, había sido mi hogar.

— ¿Puedo pasar?

La voz de Jorge sonaba ronca y seria. Tragué saliva.

— Pasa.

Me dije a mí misma que pasara lo que pasase entre nosotros debíamos de aprender a sobrellevar una relación cordial, por Blanca. Aunque nos divorciásemos íbamos a tener que vernos muy a menudo.

— ¿Dónde has estado? Llevo esperándote todo el día...

Dejé la ropa que tenía en mis manos sobre la cama y me senté junto a ella. Suspiré hondo, procurando no perder los nervios y mantenerme calmada y serena. Le miré fijamente.

— ¿Acaso importa?

— Sí, importa.

Jorge parecía tan confuso que yo no supe qué pensar.

— He pasado el fin de semana en Girona, con un amigo.

Su rostro se descompuso, así que supuse que mi noticia no se le hacía fácil de digerir.

— ¿Con un amigo? — repitió.

Asentí.

Jorge me miró fijamente, retándome. Al final, venció. Aparté la vista de él y la centré en las bolsas de plástico. Me dije a mí misma que no iba a necesitar más que un par de días para trasladarme. Quizás un día si Leire se estiraba y me ayudaba con el asunto.

Jorge soltó una risita irónica y yo levanté la vista hacia él de nuevo.

— Rebeca... — comenzó, antes de quedarse callado unos instantes — ,

estás... diferente.

No supe a qué se refería, pero sí, algo de razón debía de tener porque incluso yo me sentía diferente.

— Me he cansado de luchar por ti — admití — , solamente quiero pasar esto cuanto antes y retomar mi vida.

Jorge, asombrado, se quedó mudo.

— ¿Es por... por tu amigo de Girona? ¿Es eso? ¿Has conocido a otro?

Dudé unos instantes.

¿Cómo diablos podía ser tan caradura? ¿Cómo podía estar preguntándome si había conocido a alguien después de pedirme el divorcio?

— ¿Importa?

— Sí, importa.

— Sí, Jorge. He estado con otro... Pero no tiene nada que ver con que me haya cansado de llorar — solté a bocajarro, decidida a devolver un poco del dolor que él me había causado.

— Yo... yo... — tartamudeó, afectado. Parecía sorprendido y dolido — . Había venido para decirte... que lo de Cantabria podría funcionar, pero...

Le miré.

Joder... Parecía arrepentido y parecía estar mal.

— ¿Eso es verdad?

Jorge asintió con la cabeza; parecía abatido.

Se quitó el jersey y se sentó junto a mí, frotándose las manos con nerviosismo. Ambos nos quedamos en silencio con la mirada perdida en la pared que teníamos en frente. Me pregunté si nuestro idílico matrimonio tenía solución a aquellas alturas y si arreglar aquello, después de tanto sufrimiento, podía ser una opción.

— ¿Por qué te dejé de hacer feliz, Jorge?

Mi pregunta le pilló por sorpresa.

Se encogió de hombros y, sin mirarme, murmuró algo que no conseguí entender.

— ¿Qué?

— No lo sé.

Volvimos a guardar silencio.

Yo sí lo sabía. Yo era un complemento; una casa bonita, una mujer bonita, una hija bonita... Pero había dejado de ser tan bonita como cuando me conoció y ahora me tenía que sustituir. Quería pensar que estaba equivocada, pero...

— Te vi con otra en la cafetería — solté de sopetón y me quedé esperando su reacción.

Nada. Lo que de algún modo me indicaba que aquella mañana él también me vio a mí.

— Solamente era una amiga, Beca...

— Tienes que irte — aseguré, levantándome del colchón —. Necesito organizar mi ropa y descansar. Mañana me marcharé antes de que Blanca y tú estéis de vuelta.

— Estás... diferente — dijo, asombrado.

Agachó la cabeza, salió de la habitación, y yo contuve el aliento hasta que escuché la puerta principal cerrándose de un portado.

Estaba sola.

Aquella fue la última noche que dormí en aquella casa.

A la mañana siguiente me desperté temprano, terminé de empaquetar mis pertenencias y, con la ayuda infalible de Leire, conseguí repartir todas entre su coche y el mío. Tal y como Elena, la chica de la inmobiliaria, había prometido los papeles estuvieron listos a primera hora de la mañana. Firmé todos, pagué las primeras cuotas de alquiler y salí del local con las llaves de mi nuevo apartamento. Me sentía... extraña. Como si por fin tuviera la capacidad de escoger por mí misma.

Leire me ayudó a subir todas las cajas y las bolsas y colaboró un poco con la parte más imprescindible de la mudanza. Del resto me ocupé yo solita. Aquella semana en la que Blanca estaba con su padre yo dediqué todo mi tiempo a adecentar aquel impersonal apartamento y a transformarlo en un hogar de verdad. Después, cuando ya me hube instalado, llamé a mi madre. La noticia le pilló por sorpresa — aún me sigo preguntando por qué — y se sorprendió al descubrir que mi matrimonio no estaba pasando por una simple crisis y que todo iba llegando a su final. Aunque ella seguía insistiendo en que Jorge terminaría por ceder, estuvo de acuerdo en que pusiera tierra de por medio entre nosotros. No le dije nada, pero llegados a aquel punto, era yo la que no quería ceder. La que quería recuperar mi vida de una vez por todas.

La semana pasó en un suspiro y yo lo agradecí. Estaba convencida de que, sin Blanca y en aquel lugar desconocido, terminaría volviéndome loca y perdiendo los papeles. Pero no fue así; la mudanza no me dejó demasiado tiempo libre y, cuando tenía un rato para relajarme, contestaba a los mensajes de Marcos. Quería saber qué tal estaba, cómo me iba con la mudanza, qué tal

llevaba Blanca que sus padres vivieran en casas separadas y si le echaba de menos... Y sí, le echaba mucho de menos. Tenía la sensación de que en Estartit se había quedado un pedacito de mi corazón. Quería sentir la piel cálida de Marcos rozando la mía, el olor a sal que caracterizaba el pueblo, las islas Medas de fondo y el sol calentando mi cabeza mientras compartíamos un helado caminando por el paseo marítimo. Echaba de menos escucharle hablar sobre la fauna marina o aprender curiosidades como que, por ejemplo, una ballena pesaba lo mismo que un rinoceronte. Marcos era un pozo sin fin de sabiduría e ingenio y uno no podía aburrirse si estaba junto a él. No habíamos compartido demasiado tiempo, pero durante aquellas horas que habíamos pasado juntos habíamos hecho... magia.

Joder.

Me di cuenta de que pensaba en él como una adolescente enamorada y me repetí de nuevo que aquellos sentimientos únicamente estaban desencadenados por la ruptura con Jorge y el dolor que el divorcio me suponía.

Intenté olvidarle y poco a poco fui respondiendo, únicamente, a la mitad de los mensajes que me enviaba. “¿Qué tal estás, nena?”, “¿Cómo amanece hoy mi chica?” “Espero que sueñes conmigo...” “Las islas Medas y yo te echamos de menos”.... Todos los días un mensaje nuevo — a veces dos — y con todos ellos conseguía sacarme una sonrisa.

Y los ratos libres en los que no hacía la mudanza ni me mensajeaba con Marcos, buscaba trabajo. Un trabajo a jornada completa que me ayudase a pagar los gastos de aquel apartamento que se había convertido en mi vida. Sin mucha esperanza y animada por el chico de la toalla de al lado, envié mi currículum a varias empresas y crucé los dedos para tener suerte.

— ¡Mami! — gritó Blanca, bajando a trompicones las escaleras del autobús.

Temí que pudiera caerse y salí corriendo en su dirección, pero al final logró alcanzar tierra firme sana y salva — como aclaración, diré que no soy ninguna exagerada; Blanca siempre estaba a punto de caer pero su equilibrio era tan bueno que solía salvar el golpetón — . La abracé. Ella envolvió mi cuello con sus bracitos y me besó en la mejilla, feliz por tenerme de vuelta.

— ¿Lo has pasado bien con papá? — pregunté, haciendo un esfuerzo por no echarme a llorar allí mismo, delante del resto de los padres.

La había echado muchísimo de menos.

Blanca asintió con la cabeza, sin decir nada en voz alta y sin soltarme. Estaba convencida de que ella también me había extrañado muchísimo.

— Perdona, Rebeca, ¿verdad?

Asentí y levanté la cabeza.
Eran los papás de Alicia.

— Ali ha perdido una muñeca a la que le tiene mucho cariño y hemos pensado que quizás se la pudo haber dejado en vuestra casa el otro día — me explicó la mujer, cuyo nombre no conseguía recordar.

Yo fruncí el ceño, agarré a Blanca de la manita y me levanté para quedar a la altura de ellos.

— Hablaré con Jorge y le preguntaré si la ha encontrado — aseguré, evitando decir “mi marido” y refiriéndome a él como Jorge —. Nos estamos separando, así que no vivimos en la misma casa... — añadí en voz baja, aunque no sirvió de nada porque Blanca lo escuchó.

— ¡Vaya! ¡No tenía ni idea! — exclamó él.

— Lo siento mucho — murmuró ella.

— ¿Y te has marchado tú? — quiso saber él.

Llegaba el momento de los cotilleos y no me apetecía lo más mínimo pasar por ese tramo.

— Lo siento, tengo que dejaros... Mis padres me están esperando en casa y no quiero hacerles esperar — mentí con una sonrisa falsa.

— ¡Claro, claro! — exclamó, dedicándome un gesto comprensivo.

El camino de vuelta a casa Blanca lo pasó en silencio mientras yo le explicaba que, en vez de ir a la casita de su papá, iríamos a la casita de mamá. Ahora tenía dos casas.

Maldije a Jorge porque en lugar de haberle explicado algo, se había callado como un perro esperando a que fuera yo quien cargara con la responsabilidad.

Le enseñé el piso y le mostré su habitación, que estaba repleta de cosas suyas a las que tenía mucho cariño. Como yo me había encargado de hacer la mudanza, intenté repartir sus juguetes favoritos entre ambas casas para que se siguiera sintiendo a gusto allí pero que también se adaptase a su nuevo hogar. Me dijo que le gustaba, pero pasó el resto de la tarde tan taciturna que no sabía si lo decía de verdad.

— Mami... — murmuró mientras la arropaba en la cama — , ¿papá y tú os habéis divorciado?

Me sorprendió aquella palabra en su boca y, aunque al principio pensé que pudo habérsela escuchado a Jorge, terminé imaginando que sería cosa del resto de sus compañeros. Sabía que en su clase había más de un niño cuyos papás se habían divorciado.

— Sí, claro.

— ¿Y eso qué es?

Le acaricié la mejilla.

Supongo que aquella parte era la más complicada de todas.

— Eso significa que papá y mamá no van a vivir más juntos... Y que ahora tienes dos casitas.

Se quedó en silencio unos instantes.

— ¿Y mi cumpleaños? — preguntó, asustada.

Cogí aire y lo solté lentamente.

Su cumpleaños, navidades... Habían muchísimas fechas señaladas que no me imaginaba capaz de soportar si ella no estaba mi lado.

— Lo celebraremos dos veces, ¿qué te parece?

Era lo mejor que se me había ocurrido.

Ella se encogió de hombros y yo, saturada, me quedé a su lado hasta que Morfeo se la llevó.

Después me deslicé con sigilo, me lavé los dientes y me metí en la cama con

la cabeza a mil revoluciones. Cogí mi teléfono y descubrí que tenía un mensaje de Marcos. Sonreí.

“¿Le ha gustado tu piso, nena?”

Seguía sin comprender por qué. ¿Por qué se interesaba tanto por mí? ¿Y por mi hija? ¿Y por mi vida? Me mordí el labio y respondí sin pensar.

“¿No crees que deberíamos empezar a olvidarnos de esto, Marcos?”

Apagué las luces y me revolví entre las sábanas. Estaba tan cansada que los ojos se me iban cerrando poco a poco. Cuando Marcos respondió, yo ya estaba medio dormida.

“No creo. Y no quiero. Puedo sentir tu electricidad incluso a setecientos kilómetros de distancia”.

Volví a sonreír.

Esa vez la sonrisa fue más grande, más sincera y más profunda. Y lo mejor de todo es que a pesar del mal día que había tenido, soñé cosas muy bonitas y conseguí descansar.

18

El verano se iba acercando a su final y yo sentía que el tema de mi separación con Jorge se había quedado estancado. No entendía muy bien por qué, pero cuanto más me esforzaba yo por hacer mi vida y seguir adelante, más se empeñaba él en atascar todos los trámites y ralentizar aquello.

— ¿Entonces? — preguntó Leire, mordisqueando una galleta María como una ardilla — . ¿Te vas a marchar o te quedas?

Yo me encogí de hombros.

Me habían ofrecido una jornada completa en mi mismo puesto de trabajo, de septiembre a junio. Estaba muy bien porque la jornada era intensiva y estaba de vuelta en casa para las tres del mediodía, lo que me dejaba suficiente tiempo libre para estar con Blanca. Pero, por otra parte, había pasado el filtro en una de las entrevistas como administrativa y me querían en la empresa; el puesto era una jornada partida y me ocuparía mucho más tiempo, aunque me pagaban la dieta y ganaba trescientos euros más.

— No lo sé — admití — . ¿Tú qué harías?

Serví dos tazas de café y me senté a su lado.

— Yo me quedaría donde estas... — me dijo con una mueca de pesar — . Sé que tienes muchos gastos y que no te da para todo, pero creo que pasar tiempo con Blanca debería ser tu prioridad.

Sí, yo también estaba de acuerdo con ella.

— Además — añadió — , los dos meses que te dejan en la calle podrás

subsistir con el paro y con la pensión de la niña.

Carraspeé.

— ¿La pensión de la niña? — pregunté con una ligera carcajada — . Dime qué es eso, porque yo no lo sé.

Leire pestañeó, incrédula.

— ¿Jorge no te pasa ninguna manutención?

Yo negué con la cabeza.

— A ver, Beca... Ya van para dos meses. Tenéis que poner las cosas en orden o esto se os va a ir de las manos.

Sabía que tenía razón, pero mis últimas conversaciones con Jorge no habían sido amistosas y no quería que nuestra relación se enemistase aún más. Aún recordaba cómo se había puesto porque les había contado a los padres de Alicia que nos estábamos separando. Al día siguiente me llamó, enfurecido, y gritándome todo tipo de barbaridades y yo ni siquiera comprendí qué era lo que había hecho mal. Jorge no solamente quería estirar el tema del divorcio lo máximo posible, sino que además se estaba esforzando por mantenerlo a la sombra.

— ¿Beca? ¡Tierra llamando a Beca!

— Sí, sé que tienes razón...

— ¿Sabes lo que le pasa? — inquirió, adivinando mis pensamientos — . Que le gusta aparentar y ser un don perfecto y ahora se ha dado cuenta de que lo del divorcio es como una mancha en su currículum.

— Es gilipollas, eso le pasa — sentenció yo.

Y me sorprendí a mí misma al decirlo y al verme tan bien.

No, no estaba feliz. Pero poco a poco mi vida se iba encauzando y aquel sentimiento de pánico, terror y desolación se había esfumado por completo. Podía salir adelante y lo estaba viendo con mis propios ojos.

Leire soltó una risotada que se me contagió y, al final, terminamos sufriendo un ataque de risa e inundamos la pared blanca de la cocina con metralla de

galleta María.

— ¿Sabes una cosa? — inquirió mientras se sacaba las lágrimas y recuperaba su seriedad.

— ¿Qué?

— Te veo bien, Beca. Estoy muy orgullosa de ti.

Y nos fundimos en un profundo abrazo.

— La verdad es que me siento bien — admití mientras mi teléfono móvil comenzaba a silbar en alguna parte de mi casa.

Me levanté de un salto para buscarlo.

Desde que Blanca pasaba fuera una semana con su padre mi sentido de la responsabilidad con el teléfono había mejorado muchísimo. Nunca lo tenía en el modo silencio y siempre lo llevaba conmigo por si necesitaba llamarme u ocurría cualquier emergencia. Lo encontré en la mesita auxiliar del salón; era Marcos. No solía ser habitual que me llamase, menos aún a aquellas horas de la tarde. Solía hacerlo de noche y por el día nos conformábamos con intercambiar algún que otro mensaje.

— ¿Quién es?

Me encogí de hombros.

No quería explicarle a Leire que Marcos y yo seguíamos manteniendo el contacto.

— Son de la compañía telefónica... últimamente me están acosando para que me cambie con ellos.

Me miró fijamente, sin pestañear.

— ¡Mentirosa!

Una sonrisa traviesa me delató y Leire corrió hasta mí, me tiró al sofá y peleó conmigo hasta arrancarme el aparato de la mano. Después saltó, se alejó hasta la otra punta del salón por si a mí se me ocurría reaccionar y volver a quitárselo y se empezó a reír.

— ¿¡Marcos?! — preguntó, sorprendida y divertida al mismo tiempo.

Yo no pude evitar ruborizarme y morir de vergüenza.

— Devuélveme el teléfono, por favor... ¡Y ni se te ocurra contestar!

Dios sabe que conocía a Leire demasiado bien.

Ella, con una mueca perversa, pulsó el botón verde y se llevó el aparato a la oreja mientras yo escondía la cara tras mis manos.

— ¿Hola?

Silencio.

Su sonrisa pícaro me decía que había pillado a Marcos por sorpresa.

— Sí... Ahora te la paso — dijo, riéndose con maldad — , por cierto, dale recuerdos a Danel de mi parte.

Y después me entregó el teléfono.

— Hola — murmuré.

Marcos se estaba riendo como un loco al otro lado de la línea, así que al final terminé contagiándome de su buen humor y perdí la vergüenza.

— Tu amiga está como una regadera, lo sabes, ¿verdad?

— Sí, lo sé, lo sé... — aseguré — . ¿Qué te ocurre?

De fondo, Leire cogía sus pertenencias; bolso, chaqueta y teléfono. Se acercó a mí sigilosamente y me besó en la mejilla antes de señalarse el reloj. Asentí. Llegaba tarde a trabajar y debía marcharse. Me despedí de ella con la mano, aliviada porque no fuera a escuchar aquella conversación con Marcos.

— En realidad, nada importante. Solamente te llamo para pedirte tu dirección.

Me quedé en silencio.

Aquello sí que me había pillado por sorpresa.

Esperé para responder hasta que escuché el portazo de la puerta de la calle, cerrándose.

— Marcos, ¿sabes que tengo una hija, verdad? — pregunté, temerosa de que se presentase en mi casa sin decirme nada.

— Pero ahora mismo está con Jorge, ¿no?

Tragué saliva.

— Sí, pero...

Él se rió al otro lado de la línea, aflojando la tensión que se había creado entre nosotros.

— No voy a ir, puedes estar tranquila.

Pude imaginarme su sonrisa desde el otro lado del auricular. Sonreí como una tonta al pensar en él y, de forma inconsciente, me sentí un poco decepcionada. Una parte de mí deseaba tenerle conmigo y verle cometer la misma locura que yo cometí. ¿Era Marcos capaz de hacer setecientos kilómetros para verme un par de días? Sin duda, sí. O eso creía, al menos.

— ¿Entonces? ¿Para qué quieres mi dirección?

— Quiero enviarte una cosa para Blanca.

Eso también me pilló de sopetón.

Marcos, que con el paso del tiempo cada vez me conocía mejor, volvió a soltar una risotada.

— ¡Relájate, Beca! — exclamó — . Puedes decirle que es un regalo de tu parte, no tienes por qué meterme en esa conversación.

Suspiré aliviada.

— ¿Qué es? — quise saber.

— Un diente de tiburón gris — me explicó — . Hoy lo he encontrado en la piscina de los que están en rehabilitación y he pensado que a tu pequeña le gustaría. Como sé que le encantan los animales...

— Le gustará mucho, seguro — admití — , aunque pobrecito el tiburón.

— Los tiburones pierden muchísimos dientes, estate tranquila. Se le

regenerará.

— Animales fascinantes... — dije, sonriendo como una tonta y recordando la electrorrecepción y aquellas chispas que saltaban entre nosotros cada vez que estábamos cerca el uno del otro.

— Sin duda... Cuando se lo vayas a dar cuéntale la historia de Nanawe, le gustará.

Me quité los zapatos y me dejé caer en el sofá, relajándome. Marcos tenía la capacidad de calmar mis nervios y de crear la paz más absoluta.

— No la conozco.

Él se rió tontamente.

— Me lo suponía... ¿Quieres que te la cuente?

— Claro.

Cerré los ojos.

Podía imaginármelo sentado en el sofá de su casa o tirado sobre la colcha de su cama, charlando tranquilamente conmigo. Me pregunté si desde que estuvo conmigo habría compartido las sábanas con alguna otra mujer, pero después deseché aquel pensamiento. No tenía derecho a preguntar ni a pensar en nada semejante.

— Cuenta la leyenda que el Dios de los tiburones, en su forma humana, se enamoró perdidamente de la bella princesa Calei y engendró un hijo con él — comenzó — . En su espalda tenía la marca de la mandíbula de su padre, así que siempre llevaba una capa para que nadie le descubriera. Era blanca, repleta de plumas y no pasaba desapercibida. Todas las mañanas salía de casa temprano y les preguntaba a los pescadores dónde iban a pescar... — Marcos hizo una pausa dramática — para después robarles el pescado. Para Nanawe solamente era un juego; él, que era mitad tiburón, quería demostrar lo ágil y rápido que era en el agua. Pero el pueblo comenzó a pasar hambre, así que acudió al chamán.

— Vaya... Estás hecho un verdadero cuentacuentos — sonreí.

Pensé en Blanca.

Algo en mi interior me decía que Marcos y ella se llevarían muy bien.

— ¿Quieres saber el final de la historia o no? — protestó.

Yo me reí como una niña pequeña.

— Claro, por favor...

— El chamán hizo su magia y el fuego reveló la capa blanca de Nanawe, de esa manera los pueblerinos supieron que era el pequeño príncipe quien estaba matándolos de hambre. Todos los habitantes intentaron capturar al niño tiburón, pero él, asustado, consiguió escapar y regresar al mar.

— Pobre Nanawe...

— La leyenda dice que ésa es la razón por la que los pescadores jamás revelan dónde van a pescar — concluyó.

— Vaya, me gusta — admití, sorprendida.

— ¿Serás capaz de recordarla?

Me mordí la lengua.

Me hubiera gustado decirle algo del estilo “¿por qué no se la cuentas tú?”, pero sabía que eso era imposible. Jorge y yo aún no habíamos firmado el divorcio, así que era demasiado temprano para meter a alguien en nuestras vidas. Sobre todo, para meter a alguien en la vida de mi hija.

— Se la contaré con tus mismas palabras.

— Genial — murmuró.

Nos quedamos en silencio unos segundos.

Yo tenía demasiadas cosas en la cabeza, pero sabía que no era justo decir las en voz alta. Por ejemplo; ¿no tienes a ninguna chica ahí, Marcos? ¿Por qué me llamas a mí si sabes que vivo a setecientos kilómetros? ¿Por qué te empeñas en seguir teniendo una relación conmigo? ¿Por qué no te rindes?

— Beca... ¿Cuándo volveré a verte? — preguntó, titubeante.

Yo, que aún seguía con los ojos cerrados, los abrí y me incorporé en el sofá, regresando a la realidad.

— No me hagas eso, Marcos... — respondí — , sabes que yo...

— Vale, vale... No digas nada — me cortó — . Entonces..., ¿qué llevas puesto?

Solté una risotada que se le contagió y ambos nos reímos.

— ¿De verdad quieres saberlo?

— Si no puedo preguntarte cuándo te veré.... — comenzó, pero tuvo que callarse porque yo le interrumpí.

— Estoy en pijama. No llevo sujetador, pero llevo unas braguitas negras de encaje debajo del pantalón. ¿Eso querías saber?

Escuché que su respiración se agitaba.

— Creo que es más de lo que yo quería saber — admitió — . Oye, nena, ¿alguna vez has practicado sexo... telefónico?

Solté otra carcajada.

— ¡Oh, Dios! — exclamé, riéndome como una tonta y sonrojándome — . Ahora sí, tengo que colgar...

— ¡Espera! Beca, ¿te he contado alguna vez que los hipocampos mueren de amor? Vas a acabar conmigo.

No podía parar de reír.

— Menos mal que tú no eres un hipocampo. Sobrevivirás — concluí, justo antes de decir adiós entre risotadas y de cortar la llamada.

Marcos era... Marcos.

Un día después, recibí el diente del tiburón gris. Supuse que lo habría enviado por correo urgente.

Marcos le había hecho un pequeño agujero y había pasado por él un cordón para que la niña pudiera llevarlo atado al cuello. Y como no, a mi hija le

encantó tanto o más que a mí.

19

Septiembre llegó con muchos cambios.

Yo comencé a ganar un sueldo decente y dejé de hacer uso de los escasos ahorros que quedaban en mi cuenta corriente. Blanca parecía haberse acostumbrado a vivir en dos casas y mi relación con Jorge... seguía igual. No avanzaba hacia el divorcio y tampoco nos reconciliábamos.

Sí, había dado carpetazo a mi matrimonio y cada vez estaba mejor sola, pero a veces no podía evitar preguntarme si luchar un poco más por mi matrimonio sería la opción más sensata. En el fondo sabía que no, claro.

Sujeté a Blanca de la manita con fuerza. Desde que me había mudado era la primera vez que regresaba a aquella casa y estaba nerviosa, muy asustada. Aquel lugar me traía muchos recuerdos, la mayoría de ellos buenos. Con el paso de los días, todo lo malo se iba difuminando poco a poco y cada vez me costaba más recordarlo. Me pregunté si, diez años más tarde, recordaría a Jorge con el mismo amor que al principio de nuestra relación.

— Pasad... — dijo, abriéndonos la puerta de par en par con una sonrisa.

Estaba guapísimo.

No importaba que fuera un hombre hecho y derecho de cuarenta años; Jorge seguía pareciendo un jovencuelo. Vestía unos vaqueros y un polo verde cuyas mangas se ceñían alrededor de los músculos de sus brazos.

Entré dentro. Blanca echó a correr a su habitación para coger sus juguetes, pero yo caminé hasta la cocina mientras sentía la mirada de Jorge clavada en mi espalda. Tenía muchas cosas que hablar con él y no quería dejarme nada en el tintero. Lo primero; el tema de su nueva amiga. No sabía muy bien qué tenía

él con aquella jovencita, pero sí sabía que la semana anterior Blanca se la había encontrado en casa. Pensé que aquel era un buen punto por el que comenzar.

— ¿Te sirvo un café?

Asentí con la cabeza, nerviosa.

Él me sonrió antes de sacar una taza del armario. Me fijé en mi alrededor y comprobé que todo estaba exactamente igual que antes de que yo me marchase.

— ¿De qué querías hablar, Beca?

Suspiré hondo antes de responder.

— Verás... Blanca me ha dicho que el otro día conoció a tu novia.

Jorge pegó un salto, dejó la cafetera en el fuego y se giró para observarme fijamente.

— No conoció a mi novia, solamente era una amiga.

— Me gustaría que la niña no conociera a tus amigas — escupí.

No quería ser grosera.

Sabía que no me convenía en absoluto enemistarme con él si quería sacar algo en claro de aquella conversación. Jorge resopló y, recuperando la calma, volvió a centrar su atención en la cafetera. Me di cuenta de que tenerle tan cerca aún me resultaba doloroso y despertaba muchos sentimientos encontrados en mí.

— Blanca sabe que puedo tener amigas, no creo que sea nada malo, Beca... — explicó, rellenando una de las tazas — . Solamente era una compañera de trabajo que había venido a traerme unos informes. Nada más.

¿Y yo me tengo que creer eso?, pensé.

Pero no dije nada. Decidí, por primera vez, concederle el beneplácito de la duda.

— ¿Eso es todo? — inquirió, tomando asiento a mi lado después de colocar frente a frente las dos tazas sobre la mesa — , ¿querías hablar de algo más?

Me serví un terrón de azúcar y revolví la taza, pensativa.

— En realidad, sí... Quería hablar contigo del tema de la manutención de Blanca.

No levanté la cabeza al decirlo.

No quería pedirle dinero, más aún teniendo en cuenta que la custodia nos la estábamos repartiendo completamente, pero... Tenía que hacerlo. La que se había marchado de la casa era yo y con el pago del alquiler no me llegaba para demasiado. Podía pedir un abogado y resolver aquello por las malas, pero mantenía la esperanza de que Jorge entrase en razón.

— Beca... mírame.

Levanté la cabeza.

Su rostro estaba serio. Jorge alargó su mano y la posó sobre mi brazo desnudo. El contacto con su piel me provocó un escalofrío.

— No he sacado el tema de la pensión hasta ahora porque no quería llegar a ese punto.

— ¿Có...Cómo?

No comprendía nada.

Jorge arrastró su silla unos centímetros para quedar más cerca de mí.

— Quiero que vuelvas a casa, Beca...

Sentí que me abofeteaba.

No podía creer que... Después de todo, ¿tenía la cara de pedirme que regresase con él?

— No quiero perderte — continuó — , y me gustaría que volviéramos a intentarlo. Por ella... por nuestra hija.

Recordé las palabras de Leire y aquello que me había dicho sobre que el divorcio, para Jorge, era una terrible mancha en su currículum.

— Creo que ya es demasiado tarde para eso, Jorge — admití con pesar — , no creo que pudiera olvidarlo todo.

Se levantó de la silla y se colocó de cuclillas frente a mí.

Mi cuerpo se tensó de forma instantánea cuando él posó una mano sobre mi mejilla. Podía oler su perfume, el mismo que había usado durante los últimos años de nuestra relación.

— Te veo tan cambiada, Beca... Tan segura y decidida que ni siquiera pareces la misma mujer — dijo entre susurros — . Creo que ahora lo nuestro podría funcionar... De verdad, estoy convencido de que saldríamos de todo esto.

Su rostro se acercó al mío y yo, sentada contra la silla, me sentí acorralada. No podía pensar. Todo fue demasiado rápido y cuando quise darme cuenta sus labios ya se habían posado sobre los míos y su lengua intentaba hacerse paso al interior. Me levanté de un salto, apartándome de él y tirándole al suelo sin querer.

— ¡JODER! — gritó.

— No puedo, Jorge, yo... No puedo — contesté, mientras cogía mi bolso y me preparaba para irme.

Cuando me di la vuelta comprendí que ahí estaba Blanca, de pie en el umbral de la cocina. Nos miraba muy atenta, con los ojos abiertos y sin pestañear. Me sentí culpable y pensé que aquella escenita únicamente serviría para confundirla todavía más.

— Vete... — escupió de malhumor Jorge — , ya hablo yo con ella, pero lárgate.

Apreté el bolso contra mi pecho y sintiéndome la peor madre del mundo, me agaché hasta quedar a su altura y la besé en la frente.

— Mamá se marcha, pero en unos días volveremos a vernos, ¿vale?

Ella no respondió.

— Blanca... dime que lo entiendes, por favor.

— No compliques las cosas más, Beca... — me interrumpió Jorge.

Me di la vuelta para encararle. No podía creer que estuviera haciéndome esto delante de nuestra hija.

— ¿Perdona?

— Que te marches. No quiero que estés en mi casa.

Suspiré hondo.

— Cariño, ¿nos esperas en el salón, jugando? Papá y mamá se han enfadado y quieren hacer las paces, ¿vale? — murmuré, conteniendo las lágrimas.

Blanca asintió y salió corriendo al salón.

Después me levanté y volví a enfrentarme a él. El tiempo había hecho su trabajo y a esas alturas Jorge ya no me daba ningún miedo.

— Quiero que te marches de mi casa ahora mismo — escupió de malas formas.

Rabiosa, apreté los puños.

— ¿Eso quieres, Jorge? ¿Te parece normal montar una escenita delante de tu hija? — le recriminé — . Sabes... creo que nunca has sido un marido ejemplar, pero como padre, hasta ahora, no podía echarte nada en cara — solté, sabiendo que aquellas palabras le dolerían — . Ahora ya no sé ni quién eres.

Él, enfurecido, me sujetó de la muñeca. Parecía muy enfadado conmigo... Seguramente el hecho de haberle rechazado había herido su corazoncito de macho alfa.

— No sé qué pasa contigo, Beca — susurró en voz muy baja — . No quiero que te atrevas a volver a mi casa para decirme a quién puedo ver o dejar de ver... No quiero que vengas a pedirme nada. Preocúpate por tu vida.

— ¿Tu casa? ¿Pedirte? Te recuerdo que esta casa la hemos pagado juntos y que pasarme una pensión es tu obligación como padre — sentenció, esforzándome por controlar el llanto.

— Despidete de la niña y lárgate. No quiero verte más... — repitió, deslizando la mano por su cabello de forma desesperada.

Y eso hice.

Me despedí rápidamente de Blanca porque temía que si alargaba el momento pudiera derrumbarme allí, delante de ella.

Y nada más salir de la casa me eché a llorar. Algo me decía que todo el dolor y el malestar que había sufrido con Jorge no sería cosa del pasado. Todavía quedaban demasiados cabos sueltos por cerrar.

Llegué a mi casa echa un mar de lágrimas y tiré mi bolso contra el mueble de la entrada. Me sentía... hundida. Aquella sensación me recordaba demasiado a los primeros días que viví después de que Jorge me dijera que quería separarse porque yo no le hacía feliz. Cabrón. Gilipollas.

Cuando me calmé, saqué el teléfono para llamar a Leire y vi que tenía un mensaje de Marcos. De forma inconsciente mi respiración se relajó y mi mirada fue directa al mueble de la entrada donde guardaba todas las llaves; incluida la copia que me había dado Leire del apartamento de Estartit.

Lo medité unos segundos. Hacía menos de dos semanas, cuando Marcos me llamó para pedirme mi dirección, yo me había sobresaltado por el hecho de que pudiera aparecer aquí sin avisar. ¿Por qué, entonces, estaba planteándome coger el coche y salir corriendo a Girona? Sí, Marcos no tenía un hijo a su cargo pero... Tenía vida. ¿Por qué me sentía en el derecho de irrumpir en ella y esperar que me hiciera sitio sin previo aviso?

Abrí el mensaje.

“Pienso en ti a todas horas, Beca... ¿Puedo llamarte?”

No sabía si era palabrería vacía o si lo decía en serio, pero no necesité más para tomar la decisión. Me sacudí las lágrimas, cogí las llaves y sin siquiera detenerme a coger algo de ropa, salí pitando escaleras abajo. Temía que si me paraba a preparar una maleta recobrará el juicio y decidiera quedarme en casa, así que decidí que al llegar compraría lo más básico para pasar allí unos días.

Y así fue como, por segunda vez y de forma repentina, recorrí más de setecientos kilómetros de Madrid a Girona.

20

¿Alguna vez habéis sentido que el universo os manda señales? ¿Qué todo lo que os rodea os incita a actuar de alguna forma u os recuerda a algo o alguien en concreto? ¿Sí?

Pues esa misma sensación tuve yo cuando, al parar el coche en una gasolinera cercana a Girona, encontré un montón de colgantes de figuritas marinas que habían sido talladas a mano sobre piedra de coral. Entre todas ellas, había un caballito de mar, o como Marcos diría; un hipocampo.

Tal y como habréis imaginado, no pude evitar llevármelo.

El resto del camino hacia Estarrit lo realicé en silencio, sin música ni radio. Descubrí durante el trayecto que aquellos viajes en carretera podían ser muy terapéuticos y que, además, ayudaban a que uno se calmase y pensara con más claridad. Cuando ya me acercaba al pueblo llamé al Leire para ponerla al día; no podía ocupar su apartamento sin previo aviso, así que opté por avisarla para no llevarme ninguna sorpresa de última hora.

— No hay problema, para eso te di las llaves — me dijo — , pero la siguiente vez podrías avisar, cabrona. A mí tampoco me vendría mal un paseíto por allí y un revolcón con Danel.

Me reí, evité contarle nada de mi encontronazo con Jorge y le dije que debía colgar. Ella me deseó que “follase mucho” y cortó la llamada.

Sí, desde luego, Leire no tenía remedio alguno...

Aparqué el coche frente al apartamento de Leire y me sentí extraña. Una parte de mí quería hacer tiempo antes de llamar a Marcos y otra no quería perder ni un solo segundo. Era de noche y como el verano estaba llegando a su fin, en

Estartit anocheecía mucho antes de lo que hasta entonces había sido normal. El viernes había pasado en un abrir y cerrar de ojos y solamente me quedaba el sábado y parte del domingo para compartir con él, pero en lugar de descolgar el teléfono y llamarle, paseé. Una parte de mí no quería desperdiciar un solo segundo sin Marcos y otra parte me decía que me estaba comportando de una forma inmadura y absurda. Que estaba siendo injusta. Yo no dejaba de repetirle que teníamos que poner distancia entre nosotros pero, a la primera de cambio, cogía el coche y me plantaba allí. Además, ¿por qué siempre salía corriendo cuando ocurría algo con Jorge? ¿Y si estaba utilizando a Marcos para desahogarme? Me intenté convencer a mí misma de que no era así, y mientras lo hacía, me vi plantada frente al piso de Marcos.

La puerta del portal estaba abierta; un vecino que estaba descargando las bolsas de la compra de su coche la había dejado trabada para que no se le cerrase. Pasé al interior y subí con lentitud hasta la segunda planta. ¿Cuántas probabilidades había de que un viernes a aquellas horas Marcos estuviera en su casa? Me quedé inmóvil frente a la puerta e intenté atisbar algún sonido; pero nada. No se escuchaba nada en el interior. Toqué el timbre y esperé.

Estaba a punto de darme la vuelta y marcharme de allí cuando Marcos apareció en el umbral. Su rostro delataba sorpresa, aturdimiento y... alegría. Estaba feliz de verme.

— Había pensado que... — comencé, pero él me estrechó entre sus brazos mientras me besaba con apremio, silenciándome.

Me empujó al interior de su piso y cerró la puerta de una patada sin dejar ni un solo segundo de comerme con la boca y la mirada. Me deshice por completo en sus brazos mientras me arrastraba hasta su habitación. Sus ojos chispeaban de deseo.

— Joder, nena... — murmuró.

Y qué sexy sonaba en sus labios aquello de “nena”.

Me quitó los shorts a tirones, y mientras lo hacía, yo me fijé bien en él por primera vez desde que había llegado. Tenía ojeras de no dormir pero estaba tan guapo como siempre. Su sonrisa era... Dios, no existía ninguna sonrisa comparable a ella. Vestía unos vaqueros piratas y una camiseta de tirantes. Su

pelo largo había crecido un poco más y lo tenía tan alborotado, como siempre. Estaba sexy. Es que Marcos era... demasiado sexy.

Ni siquiera me preguntó qué hacía allí o porqué había ido sin avisar. Se quitó la ropa, dejando su pecho perfecto y bronceado a la vista. Después hizo lo mismo con su pantalón y con el calzoncillo. Su miembro ya estaba tenso, duro, grande y erecto. Me sonrojé y sonreí, esperando a que terminase de desnudarme a mí. Marcos se inclinó sobre mi cuerpo, me quitó la camiseta, el sujetador, y me dejó en braguitas. Intenté incorporarme pero él me empujó y me volvió a tirar en la cama.

— Te echaba tanto de menos, Beca...

Joder.

Marcos era una explosión, sin duda. Una explosión capaz de arrollarme con su onda expansiva.

Separó mis piernas sin mucha delicadeza y, ansioso, se introdujo entre ellas. Mordió la tela de mis bragas y adiviné lo que estaba a punto de suceder demasiado tarde como para impedirlo. Me las desgarró de un mordisco, dejando únicamente la gomita de la cintura rodeando mi cadera.

— No tengo más bragas... — me quejé, recordando que no había traído ninguna maleta conmigo.

Marcos se rió mientras deslizaba su lengua por mi sexo.

— Mejor... — ronroneó.

Sentí su aliento ahí abajo y temblé de placer. Me encantaba.

Me recorrió de arriba abajo, deslizando su lengua por mi humedad y entreteniéndose un poco más con mi clítoris. Sentí escalofríos y el placer fue tan intenso que, de la misma, pensé que iba a estallar. Nadie me había tocado desde la última vez que lo hizo él. Me mordí el labio para no gritar de placer, pero no sirvió de nada. Metió sus dedos en mi interior y comenzó a entrar y salir suavemente de mí sin que su lengua se detuviera ni un instante, jugando con mi clítoris. Tiraba de él, los succionaba, lo lamía, lo besaba... Joder.

Aguanté todo lo que pude, pero él aceleró el ritmo de las penetraciones y al

final me corrí en sus brazos, sintiendo cómo el placer me rompía por la mitad.

Se separó de mí unos centímetros y yo aproveché la distancia para incorporarme y, juguetonamente, sujetar su miembro entre mis manos. Había llegado mi turno y quería hacerle disfrutar a él. Me agaché en el suelo y comencé a mover la mano de arriba abajo mientras lamía y chupaba la corona de su miembro. Marcos gemía de placer y eso me volvía loca de remate, excitándome aún más. Cubrí mis dientes con los labios y comencé a succionar mientras me ayudaba con la mano. Joder... Era tan grande que casi no podía con ella. Seguí subiendo y bajando, lamiendo, chupando... Y él ronroneaba roncamente, maldecía en susurros y me decía que era increíble.

— Nena...

Y uf, cómo me gustaba escuchar su voz así, ronca y excitada. Saber que yo era la causante de aquella excitación me hacía perder la cabeza por completo. Sentí cómo sus músculos se tensaban y paré de golpe. Estaba a punto de correrse y antes quería poder sentirle, disfrutarle más. Él, adivinando mis intenciones, me cogió en brazos, me aupó y me colocó de rodillas, de espaldas a él, sobre el colchón. Estaba tan húmeda que no tuvo problemas para penetrarme de una estocada. Rodeó mi cuerpo con sus brazos y colocó sus manos en mi pecho. Sentía su respiración ronca en mi cuello mientras me penetraba con fuerza, diciéndome lo preciosa que era y lo mucho que le gustaba, y masajeaba mis pechos. Sin dejar de entrar y salir en mí, besaba mi cuello y tiraba de mis pezones con fuerza, haciendo que el placer recorriera cada extremidad de mi cuerpo hasta que, finalmente, estallamos a la vez.

— Dios, nena... — murmuró, saliendo de mi interior.

Me dejé caer sobre la cama y él hizo lo mismo, abrazándome y besándome de arriba abajo.

— Me alegra que estés aquí — admitió sin vergüenza, dibujando en su rostro una sonrisa sincera.

— A mí también me alegra estar aquí — aseguré.

Eso me hizo recordar la discusión con Jorge y sentirme un poco culpable. Decidí guardarme esa información, sonreí, y me levanté para buscar los shorts.

Marcos los había lanzado a una esquina y tardé bastante en dar con ellos.

— ¿Se puede saber qué buscas?

Como en la gasolinera no tenían papel de regalo, decidí envolver el caballito de mar en un clínex. No es que fuera muy romántico, pero era suficiente como para que Marcos se emocionase. Abrió el papel blanco y se quedó mirándolo muy seriamente.

— ¿Es para mí?

Yo sacudí la cabeza.

— ¡Ay, no! ¡Me he equivocado! — exclamé, tapándome la boca con ambas manos — . Era para mi otro amante, pero me he confun...

Marcos tiró de mi brazo y me sentó encima de él.

Sin dejarme decir nada más, me comió a besos. Hasta aquel instante ni siquiera había sido consciente de lo mucho que le había echado de menos.

— Te quiero, Beca — ronroneó.

Y yo no supe qué decir.

Era la primera vez que Marcos me decía “te quiero” y, ¿para qué engañaros? Me asusté. Me asusté muchísimo. Aquello significaba meter de por medio sentimientos, y los míos, en aquellos instantes, estaban hechos un ocho y no tenían ningún sentido ni razón. No respondí, simplemente le abracé y me hundí en su pecho, dejando que el instante quedase atrás.

21

A la mañana siguiente nos despertamos muy temprano para salir de excursión. Después de hacer el amor, Marcos me llevó a la cala de Ferriol. Aquel lugar tan salvaje estaba alejado de cualquier carretera, así que para acceder a ella tuvimos que caminar más de una hora. Llegué agotada y deshidratada — no estaba muy acostumbrada a aquellas sesiones de senderismo —, pero descubrí que el esfuerzo había merecido la pena. Era una verdadera preciosidad y estaba vacía, solamente para nosotros dos.

Pasamos la mañana haciendo esnórquel y disfrutando de la naturaleza marina. Y como no, entre beso y beso, terminamos emocionándonos y haciendo el amor en el agua. Con Marcos todo era demasiado intenso, romántico y pasional. Él era así y hacía que todo a nuestro alrededor fuera más emotivo y maravilloso.

Después regresamos a Estartit, y recorrimos los dos kilómetros del paseo marítimo mientras nos comíamos un helado de fresa antes de acercarnos al casco antiguo del pueblo en busca de un restaurante en el que comer. Al día siguiente tenía que regresar a casa, pero unas horas en Estartit con Marcos eran más que suficientes para recargar las pilas y desconectar del barullo de Madrid.

Nos sentamos en un restaurante de Santa Anna y pedimos una ensalada y un poco de pulpo para comer. Mientras llenábamos el estómago y bebíamos vino blanco, planeamos lo que nos restaba del día; nuestro objetivo era regresar a su casa, ver unas cuantas películas y hacer el amor. Mucho. Disfrutar el uno

del otro y exprimir cada segundo al máximo antes de volver a decirnos adiós.

Estábamos a punto de pedir el postre y yo tenía la sensación de que aquel maravilloso día no podía estropearse de ninguna manera. Una vez más, Marcos había hecho que mi vida fuera mágica. Pero me equivoqué, porque el día sí podía estropearse de un solo plumazo.

— ¿Marc?

Ambos levantamos la cabeza y una chiquilla rubia, de ojos azules y curvas de infarto apareció junto a nuestra mesa.

— Oh, Melisa... — saludó con una sonrisa tímida, tanteando la mirada entre la joven y yo — , ¡qué casualidad!

— ¡Y tanto! — exclamó — . ¿Tenemos clase mañana, verdad?

Marcos carraspeó. Parecía incómodo.

La chica, colocándose con coquetería un mechón rubio de su cabello, sonrió y le guiño un ojo.

— Sí, eso creo... — respondió él sin darle demasiada importancia.

— Bueno, me tengo que ir... — dijo, señalando a un grupo de amigas que la esperaban detrás — , pero espero tener mañana para mí sola...

Lo dijo con doble sentido, claro.

Marcos, que parecía no darse cuenta, se despidió de ella con una sonrisa y volvió a centrar su atención en mí.

— Estábamos hablando de la película... ¿Habíamos quedado en ver “The Lobster”?

Un remolino de odio, nervios y malestar me inundó por completo.

No tenía derecho a ponerme mal ni a recriminarle nada pero... fue inevitable. Me sentí... celosa. Me sentía rabiosa.

— ¿Beca, qué pasa? — insistió con el ceño fruncido, sin comprender.

Dejé los cubiertos sobre la mesa.

Tenía la sensación de que, de un instante a otro, me echaría a llorar.

Sí, entendía perfectamente que Marcos y yo no teníamos nada serio; pero todo resultaba mucho más sencillo mientras estaba en Madrid, porque no tenía que ver ni vivir aquel tipo de situaciones.

— ¿Mañana? ¿No puedes esperar ni veinticuatro horas a que me haya marchado?

Él, confuso, abrió la boca para decir algo pero la volvió a cerrar. No parecía comprender a qué me refería.

— ¡Joder, Marcos! ¡No soy tonta!

Al final, asintió, y ese maldito gesto me indicó que, en efecto, estaba en lo cierto; se estaba acostando con esa chiquilla. Una lágrima silenciosa recorrió mi mejilla y yo la aparté de un manotazo, llena de furia. No me lo pensé dos veces; me sentía demasiado ridícula y avergonzada para continuar allí sentada, así que me levanté y eché a andar por la calle sin mirar atrás mientras él gritaba mi nombre y me pedía que le esperase.

— ¡Beca! ¡Rebeca!

No quería verle ni estar con él.

Sí, sabía que tenía derecho a hacer lo que le viniera en gana pero... ¿Si las cosas eran así, por qué me soltaba tantas estupideces? ¿Por qué no omitía aquellos mensajes de “pienso en ti a todas horas”? ¿Qué diablos hacía? ¿Pensar en mí mientras se acostaba con otra?

Me di la vuelta para comprobar que no me seguía; no quería verle ni estar con él. Marcos, nervioso, pagaba la cuenta para poder salir corriendo detrás de mí. Me escabullí por una de las callejuelas y me quedé quieta detrás de una columna, esforzándome por no llorar. Aquello era ridículo; tenía una vida en Madrid, una hija y un trabajo... Y allí estaba, en Girona, llorando por un chico que había visto en tres ocasiones. Sí, llevaba meses mensajeándome con él, pero... Me sentí muy ridícula. Por un momento, incluso, llegué a considerar lo que Jorge me había dicho; ¿y si volvíamos a intentarlo? Desde luego, aquella opción sería la mejor para Blanca.

— Beca... — suspiró Marcos, alcanzándome.

Yo sacudí la cabeza.

— Lo siento... — titubeé — , no quería echarte nada en cara. Yo no puedo hacerlo... No tengo razones para...

Él se acercó a mí y presionó sus labios sobre los míos, callándome.

— No tienes razones porque no quieres tenerlas — me dijo, mirándome fijamente y con sinceridad — . Podríamos intentarlo, pero eres demasiado cobarde para considerar esa opción.

— Tengo una hija, Marcos... Tengo que pensar en ella.

— Sabes que dejaría Girona y me marcharía a Madrid si tú me lo pidieras.

Lo decía en serio, y quizás eso era lo que más me asustaba de todo. Que no bromeaba.

— Pero no quiero pedírtelo. Si las cosas salieran mal... me sentiría responsable. No podría...

Él suspiró y, soltándome, se apoyó sobre la pared y se dejó caer hasta quedar de cuclillas.

— Sé que las cosas entre nosotros funcionarían, Beca... Pero para ganar, uno debe arriesgar primero.

Negué.

No. No podía arriesgarme a nada porque... Ni siquiera me había divorciado.

— Sabes que sigo estando casada, ¿verdad?

Él me miró.

— Lo sé.

— Creo que deberíamos olvidarnos de esto, Marcos... Esta debería de ser la última vez que nos veamos.

Él se revolvió el cabello, confuso.

Le miré y me di cuenta de que parecía hundido de verdad.

— Si es eso lo que quieres, lo respetaré — concluyó.

Solamente hacía lo que yo le pedía, pero... ¿Por qué me sentía tan mal?

Unos minutos más tarde, más calmados, regresamos a su apartamento. Vimos una película y después nos quedamos dormimos, abrazos. Aquella noche no hubo sexo ni amor. Ni siquiera recuerdo un beso; solamente nos abrazamos, en silencio, y pasamos juntos la noche. Yo prácticamente no pude dormir, y él juraría que tampoco. Cuando Marcos dormitaba su respiración se hacía profunda y más lenta, pero durante las horas que pasé observándole no la sentí así. Me sentía muy triste. Había acudido a Estartit con la esperanza de olvidar la discusión de Jorge, y sí, la había dejado atrás. Pero mi malestar era aún peor. Fui consciente de que después de aquel verano las cosas habían cambiado radicalmente para mí; Jorge ya no me importaba lo más mínimo, pero sin quererlo, Marcos se había metido en lo más profundo de mi corazón.

Pensé en el amor a primera vista; en cómo los hipocampos ven a su pareja y saben que pasarán junto a ella el resto de su vida. Pensé en esa electricidad que recorría mi cuerpo cada que estaba cerca de él y pensé que, después de todo, había resultado una causalidad que le encontrase aquel día en la playa, bajándose del ferri. Ni siquiera habíamos cruzado un “hola”, pero ninguno de los dos habíamos olvidado nuestro rostro. El chico de la toalla de al lado... Con su pelo revoltoso, su sabiduría, sus datos, sus historias, sus leyendas... Joder. Marcos era único y, para ser sinceros, hacía mucho tiempo que me había dado cuenta de ello. Supongo que desde aquella noche en el embarcadero donde divisamos la medusa luminiscente.

Supongo que desde aquel primer beso antes de decirnos adiós en la puerta del portal.

Metí en una bolsa de plástico los vestidos, la ropa interior y el bikini que había comprado al día siguiente de llegar a Estarrit. Cuando cogí mi bolso y supe que había llegado el momento de decir adiós, sentí una oleada de angustia en mi interior. Había pensado muchísimo en ello y sabía muy bien que aquella aventura tenía que llegar a su final. Me estaba enamorando de Marcos — mejor dicho, estaba ya muy enamorada de él — y aún seguía casada. Vivíamos a setecientos kilómetros de distancia y yo, para rematar la faena, vivía en una ciudad en el interior, alejada del mar. El mar...que era su gran pasión. ¿Cómo iba a pedirle a un hombre como él que dejase atrás sus sueños y su vida para seguirme a Madrid? No podía. Ni siquiera sabía si nuestra relación funcionaría o no... Recordé una frase que, cuando era niña, mi abuelo siempre me decía: “algunas monedas nunca deben lanzarse al aire”. La suerte podía estar o no estar de tu parte, pero había apuestas demasiado arriesgadas en las que perder se volvía sinónimo de arruinarse. Y yo no podía permitírmelo.

Me subí al coche con una tristeza tan intensa que estuve convencida de que en cualquier momento me iba a deshacer en lágrimas. Pero Marcos estaba fuera, de pie, mirándome fijamente. Tenía que hacerme la dura y resistir. No solamente por él, sino por mí.

Arranqué, le dije adiós con la mano y muy lentamente aceleré. Me mordí el labio inferior, esforzándome por contener el llanto, cuando escuché un golpe en la parte trasera del vehículo. Frené de golpe. Era Marcos; había corrido detrás de mí.

Rodeó el coche y, asfixiado por la carrera, se sentó en el asiento del copiloto para recuperar la respiración.

— No me hagas esto... — le pedí, dolida.

Él sacudió la cabeza.

— Es que no entiendo qué significa este adiós — me dijo con la voz ronca — , ¿significa que no puedo volver a llamarte?

— No. No puedes.

Decir aquello me estaba costando el infierno, así que recé porque la charla no durase demasiado. Lo único que estábamos consiguiendo era alargar la despedida y hacernos daño mutuamente.

— ¿Ni escribirte? Sabes que si me lo pides no volveré a hacerlo pero... No es lo que yo quiero, Beca.

Empecé a llorar.

Me había contenido demasiado y no pude resistirlo más. Tenía treinta y tres años y una hija, ¡joder! ¿Por qué sentía aquello? ¿Por qué me comportaba como una adolescente estúpida?

— No quiero volver a verte, Marcos — murmuré entre lagrimones.

Ni siquiera me atrevía a mirarle a cara.

Si me veía dudar comprendería que todo lo que le decía eran mentiras.

— No quiero olvidarte, Beca — musitó. Él también estaba conteniendo el llanto — . No quiero olvidarte porque te he elegido a ti... Porque siento que eres tú. Lo sentí desde el principio.

— Yo no siento lo mismo — solté.

Quería gritarle que se marchase, que me dejase en paz. Quería quedarme sola para poder gritar, llorar y sacar todo el dolor que me estaba carcomiendo por dentro.

Marcos tiró de la manilla y abrió la puerta, pero no se movió de donde estaba.

— ¿Te acuerdas de aquello que te dije la primera vez que hablé contigo?

— hizo una pausa y yo guardé silencio — . Te dije que no creía en las casualidades, ¿te acuerdas?

Asentí, escondiendo mi rostro mojado tras mis manos.

— Pues sigo sin creer en ellas, Beca.

Joder.

— No lo hagas más difícil, por favor...

Se bajó del coche y cerró la puerta.

Cuando me quedé a solas me temblaba tanto el cuerpo que no podía conducir. Levanté la mirada y por espejo central vi que Marcos se alejaba, dándome la espalda, para regresar a su piso. Temblé. Esperé a perderle de vista para llorar con más fuerza. Creo que grité y que maldije en voz alta, pero no lo recuerdo exactamente. Aquel dolor nubló mi juicio y los recuerdos hoy en día aún siguen borrosos.

Quince minutos más tarde, arranqué el coche y conseguí meter la primera marcha sin que la pierna derecha me temblase como un flan.

Conduje sin prisa, lentamente, pensando en aquellos últimos meses. Mi vida había cambiado muchísimo en un verano.

Me había quitado la venda de los ojos con Jorge.

Me había reencontrado conmigo misma y había rehecho mi vida valiéndome de mis propios medios.

Había encontrado la forma de mantenerme a mí y a mi hija.

Había demostrado que yo, Rebeca, era lo suficientemente fuerte para caerme y seguir adelante.

Y me había enamorado.

Me había enamorado sin remedio y sin buscarlo... Sin pretenderlo. Me había enamorado y me había roto el corazón a mí misma para poder protegerme de más dolor. Y sobre todo, para proteger a mi hija.

Supe, mientras regresaba a Madrid con los sentimientos a flor de piel, que algunos finales no eran como los de las películas. Sí, podían tener razón en aquello de que “el amor a primera vista era real”, pero se equivocaban al decir que el amor podía con cualquier cosa. Que para los sentimientos nunca

existían barreras. Sí las había: por ejemplo, setecientos kilómetros. Los finales felices no siempre ocurrían y el dolor no era tan fácil de digerir como te lo contaban.

Había llorado por Jorge, después por mí y, más tarde, por Marcos.

Había llorado tanto que cuando llegué a Madrid creí que me había quedado vacía para siempre, que jamás volvería a sufrir ni a amar de aquella manera tan intensa porque me había desgastado al hacerlo.

Subí las escaleras hasta mi apartamento con el corazón en un puño, y cuando llegué, me encontré con un mensaje de Jorge en mi correo electrónico. Eran los papeles del divorcio; me los pedía firmados para poder tramitarlo cuanto antes y me dejaba el número de teléfono de su abogado para que pudiera hablar con él sobre el asunto de manutención de Blanca.

Los imprimí aquella misma noche y, con una copa de vino en la mano y el corazón en la otra, firmé aquellas páginas que rompían la promesa de un “para siempre” que diez años atrás nos habíamos hecho con sinceridad.

23

Noviembre llegó con el frío y las lluvias.

Madrid se cubrió de una capota gris y cualquier recuerdo del verano quedó en la lejanía. Yo había rehecho mi vida y me sentía feliz, pero cuando Blanca se marchaba con su padre no podía evitar sentirme sola. Como si no estuviera completa. Supongo que el ser humano es así; necesita la compañía y le gusta tener a alguien con quien sentirse seguro. A salvo.

Aquella tarde de sábado estaba sola.

Aunque me tocaba pasar aquel fin de semana con Blanca, Jorge me había pedido un cambio para poder llevarla al estreno de una nueva película de Marvel que se estrenaba en los cines y yo acepté. La verdad es que, en el fondo, creo que a Jorge le gustan demasiado esas películas de superhéroes y acción, pero como le da vergüenza admitirlo porque lo ve muy infantil, utiliza a Blanca como excusa para ir a verlas — aunque a ella también le chiflan, claro — .

Decidí aprovechar la tarde para estudiar y no distraerme, aunque lo veía difícil. Leire me había enviado un par de mensajes en los que, de forma muy insistente, me proponía un plan de “cena y noche de chicas”. No tenía muchas ganas, pero pensé que si el día resultaba productivo podía hacer un esfuerzo y salir a distraerme.

Por cierto, ¿no os lo he dicho? Volví a la universidad. Decidí cursar las asignaturas que no terminé y conseguir aquel título que, al casarme con Jorge, dejé en el olvido. Lo estaba haciendo a distancia y para ser sinceros, no me iba mal. Mi jornada intensiva y las semanas que Blanca pasaba con su padre me daban mucho tiempo libre que invertía en estudiar.

No me iba mal; me había acostumbrado a mi pequeño pisito de dos

habitaciones y tampoco necesitaba mucho más.

Me quedé embobada observando cómo una gota de lluvia se deslizaba por el cristal de la ventana que había frente al escritorio. Diluviaba, pero el saliente del tejado impedía que la lluvia golpease la fachada a sus anchas. Envolví la taza de café con mis manos y la mantuve ahí hasta que el calor comenzó a disiparse. Aunque no solía hacerlo muy a menudo, pensé en Marcos. Lo hice porque aquella mañana me había despertado con una sensación extraña; padeciendo una especie de síndrome de añoranza que había activado mi sexto sentido. Me gustaba pensar que nosotros — Marcos y yo —, lo teníamos. Un sexto sentido, como los tiburones. Él lo había llamado electrorrecepción, aunque yo no le había puesto nombre. Aquel día podía sentirlo en cada poro de mi piel, como si Marcos estuviera cerca sin yo saberlo.

Cuando me pasaba eso, cuando pensaba en él, me recordaba a mí misma que había tomado las decisiones más correctas y prácticas y me distraía llamando a Leire. Pero aquel día, cuando iba a coger el teléfono, comenzó a sonar. ¿Casualidad? Supongo que no, ya que yo también había dejado de creer en la casualidades.

Era él.

Aunque no habíamos vuelto a vernos ni a llamarnos desde aquella dramática despedida en el coche, su llamada no me sorprendió lo más mínimo. Pensé que aquello era una verdadera serendipia mientras me llevaba el auricular a la oreja.

— Marcos...

— Beca...

Su voz sonó sedosa y despertó un millar de recuerdos en mi interior. Sonreí, feliz por volver a escucharle. Era como si el tiempo no hubiera pasado entre nosotros. Nos quedamos en silencio y supe que ninguno de los dos sabía qué decir.

— ¿Estás ahí? — pregunté, sentándome en el sofá.

Estaba nerviosa. Muy nerviosa.

Recordé su sonrisa y aquella forma que tenía de besarme. La intensidad de sus

abrazos y las historias que me contaba sobre el mar... Le había echado tanto de menos que temí que aquella llamada pudiera cortarse sin que nos dijéramos nada más.

— Sí... Estoy — respondió. Hizo otra pausa que a mí se me antojó eterna y después continuó — . ¿Recuerdas aquella adivinanza?

— ¿Qué adivinanza? — pregunté, dubitativa.

— La del animal que no tenía ni cerebro ni corazón — me explicó — , creo que nunca te llegué a decir la respuesta... ¿te la dije?

— No... Nunca me lo dijiste.

— Si vienes a verme, te la digo.

Resoplé.

Cogí aire profundamente y dejé que se escapase muy lentamente; me sentía agobiada.

— Me encantaría, pero...

Las palabras se me atragantaron y supe que tenía ganas de llorar.

No, no podía ir. No podía volver a caer en aquel bucle... Tenía que mirar por Blanca, porque ella era y siempre sería mi máxima prioridad. De pronto, supe cómo iba a terminar aquella conversación y me arrepentí por haber respondido la llamada. Sabía que escuchar a Marcos para tener que volver a dejarlo atrás sería comenzar a sufrir de cero.

— Beca, nena... — me dijo con la voz cargada de emoción. Parecía nervioso

— , ¿por qué no te asomas por la ventana?

Me quedé helada al escuchar aquello.

No salté del sofá y salí corriendo porque estaba demasiado sorprendida para hacerlo. Me arrastré lentamente y miré al exterior; allí, al otro lado de la acera de mi portal, estaba Marcos. De pie, bajo la lluvia, mojado y sin paraguas. El cabello se le adhería al rostro y su ropa chorreaba. Aunque sonreía, no supe si también lloraba o es que las gotas de lluvia resbalaban por sus mejillas.

— ¿Qué haces... aquí? — tartamudeé.

— Si quieres saber la respuesta, baja.

Y colgó.

Me quedé paralizada, mirándole a través del cristal hasta que, al fin, reaccioné y salí corriendo escaleras abajo. Iba descalza y sin chaqueta, pero supongo que eso tampoco me importó lo más mínimo. Cuando salí del portal y la lluvia golpeó mi rostro, comprendí que aquel día con tanta agua resultaba idílico para un reencuentro. No tendríamos un mar y una playa, pero teníamos a las nubes llorando, emocionadas, sobre nuestras cabezas.

Crucé la calle sin esperar a que el paso de peatones estuviera en verde. Esperé hasta que la carretera se despejó y corrí hasta la otra acera. Marcos me miró los pies y se empezó a reír como un loco. No fue un reencuentro de película. No me lancé a sus brazos, ni él me cogió en el aire, ni me hizo girar en volandas. No fue un beso lento y a cámara lenta. Ni siquiera hubo beso, en realidad.

Yo me acerqué lentamente. Los dos sonreíamos como dos tontos. Porque, en el fondo, eso éramos; dos tontos. Él agachó la cabeza y vi que, a sus pies, tenía un pequeño acuario. En el interior había una medusa luminiscente que, a plena luz del día, casi no conseguía brillar por sí misma.

— He decidido traerte la respuesta... — me dijo, guiñándome un ojo.

— ¿Qué... qué haces aquí? — solté, sorprendida, intentando mantener las distancias.

¿Qué diferencia había entre que yo fuera a verle a Estartit o que el viniera a Madrid? El problema siempre sería el mismo; la despedida del día después. Sonreía de forma cariñosa, mirándome con tanta ternura, que pensé que perdería la cabeza de amor si continuaba mirándole. Me pregunté cómo había encontrado mi dirección, pero después recordé aquella vez que me envió el diente de tiburón para Blanca y salí de dudas.

— ¿Por qué no subimos y te lo cuento?

Dudé.

— Marcos, no... No quiero alargar algo que tiene fecha de caducidad.

La gente nos miraba.

Parecíamos dos locos recién fugados de un psiquiátrico. Imaginaros el panorama; yo descalza, sin chaqueta, mojada de pies a cabeza. Él, sin paraguas, bajo la lluvia y con una medusa a sus pies. Todo el que pasaba a nuestro lado se quedaba mirándonos — seguramente preguntándose si debía llamar o no a la policía — .

— ¿Y si te dijera que no tiene por qué haber una fecha de caducidad?
— preguntó.

Dios... Era tan guapo, tan perfecto.

O quizás no lo era para el resto del mundo, pero para mí sí.

— Entonces estarías mintiendo. Y odio las mentiras...

— ¿Y si fuera verdad?

Él sonreía de una forma tan sincera que ardí en deseos de creerle.

Me imaginé lo diferente que sería mi vida con Marcos allí y sentí deseos de llorar. Le había echado tanto de menos que... Joder, aquello era muy injusto. Demasiado.

— No lo es.

— Sí lo es — aseguró, revolviéndose el cabello mojado. Se lo había cortado un poquito, pero seguía estando tan guapo y sexy como la última vez — , he pedido el traslado a los laboratorios de Madrid. Ahora trabajo aquí, en la capital...

— Lejos del mar — señalé, horrorizada.

Él... Que amaba su paraíso. Sus islas Medas, sus tiburones, sus ballenas y delfines... Sus hipocampos.

— Pero no lejos de ti.

Y entonces... Entonces sí, me besó.

Y sí, moriros de envidia, porque fue de película.

De esos besos locos bajo la lluvia, tiritando de frío, de nervios y de felicidad.

Y sí, descubrí que el amor a primera vista existe.

Y sí, descubrí que uno puede encontrarlo en sitios muy absurdos; como por ejemplo, en la toalla de al lado.

Y sí, descubrí que los finales felices...

...También pueden pasarte a ti.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Querido lector;

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

Atentamente,

Christian Martins.

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti
Solo tuya

Besos de carmín

Mi último recuerdo

Escribiéndole un verano a Sofía

Nosotras

Secretos 1, 2 y 3

Saga “Una noche”:

Una noche Dorada

Una noche Contigo

Una noche Nuestra

Una noche Perfecta

Una cosa de locos

Yo no soy tu vampiresa

Yo soy tu vampiresa

Nuestros días

La chica que se llamaba como un cometa

Un “te quiero” por Navidad

Mi protector
Su protegida

Ave Fénix

Donde nacen las estrellas

Una guerra del pasado

Olivia y su caos

Siempre Contigo

Un hombre de negocios

Isla de Plata

¡Lo que tú digas!
¡Cómo tú quieras!
¡A tus órdenes!

El rescate

El laberinto

Luna de gato

Magená
Denahi
Hinun

Ni una cita más

Yo en Roma, tú en Nueva York

La vida de Dani

El amor está en la toalla de al lado.

